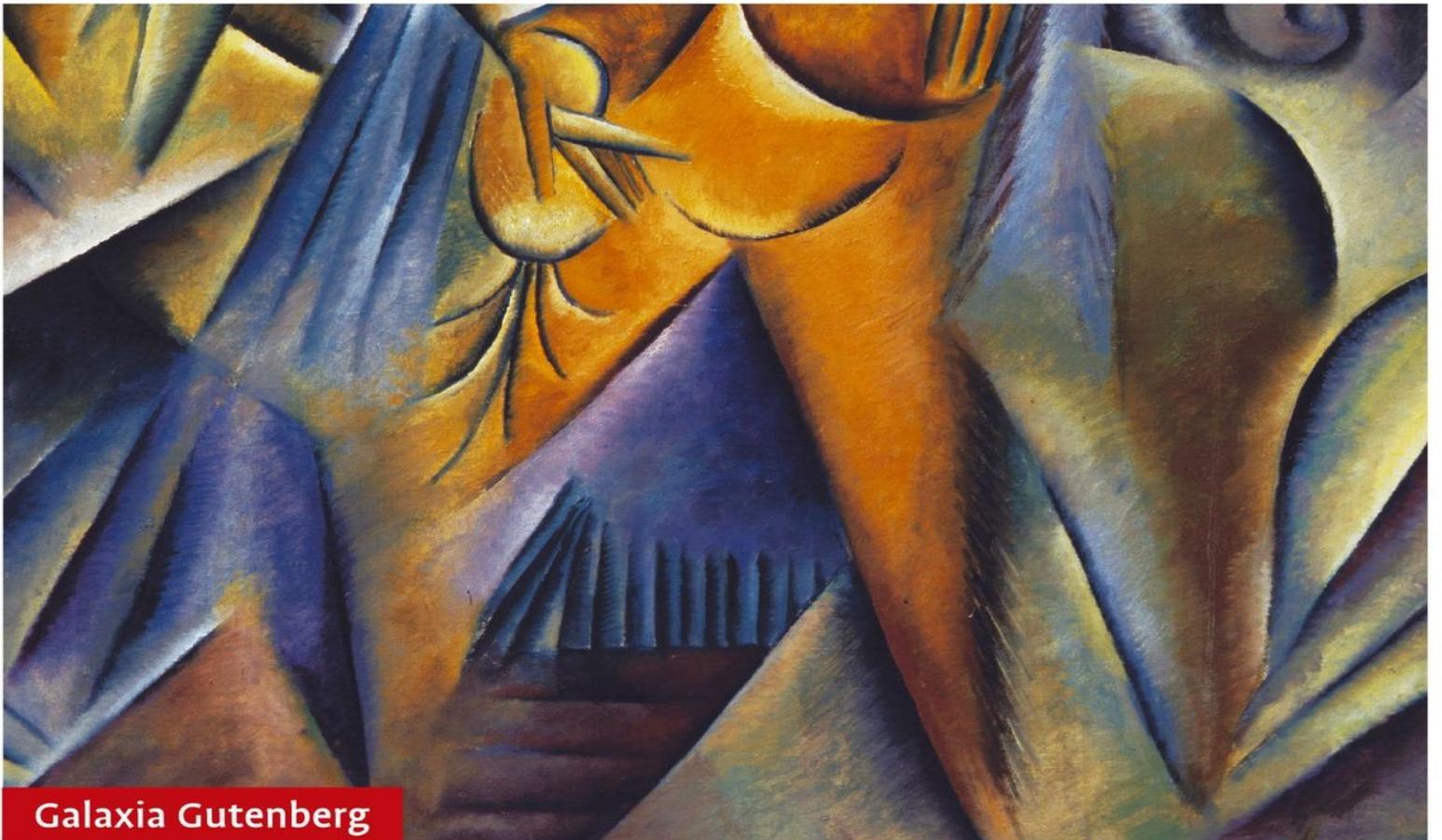




Mijaíl Bulgákov
Corazón de perro

Traducción del ruso de Ricardo San Vicente



CORAZÓN DE PERRO

MIJAÍL BULGÁKOV

MIJAÍL BULGÁKOV

Corazón de perro

Traducción de
Ricardo San Vicente

Galaxia Gutenberg



Situada en el Moscú de 1924, *Corazón de perro* relata la transformación de un bondadoso perro callejero en un hombre insufrible, brutal y soez que acaba militando en el Partido Comunista. El talento de Bulgakov para la sátira queda patente una vez más en esta narración en la que critica los intentos comunistas para crear el Nuevo Hombre Soviético, fiel a la patria como un perro a su amo, y transformar radicalmente la humanidad. Su publicación fue prohibida en la Unión Soviética y solo pudo ser publicada en 1987, más de sesenta años después de haber sido escrita.

Traducción del ruso: Ricardo San Vicente

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: enero de 2020

© de la traducción: Ricardo San Vicente, 1999, 2020

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Imagen de portada:
Tsvamma, Yelena Mikhailovna Bebutova, 1923.
Tretyakov Gallery, Moscú.

© Photo Fine Art Images/Heritage Images/Scala,
Florencia, 2019

Conversión a formato digital: Maria Garcia

ISBN: 978-84-17971-85-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

«¡A-u-u-u-hu-huu-huuu!

»¡Oh!, mírenme, me estoy muriendo. La ventisca en el portal entona mi réquiem y yo aúllo con ella. Estoy perdido, perdido. Un miserable con un gorro sucio —el cocinero de la cantina de los empleados del Soviet Central de Economía Nacional— me ha escaldado con agua hirviendo todo el costado izquierdo. ¡Qué bicho! Y para colmo proletario. Señor, Dios mío, ¡qué dolor! El agua hirviendo me ha carcomido hasta los huesos. Ahora aúllo, aúllo, como si el aullar me ayudara en algo.

»¿En qué le he molestado? ¿En qué? ¿O se va a arruinar el Soviet de Economía Nacional si escarbo entre las basuras? ¡Bicho miserable! Mírenle, si tienen ocasión, la jeta: ¡si es más ancho que largo! Valiente ladrón, cara de sebo. ¡Qué gente los hombres! Al mediodía el del gorro me ha obsequiado con un cubo de agua hirviendo y ahora ya ha oscurecido, serán más o menos las cuatro de la tarde a juzgar por el olor de cebolla que sale del cuartel de bomberos de la calle Prechístenka. Los bomberos, como ustedes saben, cenan gachas, pero eso es lo último, igual que comer setas. Unos conocidos míos de la calle Prechístenka me han contado que en el restaurante Bar de la calle Neglini sirven como plato del día setas con salsa picante a tres rublos cinco kopeks la ración. Las setas para quien le gusten, aunque para mí es lo mismo que lamer un chanclo... A-u-u-u-u.

»El dolor del costado es inaguantable. En cuanto a mí, veo perfectamente claro el futuro de mi carrera: mañana aparecerán las llagas, y me pregunto ¿con qué las voy a curar? En verano uno puede largarse a Sokólniki; allí hay una hierba especial, muy buena, y además te puedes hartar gratis de mondaduras de salchichón y lamer los papeles untados con grasa que tiran los ciudadanos. Y si no fuera por los idiotas que cantan en el prado, a la luz de la luna, *Celeste Aida*, de una manera que da náuseas, sería una maravilla.

»Pero ahora ¿adónde ir? ¿No habéis recibido puntapiés con las botas? Sí, claro. ¿Y pedradas en las costillas? También, bastantes. Todo lo he probado, me resigno a mi destino y si ahora lloro es sólo por el dolor físico, por el frío, porque aún respiro. El alma del perro es tenaz.

»Pero he aquí mi cuerpo destrozado, golpeado, malherido por los hombres. Y además, lo peor es que el agua hirviendo me ha quemado el pelo y tengo el costado izquierdo sin ninguna protección. Puedo atrapar fácilmente una pulmonía, y después, queridos ciudadanos, me moriré de hambre. Con una pulmonía hay que estar acostado en una entrada principal debajo de la escalera, y ¿quién irá a buscarme algo de comida entre los cubos de basura? Se me infectará el pulmón, me arrastraré sobre la barriga, me quedaré sin fuerzas, y cualquier tipo me matará de un golpe. Y algún portero me agarrará de las patas y me echará al carro.

»Entre todos los proletarios, los porteros son la gentuza más abominable. Son los desechos de la humanidad, la categoría más baja. Entre los cocineros puede haber de todo. Por ejemplo, Vlas, el de la calle Prechístenka, ¡cuántas vidas ha salvado! Porque cuando uno está enfermo, lo principal es tener algo que llevarse a la boca. Y era entonces, explican los viejos perros, cuando Vlas les tiraba un hueso y con él un buen trozo de carne. Que Dios le tenga en la gloria, porque fue un verdadero prohombre, el cocinero de los condes Tolstói y no del Soviet de Alimentación. Lo que allí pueden hacer supera la inteligencia de un perro. Aquellos miserables hacen sopa de col con cecina podrida, y los pobres no se dan cuenta de nada. Corren, comen y se chupan los dedos.

»Miren aquella mecanógrafa... Es de la novena categoría y cobra cuarenta y cinco rublos al mes. Aunque, es verdad, el amante le regala medias de seda. Pero ¿cuántas humillaciones tendrá que soportar a cambio? Sí... Esta mecanógrafa con cuarenta y cinco rublos seguro que no irá al Bar. No le llega ni para el cine, y el cine es el único consuelo de la vida de las mujeres. Mírenla, está temblando, haciendo muecas, pero traga. Y pensar que dos platos cuestan cuarenta kopeks cuando en realidad no valen ni quince, porque el administrador se lleva los otros veinticinco. ¿Creen que esto es lo que ella necesita? Tiene algo en la punta del pulmón izquierdo y una enfermedad femenina, en el trabajo le han descontado algo del sueldo y en el comedor ha comido cualquier cosa podrida; ahí está, ya viene...

»Corre hacia el portal, lleva puestas las medias del amante. Tiene las piernas heladas, el aire le llega hasta el estómago, porque el pelo que la cubre es como el mío ahora, y los pantalones son ligeros, de encaje, trapitos para el amante. Si se pusiera unos de franela, aquél empezaría a chillar: “Pero ¡qué poco elegante eres! Estoy harto de mi Matriona y de sus pantalones de franela. Ha llegado mi hora, ahora soy yo presidente y todo lo que robe será para adornar a una mujer, para comer colas de cangrejo y beber buenos vinos, porque ya he pasado bastante hambre en mi juventud, ahora basta, al fin y al cabo después de la muerte no hay nada”.

»¡Qué lástima me da, qué lástima! Aunque más pena me doy yo. Y no lo digo por egoísmo, ¡oh no!, sino porque en realidad estamos en condiciones muy distintas. Ella al menos en su casa está caliente, pero ¿y yo? Tundido a palos, escaldado, maldito, ¿adónde iré yo? ¡A-u-u-u-u!».

—Pss, pss, Shárik,^[1] ¿por qué lloras? ¿Quién te ha hecho daño? Uh...

Como una bruja, la fría ventisca resonó en las puertas y con su escoba golpeó en los oídos de la joven. La falda se le levantó hasta las rodillas, mostrando las medias crema y una estrecha franja de encajes mal lavados. La ventisca ahogó las palabras y barrió al perro con la nieve.

—¡Dios mío...! Qué tiempo... Me duele el estómago. Es la cecina de la sopa, la cecina. ¿Cuándo acabará todo esto?

Inclinando la cabeza, la joven se lanzó al ataque y cerró el portal. El aire de la calle la envolvió lanzándola de un lado para otro; después la joven desapareció en un torbellino de nieve.

El perro se quedó en el portal, quejándose del costado llagado, se apretujó jadeante contra la fría pared y decidió firmemente que ya no se movería de allí; que allí, en el porche, exhalaría su último suspiro. La desesperación se apoderó de él. En su alma sólo había dolor y amargura. Se sentía tan solo y amedrentado que unas diminutas lágrimas de perro, como ampollas, salían de sus ojos y se congelaban al instante. El costado herido resaltaba entre los mechones de lana helados que le caían, y entre ellos se veían las horribles manchas rojas de la quemadura. Qué estúpidos, qué obtusos y despiadados son los cocineros.

Ella le había llamado «Shárik»... ¡De qué va ser un Shárik! Shárik quiere decir redondo, bien alimentado, tonto, que come gachas de avena, hijo de buena familia, y él es un perro peludo,

inválido, vagabundo y sin amo. De todos modos, gracias por la palabra amable.

Al otro lado de la calle retumbó la puerta de una tienda brillantemente iluminada y salió de ella un ciudadano. Sí, justamente un ciudadano y no un camarada, e incluso, a decir verdad, un señor. Se acerca, ya no hay duda, es un señor.

«¿Piensan que es por el abrigo? Absurdo. Ahora muchos proletarios llevan abrigo. Cierto que no con este cuello, ni hablar, aunque, de todos modos, de lejos uno puede equivocarse. Pero los ojos no te pueden confundir, ni de cerca ni de lejos. ¡Oh!, los ojos son algo decisivo. Como un barómetro. Lo descubren todo: el que tiene un corazón de piedra, el que por menos de nada te suelta una patada en las costillas y el que tiene miedo de todos. A estos últimos es agradable a veces morderles los tobillos. Si tienes miedo, toma. Si tienes miedo, te lo mereces... ¡Grrr, guau, guau!...».

El caballero atravesó la calle entre la ventisca de nieve y con paso decidido se dirigió al portal.

«Sí, de éste en seguida se sabe todo. Seguro que (éste) no comececina podrida, y si en alguna parte se la dan, escribiré a los periódicos: “A mí, Filip Filípovich, me han dado comida en mal estado”.

»Cada vez está más cerca. Come bien y no roba. No es de los que dan patadas, y no tiene miedo porque nunca pasa hambre. Es un señor, un señor intelectual, con una digna perilla puntiaguda y un bigote canoso, suave y atrevido como el de los caballeros franceses, pero el olor que me trae de él la ventisca es horrible: hiede a hospital y a cigarro.

»Me pregunto por qué diablos habrá ido a la cooperativa. Ya está a mi lado. ¿Qué busca? A-u-u-u. ¿Qué habrá podido comprar en esta miserable tienda? ¡Sal-chi-chón! Señor, si usted supiera de qué hacen ese salchichón, no se acercaría a la tienda. Démelo a mí.»

El perro reunió las fuerzas que le quedaban y como un loco empezó a arrastrarse por el portal hacia la acera. La ventisca disparó una salva encima de su cabeza y barrió las enormes letras de una pancarta de tela que decía: «¿Es posible rejuvenecer?».

«Naturalmente que es posible. El olor me ha rejuvenecido, me ha puesto en pie, me ha llenado de olas ardientes el estómago vacío desde hace dos días, un olor más fuerte que el del hospital, el divino olor de una yegua descuartizada, con ajo y pimienta. Lo noto, sé que el salchichón está en el bolsillo derecho de su abrigo. Encima de mí. ¡Oh, mi señor! ¡Miradme! Me estoy muriendo. ¡Esclava es nuestra alma! ¡Ruín, nuestro destino!».

El perro se arrastró sobre el vientre como una serpiente, vertiendo abundantes lágrimas.

«Mire la obra de un cocinero. Pero usted no me lo dará. ¡Oh! ¡Conozco muy bien a los ricos! Pero, en realidad, ¿para qué lo necesita? ¿Para qué quiere un pedazo de yegua podrida? En ningún lugar, sólo en el Mosselprom,^[2] encontrará un veneno así. Usted ha desayunado, es usted una personalidad de renombre internacional, gracias a las glándulas sexuales masculinas. A-u-u-u-u... ¡Ya ve qué cosas ocurren en este mundo! Para mí aún es pronto para morir. ¿Cree que de verdad es pecado la desesperación? Sólo me queda lamerle las manos.»

El misterioso caballero se inclinó hacia el perro, los aros dorados de sus gafas brillaron, y sacó del bolsillo derecho un paquete blanco alargado. Sin quitarse los guantes marrones desenvolvió el papel, que inmediatamente desapareció en la ventisca, arrancó un trozo de salchichón, llamado Cracovia Especial, y se lo dio al perro.

«¡Oh generoso caballero! ¡A-u-u-u!».

—Fiu, fiu —silbó el señor y añadió con una voz severísima—: ¡Toma! ¡Shárik, Shárik!

«¡Otra vez Shárik! ¡Me han bautizado! Pero por este maravilloso gesto, llámeme como quiera.»

Al instante, el perro arrancó la piel del salchichón, clavó roncando sus dientes y en dos bocados se lo tragó. Se atragantó con la carne y con la nieve, le saltaron las lágrimas y por poco se traga el cordel.

«Más, más, le lamo las manos y le beso los pantalones, mi protector.»

—Por ahora basta. —El señor hablaba entrecortadamente, como si diera órdenes. Se inclinó sobre el perro, le miró inquisitivamente a los ojos y de pronto, con un gesto íntimo, cariñoso, le pasó la mano enguantada por la barriga—. Ajá —dijo significativamente—, no llevas collar; exactamente lo que necesito. Sígueme —chasqueó con los dedos—. Psch, psch.

«¿Seguirle? Hasta el fin del mundo. Déme en los morros con sus botas, que no diré una palabra.»

Por toda la calle Prechístenka brillaban los faroles. El costado le dolía insoportablemente, pero Shárik a veces se olvidaba de él, absorto en una sola idea: cómo no perder la maravillosa visión en el tumulto y cómo expresarle su amor y su fidelidad. Lo demostró siete veces en el trayecto de la calle Prechístenka hasta el pasaje Óbujov. Le besó las botas en el pasaje Miortvi, abriéndole camino. Con su gruñido salvaje asustó de tal modo a una dama que ésta cayó sentada en la acera, y para mantener la compasión de su benefactor hacia su persona aulló dos veces.

Un repugnante gato que parecía camuflado de siberiano salió de la cañería del desagüe y, pese a la ventisca, olió el Cracovia Especial. A Shárik se le nubló la vista al pensar que a este rico extravagante que recogía de los portales a los perros heridos se le pudiera ocurrir recoger también a un ladrón con el que tendría que compartir el producto del Mosselprom. Rechinó los dientes de tal modo que el gato, silbando como una manguera agujereada, subió por la cañería hasta el segundo piso. ¡Grrrrr! ¡Guau! «Fuera, no habrá suficientes reservas en el Mosselprom para abastecer a toda la gentuza que deambula por la calle Prechístenka.»

El señor, en premio a su fidelidad, al lado del puesto de bomberos, junto a una ventana por la que llegaba el agradable ronroneo de una trompa, premió al can con un segundo trozo algo menor que el anterior, de unos veinte gramos.

«El tonto quiere seducirme. No se preocupe, no me iré a ninguna parte. Le seguiré adonde mande.»

—Fiu, fiu, fiu, ¡aquí!

«¿Al Óbujov? Por favor, cómo no. Conozco muy bien este pasaje.»

—Fiu, fiu.

«¿Aquí? Encan... Eh, no, por favor. No. Hay un portero. Y no hay nada peor que esto. Una raza totalmente odiosa. Peor que los gatos. Un desollador con botones dorados.»

—Vamos, no tengas miedo.

—Buenas tardes tenga usted, Filip Filípovich.

—Buenas tardes, Fiódor.

«Éste sí que es una personalidad. ¡Dios mío, dónde me llevas! ¡Oh destino perruno! ¿Quién puede ser este personaje que delante del portero introduce a los perros en las viviendas? ¡Miren a este canalla, ni una palabra, ni un gesto! Claro que tiene los ojos turbios, pero, en realidad, ha hecho como si no le importara, con su gorra y sus galones dorados. Se comporta como si todo

fuera normal. ¡Le respeta, señores, y cómo le respeta! Bueno, yo voy con él y lo sigo. ¿Qué? ¿Te molesta? Pues te aguantas. Quién pudiera pegar un mordisco a su calloso pie de proletario. Por todas las humillaciones causadas por tus hermanos. ¿Cuántas veces me habéis dado en el morro con la escoba? ¿Eh?».

—Vamos, ven.

«Le entiendo perfectamente, no se preocupe, por favor. Iré donde usted vaya. Muéstreme el camino, y yo no me alejaré, a pesar de mi desgraciado costado.»

De la escalera, hacia abajo:

—¿No han llegado cartas para mí, Fiódor?

De abajo hacia la escalera, respetuosamente:

—No, Filip Filípovich, nada. —Después, con complicidad, a media voz—: Han instalado a unos camaradas en el apartamento tercero.

El gran benefactor de los perros se giró bruscamente e inclinándose sobre la barandilla preguntó horrorizado:

—¿Qué?

Sus ojos se hincharon y los pelos del bigote se le pusieron de punta.

El portero, desde abajo, levantó la cabeza y con las manos haciendo de altavoz afirmó:

—Así es, cuatro personas ni más ni menos.

—Dios mío, me imagino lo que va a pasar. ¿Y qué tal son?

—Pse, nada especial.

—¿Y Fiódor Pávlovich?

—Ha ido a por biombos y ladrillos. Van a hacer tabiques de separación.

—¿Adónde iremos a parar!

—Piensan instalar más gente en todos los apartamentos, a excepción del suyo, Filip Filípovich. Acaba de haber una reunión, han creado un nuevo comité, y el anterior a la calle.

—¡Ay, ay, ay, qué cosas! Fiu, fiu, fiu.

«Ya voy, hago lo que puedo, es que el costado me duele. Permítame lamerle la bota.»

Los galones del portero desaparecieron. En el rellano de mármol se empezó a notar el calor de las tuberías, doblaron otra esquina y llegaron al piso principal.

II

No sirve para nada aprender a leer cuando la carne se huele a una legua. Además, si viven en Moscú y tienen algo de seso, quieran o no aprenderán algo de cultura general y sin necesidad de ir a la escuela. De los cuarenta mil perros moscovitas, incluso el más completo idiota podrá juntar las letras de la palabra «salchichón».

Shárik empezó aprendiendo los colores. Con cuatro meses recién cumplidos, colgaron por todo Moscú unos letreros azules-verdosos con la inscripción «M.S.P.O. Comercio de carne». Repetimos que todo esto no sirve de nada, porque de todos modos a la carne con el olor le basta. Y el lío se produjo precisamente cuando Shárik, confundiendo el letrero también azulado por el humo de un motor, en lugar de la carnicería se metió en una tienda de objetos eléctricos de los hermanos Golub en la calle Miásnitskaya. Allí comprobó que los cables son más resistentes que el látigo de un cochero. Hay que considerar este momento memorable como el principio de la formación cultural de Shárik. Ya en la acera, empezó a darse cuenta de que «azul» no siempre significa «carne», y, con el rabo entre las patas, aullando por el ardiente dolor, se acordó para siempre de que a la izquierda de todas las carnicerías hay una mancha dorada o roja que parece un trineo.[3]

Luego todo fue mejor. Aprendió la *a* en la Glavryba de la esquina de la calle Mojovaya,[4] y después la *b*, que le era mucho más fácil ver al final de la palabra porque junto al comienzo había un policía.

Los azulejos que cubrían las esquinas de algunas tiendas de Moscú significaban siempre, inevitablemente, «Queso». El grifo negro de samovar con que empieza la enseña negra del ex propietario Chichkin,[5] se refería a las montañas de queso rojo holandés, a los fieros dependientes que odiaban a los perros, al serrín en el suelo y al abominable y maloliente *bakstein*. [6]

Si tocaban el acordeón, cosa que era algo mejor que la *Celeste Aida*, y olía a salchichón, las primeras letras de los letreros blancos se componían con gran facilidad en la palabra «Prohibi...», que es el principio de «Prohibida la palabra soez y las propinas». En estos sitios a veces se organizaban peleas, la gente daba puñetazos en los morros y, en contadas ocasiones, es verdad —aunque a los perros siempre—, le sacudían con servilletas y botas.

Si colgaban de las ventanas jamones secos y había mandarinas: guau, guau, ga... stromía. Si se veían oscuras botellas llenas de un extraño líquido... V-i-n-o, vinos..., antigua casa de los hermanos Eliséyev.

El desconocido señor que trajo al perro a las puertas de su lujoso piso principal llamó a la puerta, y el perro levantó en seguida la vista hacia la placa negra con letras doradas que colgaba a

un lado de la puerta de cristales rosa esmerilados. Compuso en seguida las tres primeras letras: Pe-erre-o... «Pro». Pero después venía una porquería barriguda que cualquiera sabe lo que quería decir.[7] «¿No será un proletario?». Levantó el hocico con asombro, olió nuevamente el abrigo y pensó convencido: «No, aquí no huele a proletario. Una palabra científica; Dios sabe lo que querrá decir».

Detrás del cristal rosa se encendió una luz inesperada y alegre que ensombreció más aún la placa negra. La puerta se abrió sin ruido, y ante el perro y su señor apareció una joven y bella mujer con delantal blanco y cofia de encaje. Shárik se sintió inmerso en un calor divino, y de la falda de la mujer le llegó un olor de lirios.

—Adelante, señor Shárik —dijo irónicamente el caballero, y Shárik se apresuró a entrar, moviendo acompasadamente la cola.

«Así es como yo entiendo la vida», pensó el perro.

Una gran cantidad de objetos llenaban el fastuoso vestíbulo. En seguida le atrajo el gran espejo que llegaba hasta el suelo, y que reflejó de golpe al desarrapado y maltrecho Shárik, además de unos terribles cuernos de ciervo en lo alto, un sinnúmero de abrigos de piel y zapatos, y bajo el techo una tulipa de ópalo con luz eléctrica.

—¿De dónde ha sacado esto, Filip Filípovich? —preguntó sonriendo la mujer, mientras le ayudaba a sacarse el pesado abrigo de piel de zorro plateado con destellos azulados—. ¡Madre mía! Pero ¡qué sarnoso!

—Tonterías. ¿Por qué sarnoso? —preguntó el señor severa y entrecortadamente.

Después de quitarse el abrigo, apareció un traje de tejido inglés y en su barriga brillaba alegre y suavemente una cadena de oro.

—Espera, no te muevas, pero ¡estáte quieto!, tonto, esto no es sarn... Diabl... ¡Hum! ¡Ah! ¡Ah! Esto es una quemadura. ¿Quién ha sido el miserable que te ha escaldado?, ¿eh? ¡Quieto...!

«Un cocinero, un maldito cocinero», pensaba el perro con triste mirada, y aulló suavemente.

—Zina —ordenó el señor—, llévalo ahora mismo a la sala de observación y tráeme la bata.

La mujer silbó, hizo chasquear los dedos, y el perro, algo indeciso, la siguió. Ambos llegaron a un estrecho y oscuro pasillo, atravesaron una brillante puerta y luego, a la izquierda, entraron en una oscura habitación que al instante no le gustó nada al perro por su odioso olor. Un chasquido y la oscuridad se transformó en un día cegador, y además, de los rincones todo empezó a brillar, a relucir.

«Eeeeh... ¡eso sí que no! —aulló el perro—. Lo siento, pero no estoy de acuerdo. ¡Ahora entiendo! El diablo se los lleve con su salchichón. Me han traído a una enfermería canina. Ahora me harán beber aceite de ricino y me cortarán todo el costado con cuchillos, como si no estuviera ya bastante dolorido...».

—¡Alto! ¡Adónde vas! —gritó la joven a la que llamaban Zina. El perro se dio la vuelta, se puso tenso, y de repente, con el lado sano, con todas sus fuerzas se lanzó contra la puerta; la casa entera resonó a causa del golpe. Retrocedió y comenzó a dar vueltas como una peonza, volcando por el suelo un cubo blanco del que volaron trozos de gasa. Al tiempo que daba vueltas giraban las paredes y los armarios con los brillantes instrumentos; el blanco delantal y la desencajada cara de la mujer saltaron a su encuentro.

—¿Adónde vas, diablo peludo? —gritaba desesperadamente Zina—. ¡Condenado!

«¿Dónde estará la escalera de servicio?», pensaba el perro. Se lanzó como una bola contra

una cristalera, con la esperanza de que ésta fuera la segunda puerta. Saltó una nube de cristales haciendo un horrible ruido, cayó un bote lleno de una porquería rojiza que al instante llenó todo el suelo y empezó a heder. La verdadera puerta se abrió.

—¡Quieto, animal! —gritó el señor dando saltos con la bata puesta por una sola manga y cogiendo al perro por las patas—. Zina, agarra por el cuello a este miserable.

—¡Mi madre! ¡Vaya con el perro!

La puerta se abrió aún más y entró otro individuo de sexo masculino, en bata. Pisando los cristales rotos se dirigió no hacia el perro, sino hacia el armario, lo abrió y toda la habitación se llenó de un olor dulzón y nauseabundo. Después el individuo se abalanzó sobre el perro, a lo que éste respondió con un mordisco por encima de los cordones de los zapatos. El individuo pegó un grito, pero no se amilanó. El líquido nauseabundo cortó la respiración al perro y todo le empezó a dar vueltas en la cabeza. Después le flaquearon las piernas, se tambaleó sin saber a qué lado caer. «Muchas gracias —pensó entre sueños derrumbándose sobre los cristales—. ¡Adiós, Moscú! Ya no volveré a ver a Chichkin, ni a los proletarios, ni al salchichón de Cracovia. Me voy al cielo en premio a mi perra vida. Verdugos, ¿por qué me hacéis esto?».

Y llegado a este punto, se cayó definitivamente y expiró. Cuando resucitó, estaba un poco mareado, sentía náuseas; el costado, como si no existiera, callaba dulcemente. El perro abrió su lánguido párpado derecho y vio de reojo que estaba fuertemente vendado por los costados a la altura del estómago. «De todos modos me han fastidiado, estos hijos de perra —pensó confusamente—, pero hay que reconocer que lo han hecho bien.»

—«De Sevilla a Granada... En el silencio de la noche»[8] —cantó una voz desentonada y distraída.

El perro, asombrado, abrió de par en par los ojos y vio a dos pasos una pierna masculina apoyada en un taburete blanco. Las perneras del pantalón y de los calzones estaban levantadas y la desnuda pierna amarillenta, manchada de sangre seca y yodo.

«¡Santo cielo! —pensó el perro—, debe de ser el tipo al que he mordido. Esto es obra mía. ¡Seguro que me sacuden!».

—«¡Se oyen serenatas, de espadas los mandobles!»». ¿Por qué has mordido al doctor, pordiosero? ¡Eh? ¿Y por qué has roto el cristal? ¿Eh?

«A-u-u-u», gimió lastimero el perro.

—Bueno, ya está, quédate aquí acostado, tontaina.

—Filip Filípovich, ¿cómo ha conseguido engatusar a un perro tan nervioso? —preguntó una agradable voz de hombre, y el calzón de lana rodó hacia abajo. Se esparció un olor a tabaco, en el armario tintinearón los frascos.

—Con caricias. Es la única forma posible de tratar a los seres vivos. Con el terror no se consigue nada de los animales, sea cual sea su nivel de desarrollo. Siempre lo he dicho, lo digo ahora y lo seguiré diciendo. Es inútil que algunos piensen que el terror les va a ayudar. No, no les ayudará, sea cual sea: ni el blanco, ni el rojo, ni siquiera el pardo. El terror paraliza completamente el sistema nervioso. ¡Zina!, le he comprado a este bribón un rublo cuarenta kopeks de salchichón de Cracovia. Encárgate de alimentarlo cuando se le pasen las náuseas.

Crujieron los cristales bajo la escoba, y una voz femenina, con coquetería:

—¡De Cracovia! ¡Dios mío! Le tendría que haber comprado veinte kopeks de despojos de la carnicería. El salchichón mejor me lo como yo.

—¡Prueba a comerlo! ¡Ni lo sueñes! ¡Es un veneno para el estómago humano! ¡Una chica mayor y te metes en la boca cualquier porquería! De ningún modo. Te aviso, ni el doctor Bormental ni yo nos ocuparemos de ti si te empieza a doler el estómago...

Sonaban por toda la casa unos suaves tímbrazos entrecortados, y a lo lejos, en la entrada, no cesaban de oírse voces. Y el teléfono. Zina desapareció.

Filip Filípovich tiró la colilla al cubo, se abrochó la bata, puso en orden ante el espejo de la pared su espeso bigote y llamó al perro:

—Fiu, fiu. Bueno, no es nada, no es nada. Vamos a la consulta.

El perro se levantó sobre sus patas todavía inseguras, se estremeció, pero en seguida se repuso y siguió los ondulantes faldones de Filip Filípovich. Nuevamente atravesó el estrecho pasillo, pero ahora lo vio brillantemente iluminado por un rosetón en el techo. Cuando se abrió la puerta lacada, entró con Filip Filípovich en el despacho, que lo deslumbró por su decoración. Todo resplandecía de luz, había luces bajo el techo moldeado, encima de la mesa, en la pared, en los cristales de los armarios. La luz inundaba toda la inmensidad de objetos entre los que el más atrayente era una enorme lechuza sobre una rama en la pared.

—Échate —le ordenó Filip Filípovich.

La puerta de enfrente, de madera tallada, se abrió y entró el mordido, que ahora en la brillante luz parecía muy guapo y joven, con una afilada perilla; entregó una hoja y dijo:

—El de antes.

Desapareció al instante, silenciosamente, y Filip Filípovich, extendiendo los faldones de la bata, se sentó tras una enorme mesa de escritorio y se transformó de repente en un personaje extraordinariamente importante e imponente.

«No, esto no es una enfermería, he caído en algún otro sitio —pensó turbado el perro y se tumbó en una elegante alfombra al lado del diván—. Ya aclararemos ese misterio de la lechuza.»

La puerta se abrió suavemente y entró un personaje tan sorprendente que el perro soltó un ladrido, aunque muy tímido.

—¡Silencio! Pero si está irreconocible, mi querido amigo.

El que había entrado se inclinó turbado y respetuoso ante Filip Filípovich.

—Ji, ji. Es usted un mago, un hechicero —dijo confuso.

—Quítese los pantalones, querido amigo —ordenó Filip Filípovich y se levantó.

«¡Jesús, Dios mío! —pensó el perro—, vaya pájaro.»

En la cabeza le crecían al pájaro unos cabellos totalmente verdes que en el cogote adquirían un tono oxidado, de tabaco; las arrugas se extendían por toda su cara, pero su color era rosado como el de un bebé. La pierna izquierda no se le doblaba, y tenía que arrastrarla por la alfombra, mientras que la derecha saltaba como si fuera la de un saltamontes. A un lado de la magnífica chaqueta brillaba, como si fuera un ojo, una piedra preciosa.

Al perro le desaparecieron las náuseas de la curiosidad.

—¡Guau! —ladró suavemente.

—¡A callar! ¿Cómo va el sueño, querido amigo?

—Je, je. ¿Estamos solos, profesor? Es indescriptible —dijo confusamente el visitante—. *Parole d'honneur*, en veinticinco años no me había sucedido nada parecido. —El sujeto empezó a desabotonarse los pantalones—. No sé si me creará, profesor, pero cada noche veo manadas de chicas desnudas. Estoy verdaderamente maravillado. Es usted un mago.

—Humm —suspiró preocupado Filip Filípovich, observando las pupilas del cliente.

Éste por fin pudo liberar los botones y se quitó los pantalones a rayas. Debajo aparecieron unos calzoncillos nunca vistos. Eran de color crema, con unos gatos negros de seda bordada, y olían a perfume.

El perro no pudo resistir la presencia de los gatos y pegó un ladrido tal que el sujeto dio un salto.

—¡Ay!

—¡Te voy a dar! No tema, no muerde.

«¿Que no muerdo?», pensó con asombro el perro.

Del bolsillo del pantalón se le cayó a la alfombra un pequeño sobre en el que se podía ver a una hermosa joven con el pelo suelto. El individuo dio un salto, se inclinó a recoger el sobre y se ruborizó.

—De todos modos, tenga cuidado —dijo en tono severo Filip Filípovich, amenazándole con el dedo—, tenga cuidado, ¡no abuse!

—Yo no abu... —balbuceó avergonzado el sujeto, que continuaba desnudándose—. Yo, estimado profesor, sólo en plan de experiencia.

—¿Bueno, y qué? ¿Qué resultados? —preguntó muy serio Filip Filípovich.

El sujeto, con una expresión de éxtasis, dejó caer una mano.

—En veinticinco años, se lo juro por Dios, profesor, nada parecido. La última vez fue en 1899, en París, en la Rue de la Paix.

—¿Y por qué se ha vuelto usted verde?

La cara del visitante se ensombreció.

—¡Maldito Zhirkost!^[9] No puede imaginarse, profesor, lo que han metido estos malhechores en vez de tinte. ¡Mire! —balbuceaba buscando con la vista un espejo—. ¡Tendría que partirles la cara! —añadió, encolerizado—. ¿Qué puedo hacer ahora, profesor? —suplicó con voz llorosa.

—Hum, aféitese la cabeza.

—¡Pero, profesor —exclamó con voz lastimera el visitante—, volverán a salirme canas! Además, no podría ni asomarme a la oficina; es el tercer día que no voy por allí. Viene a recogerme el coche y yo lo tengo que dejar marchar sin mí. ¡Ah, profesor! ¡Si usted descubriese un método para rejuvenecer también el pelo!

—Cada cosa a su tiempo, mi buen amigo —replicó Filip Filípovich.

Inclinándose, estudió con ojos brillantes el vientre desnudo del paciente.

—Bueno, espléndido, todo está en perfecto orden. Para serle sincero, no esperaba un resultado así. «Mucha sangre, más canciones.»^[10] Vístase, querido amigo.

—«Yo soy de aquella, la más bella...» —canturreó el paciente con voz temblona, como salida de una sartén, y resplandeciente empezó a vestirse. Después de arreglarse, con paso saltarín, dejando por todas partes el olor de su perfume, contó un fajo de billetes blancos y estrechó enternecido las manos de Filip Filípovich.

—No vuelva hasta dentro de dos semanas —dijo Filip Filípovich—. De todos modos, le ruego que vaya con cuidado.

—¡Profesor! —exclamó una voz extasiada desde la puerta—, esté completamente tranquilo. —Soltó una risita complaciente y desapareció.

Un timbrazo se desparramó por toda la casa, la puerta lacada se abrió, entró el mordido,

entregó una hoja a Filip Filípovich y declaró:

—Los años están mal indicados. Probablemente tenga cincuenta y cinco o cincuenta y seis. El ritmo del corazón es algo sordo.

Desapareció y en su lugar entró acompañada del fru-fru de su vestido una dama con un gorro coquetamente ladeado y un brillante collar en el cuello marchito y arrugado. Unas extrañas bolsas negras colgaban debajo de sus ojos, y las mejillas estaban rojas como las de una muñeca. Estaba muy agitada.

—¡Señora! ¿Cuántos años tiene? —preguntó con gran severidad Filip Filípovich.

La dama incluso palideció del susto bajo la capa de colorete.

—Yo, profesor, se lo juro, ¡si supiera usted mi drama...!

—Cuántos años, señora —preguntó Filip Filípovich en un tono aún más severo.

—Palabra de honor. Bueno, cuarenta y cinco...

—¡Señora! —chilló Filip Filípovich—, ¡me están esperando! No me entretenga, por favor. ¡No es usted la única!

El pecho de la dama se agitaba tumultuosamente.

—Se lo diré sólo a usted, como lumbrera de la ciencia. Pero le juro, ¡es algo horrible...!

—¡Su edad! —exclamó Filip Filípovich furioso y con voz de pito; sus gafas brillaron.

—¡Cincuenta y uno! —contestó la dama retorciéndose de miedo.

—Quítese la ropa, señora —dijo Filip Filípovich, ya más tranquilizado, y señaló un alto biombo blanco en el rincón.

—Le juro, profesor... —balbuceó la dama, mientras con dedos temblorosos se desabrochaba unos corchetes en la cintura—. Este Moritz..., se lo confieso, de todo corazón...

—«De Sevilla a Granada...» —canturreó Filip Filípovich distraídamente, y apretó el pedal del lavabo de mármol. Se oyó el ruido del agua.

—¡Lo juro por Dios! —decía la dama, y a sus mejillas ascendían los verdaderos colores—. Lo sé, es mi última pasión. Pero ¡es un canalla! ¡Oh profesor!, es un fullero y un tramposo. Todo Moscú lo sabe. No deja escapar ni a una vulgar modista. Y es que es tan perdidamente joven...

La dama murmuraba e iba sacándose de debajo de las ruidosas faldas una prenda de puntillas arrugadas.

Al perro se le nubló completamente la vista y en la cabeza todo le empezó a dar vueltas.

«Iros al diablo —pensó confusamente, y recostando la cabeza sobre las patas se adormiló avergonzado—. No voy a esforzarme en entender qué broma es ésta. Tampoco lo entendería.»

Le despertó el timbre y vio que Filip Filípovich tiraba a la palangana unos tubos relucientes.

La pintarrajeada mujer, apretándose las manos al pecho, miraba ansiosamente a Filip Filípovich. Éste frunció las cejas con aire de gravedad y sentándose a la mesa empezó a escribir algo.

—Le injertaré ovarios de mona —dijo, y la miró severamente.

—Ah, profesor, ¿han de ser precisamente de mona?

—Sí —contestó inflexible Filip Filípovich.

—¿Cuándo es la operación? —preguntó la dama palideciendo y con voz débil.

—«De Sevilla a Granada...». Hum..., el lunes. Ingresará en la clínica por la mañana. Mi asistente la preparará para la intervención.

—Oh, no quiero ingresar en la clínica. ¿No podría hacerse en su casa, profesor?

—Mire, en mi casa sólo opero en casos extremos. Le costará muy caro, quinientos rublos.

—¡Estoy de acuerdo, profesor!

Se oyó nuevamente el ruido del agua, el gorro de plumas se agitó; después apareció una cabeza calva como una bola de billar y abrazó a Filip Filípovich.

El perro dormitaba, las náuseas habían pasado y se deleitaba del costado ya calmado y del calor, roncó incluso y tuvo tiempo de ver un trozo de sueño agradable: soñó que le arrancaba las plumas de la cola a la lechuza...

Después una voz alarmada resonó sobre su cabeza.

—Por mi cargo público soy muy conocido, profesor. ¿Qué puedo hacer?

—¡Señores! —gritaba indignado Filip Filípovich—, así es imposible. Hay que contenerse. ¿Cuántos años tiene ella?

—Catorce, profesor... Comprenda, los comentarios pueden hundirme. Uno de estos días he de recibir un visado para un trabajo en Londres.

—Pero yo no soy un jurista, querido amigo... Espere dos años y cásese con ella.

—Estoy casado, profesor.

—¡Ah, señores, señores!

Las puertas se abrían, se sucedían las caras, resonaban los instrumentos en el armario, Filip Filípovich trabajaba sin descanso.

«Vaya pisito —pensó el perro—, hiede, pero ¡qué bien se está! ¿Para qué le haré falta? ¿Será posible que quiera que viva aquí? ¡Qué tipo más raro! Con sólo mover la mano tendría un perro que tira de espaldas. ¡A lo mejor es que soy un perro bonito! ¡Qué suerte la mía! Pero la lechuza esta es un asco... ¡Insolente!».

El perro se despertó definitivamente cuando, avanzada la tarde, se acabaron los timbrazos, precisamente en el momento en que aparecieron en la puerta unos singulares visitantes. Eran cuatro. Todos jóvenes y vestidos con gran sencillez.

«¿Y éstos qué quieren?», pensó con asombro el perro.

Aún más hostil fue el recibimiento de Filip Filípovich. De pie, junto al escritorio, les miraba como un general mira al enemigo en el campo de batalla. Las ventanas de su nariz aguileña se dilataban. Los visitantes estaban de pie, sobre la alfombra.

—Hemos venido a verle, profesor —empezó a decir uno con una cabellera que se alzaba más de un palmo por encima de su cabeza, una cabellera espesa y rizada—, por un asunto...

—No está bien, señores, que vayan sin chanclos con este tiempo —le interrumpió sentencioso Filip Filípovich—. En primer lugar, van a coger un resfriado, y, en segundo lugar, han dejado sus pisadas en las alfombras, y todas mis alfombras son persas.

El de la cabellera se quedó callado; los cuatro, estupefactos, miraban a Filip Filípovich. El silencio continuó unos cuantos segundos y lo interrumpió el tamborileo de los dedos del profesor sobre un plato de madera pintada que estaba sobre la mesa.

—En primer lugar, no somos señores —dijo por fin el más joven de todos, que parecía un melocotón.

—En primer lugar —le interrumpió Filip Filípovich—, ¿es usted hombre o mujer?

Los cuatro callaron de nuevo y abrieron la boca. Esta vez el primero en reaccionar fue el de la cabellera.

—¿Qué importa eso, camarada? —preguntó orgullosamente.

—Soy una mujer —reconoció el joven que parecía un melocotón y llevaba una chaqueta de cuero, y se ruborizó.

Después, inexplicablemente, también se puso como un tomate uno de los visitantes, uno rubio con gorra de piel.

—En ese caso puede usted quedarse con el gorro puesto, pero a usted, queridísimo señor, le ruego que se lo quite —dijo persuasivo Filip Filípovich.

—No soy ningún «queridísimo señor» —dijo el rubio quitándose el gorro.

—Hemos venido... —empezó nuevamente el moreno de la cabellera.

—Antes que nada, ¿a quién se refiere?

—Somos el nuevo comité de la casa —dijo el moreno con rabia contenida—. Yo soy Shvónder, ella es Viázemskaya, él es el camarada Pestrugin, y Sharovkián. Así que nosotros...

—¿Ustedes son los que se han instalado en el apartamento de Fiódor Pávlovich Sablin?

—Sí —contestó Shvónder.

—¡Dios mío! ¡Adiós casa Kalabújov! —exclamó Filip Filípovich agitando con aire desesperado las manos.

—¿Se está usted riendo, profesor? —preguntó indignado Shvónder.

—¡De qué me voy a reír! Estoy totalmente desesperado —chilló Filip Filípovich—. ¿Qué pasará ahora con la calefacción central?

—¡Se está burlando, profesor Preobrazhenski!

—¿Qué es lo que les trae aquí? Explíquese lo más aprisa posible. Tengo que cenar.

—Somos la dirección de la casa —empezó Shvónder con una mirada de odio— y hemos venido a verle después de una asamblea general de vecinos, en la que se ha puesto la cuestión de los apartamentos de la casa.

—¿Quién ha puesto qué? —gritó Filip Filípovich—. Esfuércese en exponer sus ideas con mayor claridad.

—Se ha planteado la cuestión de la reducción de la superficie por vecino...

—¡No siga! ¡He comprendido! ¿Saben ustedes que, según la orden del doce de agosto, mi apartamento está exento de cualquier reducción o traslado?

—Lo sabemos —contestó Shvónder—, pero la asamblea general, al estudiar su problema, ha llegado a la conclusión de que, a pesar de todo, usted ocupa una superficie excesiva, totalmente excesiva. Usted solo ocupa siete habitaciones.

—Yo vivo y trabajo en siete habitaciones —contestó Filip Filípovich—, y desearía tener una octava. Me es imprescindible para la biblioteca.

Los cuatro se quedaron mudos.

—¡Una octava! Je, je —dijo el rubio, que se había quitado el gorro—, ésta sí que es buena.

—¡Es indescriptible! —exclamó el joven que resultó ser mujer.

—Tengo el recibidor que, ya ven, ha de servir de biblioteca, el comedor, mi despacho, tres; sala de observación, cuatro; sala de operaciones, cinco; mi dormitorio, seis; y el cuarto de la sirvienta, siete. Falta... Pero bien, esto no tiene mucha importancia. Mi apartamento está exento y no hay más que hablar. ¿Puedo ir a comer?

—Perdóneme... —dijo el cuarto, que parecía un robusto escarabajo.

—Perdóneme —lo interrumpió Shvónder—, es precisamente acerca del comedor y la sala de observación de lo que hemos venido a hablar. La asamblea le ruega que por su propia voluntad, en nombre de la disciplina de los trabajadores, prescinda de su comedor. En Moscú nadie tiene comedores.

—¡Ni siquiera Isadora Duncan! —exclamó sonoramente la chica.

Algo le estaba pasando a Filip Filípovich. Su rostro adquirió un ligero tono amoratado y no pronunció ni un solo sonido, como esperando qué ocurriría después.

—Y en cuanto a la sala de observación —continuó Shvónder—, el despacho podría servir de sala de observación.

—Hum... —pronunció Filip Filípovich con una voz extraña—. ¿Y dónde debo tomar mis alimentos?

—En el dormitorio —contestaron los cuatro a coro.

El rostro de Filip Filípovich adquirió un tono algo grisáceo.

—Comer en el dormitorio —dijo con una voz ahogada—, leer en la sala de observación, vestirme en el recibidor, operar en el cuarto de la sirvienta y hacer el reconocimiento en el comedor. Es muy posible que Isadora Duncan lo haga así. Puede ser que ella coma en el despacho, que diseque los conejos en el baño. Puede ser. Pero ¡yo no soy Isadora Duncan...! —aulló de repente, y su color pasó del morado al amarillo—. ¡Yo comeré en el comedor, y operaré en la sala de operaciones! Transmitan esto a la asamblea general y les ruego humildemente que vuelvan a sus asuntos y me permitan tomar mi comida allí donde la toman las personas normales, o sea, en el comedor y no en el recibidor o en el cuarto de los niños.

—Entonces, profesor, en vista de su obstinada actitud —dijo Shvónder inquieto—, daremos cuenta de ello a instancias superiores.

—Ajá —dijo Filip Filípovich—. ¿Así están las cosas? —y su voz adquirió un sospechoso tono educado—. Les ruego que esperen un instante.

«Esto es un hombre —pensó el perro lleno de entusiasmo—. Igualito a mí. Ahora sí que les va a dar, ahora. No sé todavía cómo, pero les va a dar... ¡Dales! ¡Si pudiera atrapar a este patilargo por encima de la bota, en el tendón de la pantorrilla... ¡Grrrr...!».

Filip Filípovich golpeó con el pie, cogió el teléfono y dijo:

—Por favor... Sí... Gracias. Piotr Aleksándrovich, por favor. El profesor Preobrazhenski. ¿Piotr Aleksándrovich? Me alegro de encontrarle. Se lo agradezco, de salud, bien. Piotr Aleksándrovich, su operación queda cancelada. ¿Cómo? Cancelada del todo. Como todas las demás. Porque dejo de trabajar en Moscú, en Rusia de hecho... Ahora acaban de entrar cuatro individuos, entre ellos una mujer disfrazada de hombre, y dos, armados con revólveres, que me han intimidado en mi propio apartamento, con el fin de arrebatármelo.

—Permítame, profesor... —empezó Shvónder cambiando de cara.

—Lo siento, no tengo tiempo de repetirle todo lo que me han dicho. No soy amigo de los despropósitos. Baste con decir que me han propuesto desprenderme de mi sala de observación; en otras palabras, me han puesto en la necesidad de operarlo allí donde me dedico a diseque a los conejos. En estas condiciones, no sólo no puedo, sino que no tengo derecho a trabajar. Por esto abandono mis actividades, cierro mi apartamento y me voy a Sochi. Las llaves se las puedo dar a Shvónder. Que opere él.

Los cuatro se quedaron helados. La nieve se les derretía en las botas.

—¿Qué le vamos a hacer...? A mí me resulta muy desagradable... ¿Cómo? ¡Oh, no! ¡Piotr Aleksándrovich! ¡Oh, no! Ya no puedo aguantar más. Mi paciencia se ha terminado. Es la segunda vez desde agosto... ¿Cómo? Hum... Como usted guste. Ojalá. Pero sólo con una condición... Por quien quiera, cuando quiera y lo que quiera, pero que sea un papel con el que ni Shvónder ni nadie pueda tan siquiera acercarse a la puerta de mi apartamento. Un documento definitivo. ¡Una verdadera, una auténtica exención! Que mi nombre ni tan siquiera se mencione... Claro. Yo para ellos estoy muerto. Sí, sí. Por favor. ¿Por quién? Ajá... Bueno, esto es otra cosa. Ajá... Bueno. Ahora le paso. ¿Sería tan amable? —Filip Filípovich se dirigió a Shvónder con voz sibilina—. Quiere hablar con usted.

—Permítame, profesor —dijo Shvónder, enrojeciendo y palideciendo alternativamente—, usted ha tergiversado nuestras palabras.

—Le ruego que no utilice este género de expresiones.

Shvónder, desconcertado, cogió el auricular y dijo:

—Escucho. Sí... El presidente del comité de la casa. Pero si hemos actuado según el reglamento... Ciertamente su situación es totalmente excepcional. Sabemos de sus trabajos... Queríamos dejarle cinco habitaciones... Bueno..., si es así... Bien...

Totalmente rojo, colgó el teléfono y se dio la vuelta.

«¡Le ha puesto verde! ¡Vaya tipo! —pensó con admiración el perro—. Debe de tener una fórmula mágica. Bueno, ahora ya me pueden pegar, lo que quieran; pero yo de aquí no me muevo.»

Los tres, con la boca abierta, miraban al humillado Shvónder.

—Esto es una vergüenza —dijo en un tono poco decidido.

—Si hubiéramos tenido ocasión de discutirlo —empezó la mujer, nerviosa y sonrojada—, le demostraría a Piotr Aleksándrovich...

—Perdone, ¿no querrá usted empezar a discutirlo ahora...? —preguntó educadamente Filip Filípovich.

Los ojos de la mujer se encendieron.

—Comprendo su ironía, profesor. Ahora nos vamos... Simplemente, yo, como director de la sección cultural de la casa...

—Di-rec-to-ra —corrigió Filip Filípovich.

—...quisiera proponerle —en este momento la mujer sacó de entre su ropa unas cuantas revistas de vivos colores, todavía manchadas de nieve— que nos compre unas cuantas revistas en ayuda a los niños de Alemania, a cincuenta kopeks el ejemplar.

—No, no las quiero —contestó escuetamente Filip Filípovich mirando de reojo las revistas.

En todas las caras asomó un absoluto asombro, y la mujer se cubrió de un tono violáceo.

—¿Por qué se niega?

—No las quiero.

—¿No siente nada por los niños alemanes?

—Sí.

—¿Le duele desprenderse de cincuenta kopeks?

—No es eso.

—Entonces ¿por qué?

—No quiero.

Callaron.

—Sabe, profesor —dijo la chica tras un profundo suspiro—, si no fuera usted una celebridad europea y si no le protegieran de la forma indignante en que le protegen —el rubio le estiró el extremo de la chaqueta, pero ella lo apartó— unos individuos a los que estoy segura que vamos a desenmascarar, se le debería arrestar.

—¿Y por qué? —preguntó con curiosidad Filip Filípovich.

—¡Usted odia al proletariado! —dijo con orgullo la chica.

—Tiene usted razón, no me gusta el proletariado —admitió con tono triste Filip Filípovich y apretó un botón. Un timbrazo sonó a lo lejos. Se abrió la puerta del pasillo.

—Zina —gritó Filip Filípovich—, ve sirviendo la comida. ¿Me permiten, señores?

Los cuatro salieron en silencio del despacho, cruzaron en silencio la sala de espera y la entrada, y se oyó cómo tras ellos se cerraba pesada y sonora la puerta.

III

En los platos decorados con flores paradisíacas y con una gran cenefa negra yacían finas lonchas de salmón y anguilas en escabeche; en una pesada bandeja de madera, un trozo de queso en su punto, y en una vasija de plata rodeada de nieve, el caviar. Entre los platos, unas delicadas copas y tres jarritas de cristal con vodka de distintos colores. Todos estos objetos se encontraban en una pequeña mesa de mármol cómodamente unida al enorme aparador de roble tallado del que salían destellos de cristal y plata. En medio de la habitación estaba la mesa, pesada como un sepulcro, cubierta con un mantel blanco, y sobre ella dos servicios, con las servilletas dobladas en forma de tiaras papales, y tres oscuras botellas.

Zina entró con una bandeja de plata cubierta de la que salía un ruido semejante a un gruñido. Llegó un olor tal que al instante al perro se le hizo la boca agua. «¡Los jardines de Semíramis!», pensó y empezó a golpear el parquet con la cola, como si fuera un palo.

—Tráigalos aquí —ordenó ávidamente Filip Filípovich—. Doctor Bormental, se lo suplico, deje en paz el caviar. Y si quiere un buen consejo, no beba vodka inglés, sino simple vodka ruso.

El guapo mordido, que había cambiado la bata por un correcto traje negro, se encogió de hombros, sonrió educadamente y se sirvió vodka transparente.

—¿Es Novoblagoslovénaya?[11] —preguntó.

—Por Dios, querido amigo —respondió el dueño de la casa—, es alcohol. Daria Petrovna prepara ella misma el vodka fantásticamente.

—No diga eso, Filip Filípovich. Todos aseguran que está muy bien, treinta grados.[12]

—En primer lugar, el vodka ha de tener cuarenta grados y no treinta —interrumpió imperativamente Filip Filípovich—, y, en segundo, Dios sabe lo que habrán echado allí. ¿Sería usted capaz de decir lo que les puede pasar por la cabeza?

—Cualquier cosa —dijo con seguridad el mordido.

—Yo también soy de la misma opinión —añadió Filip Filípovich y se tragó de un golpe todo el contenido de la copa—. Mm... Mm..., doctor Bormental, se lo suplico: pruebe ahora mismo esto, y si me pregunta qué es, seré toda mi vida su mortal enemigo. «De Sevilla a Granada...».

Unió el gesto a la palabra y pinchó con un palmeado tenedor de plata algo parecido a un oscuro panecillo. El otro siguió su ejemplo. Los ojos de Filip Filípovich brillaron.

—¿Qué tal? —preguntó Filip Filípovich masticando—. ¿Qué? Dígame, querido doctor.

—Soberbio —contestó sinceramente el mordido.

—Faltaría más... Tenga en cuenta, Iván Arnóldovich, que sólo comen sopa y entremeses fríos los terratenientes que todavía no han sido degollados por los bolcheviques. Una persona que se

respete, aunque sólo sea un poco, come entremeses calientes. Y entre los entremeses calientes de Moscú, éste es el primero. Hubo un tiempo en que los preparaban maravillosamente en el Bazar Eslavo. ¡Toma!

—Le da de comer al perro en el comedor —se oyó una voz femenina—. Luego no habrá forma de sacarlo de aquí.

—No importa, el pobre está hambriento. —Filip Filípovich con el tenedor dio al perro un bocado que éste cogió con una hábil pirueta, y el tenedor cayó estruendosamente en el lavamanos.

De los platos salía un vapor que olía a cangrejos; el perro, sentado a la sombra del mantel, parecía un centinela de guardia ante un polvorín, y Filip Filípovich, metiéndose un extremo de la servilleta almidonada en el cuello postizo, comenzó su sermón:

—La comida, Iván Arnóldovich, es una cuestión sutil. Hay que saber comer, y piense que la mayoría de la gente no tiene ni idea de comer. No sólo hay que saber qué comer, sino también cuándo y cómo. —Filip Filípovich agitó muy significativamente la cuchara—. Y de qué se tiene que hablar mientras tanto. Sí... Si usted se preocupa de su digestión, un buen consejo: no hable durante la comida ni de bolchevismo ni de medicina. Y, por Dios, antes de comer no lea jamás los periódicos soviéticos.

—Hum. Pero si no hay otros.

—Pues eso, no lea ninguno. Sabe, he realizado treinta observaciones en mi clínica. ¿Y quiere saber una cosa? Los pacientes que no leen periódicos se sienten inmejorablemente. En cambio, aquellos a los que obligaba especialmente a leer *Pravda* perdían peso.

—Curioso —contestó con interés el mordido, que iba sonrosándose gracias al vino y a la sopa.

—Y no sólo eso. Disminución de los reflejos en las rodillas, falta de apetito, estado de ánimo deprimido...

—Pues sí que...

—Sí... A propósito, ¿qué estoy haciendo? Yo mismo he empezado a hablar de medicina. Más vale que comamos.

Filip Filípovich, reclinándose, llamó, y Zina apareció en la puerta color cereza. El perro recibió un trozo gordo y pálido de esturión que no le gustó, y justo después un trozo de roast-beef sangriento. Después de habérselo tragado, el perro notó repentinamente que quería dormir y que ya no podía ni soportar la vista de la comida. «Extraña sensación —pensó dejando caer sus pesados párpados—. Mis ojos no quieren ni ver la comida... Y eso de fumar después de la comida, eso sí que es una tontería.»

El comedor se había llenado de un desagradable humo azul. El perro dormitaba apoyando la cabeza en las patas delanteras.

—El Saint Julien es un vino aceptable —oyó entre sueños el perro—, pero ahora ya no hay.

Un sordo canto coral, amortiguado por las paredes, los techos y las alfombras, llegó de arriba o del apartamento de la izquierda.

Filip Filípovich llamó y Zina acudió.

—Zina, ¿qué significa esto?

—Otra asamblea general, Filip Filípovich —contestó.

—¿Otra vez? —exclamó tristemente Filip Filípovich—. Bueno, me parece que podemos despedirnos de la casa Kalabújov. Tendremos que irnos, pero ¿adónde?, me pregunto. Y todo

seguirá el mismo camino. Al principio, cantos cada noche, después se helarán las cañerías de los retretes, más tarde explotará la caldera de la calefacción, y así sucesivamente. Despidámonos de la casa Kalabújov.

—Filip Filípovich, se está usted torturando —dijo sonriendo Zina mientras se llevaba una pila de platos.

—¿Y cómo quiere que no me torture? —aulló Filip Filípovich—. ¡Qué casa era! Hágase usted cargo...

—Ve las cosas demasiado negras, Filip Filípovich —objetó el guapo mordido—. Ahora las cosas han cambiado mucho.

—Querido amigo, usted me conoce, ¿no es cierto? Yo soy un hombre de hechos, una persona observadora. Soy enemigo de las hipótesis infundadas. Y esto es bien sabido no sólo en Rusia, sino también en Europa. Si digo algo es que este algo se basa en un hecho del que yo saco la conclusión. Y ahora voy a darle un hecho: la percha y el rincón de los chanclos de la casa.

—Interesante...

«¡Qué tontería, los chanclos! La felicidad no está en los chanclos —pensó el perro—, pero se ve que es una personalidad destacada.»

—Tomemos por ejemplo el asunto de los chanclos. Vivo en esta casa desde mil novecientos tres, y a lo largo de todo este tiempo, hasta abril de mil novecientos diecisiete, no hubo ni un caso, subrayo con lápiz a rojo «ni uno», en que de nuestra entrada, que tenía una puerta común abierta, desapareciera un solo par de chanclos. Tenga en cuenta que hay doce apartamentos y que yo recibo a mis pacientes. En abril de mil novecientos diecisiete, un buen día desaparecieron todos los chanclos, incluidos dos pares míos, tres bastones, un abrigo y el samovar del portero. Desde entonces el lugar para guardar los chanclos dejó de existir. ¡Querido amigo! Ya no hablo de la calefacción central. De eso no hablo. ¡Bueno, ya que existe la revolución social, no hay que tener calefacción! Algún día, si tengo tiempo libre, me dedicaré a estudiar el cerebro y demostraré que todo este galimatías social no es otra cosa que un marasmo patológico... Pero yo pregunto: ¿por qué, cuando empezó toda esta historia, todos empezaron a andar con los chanclos y las botas sucias por la escalera de mármol? ¿Por qué incluso ahora hay que guardar bajo llave los chanclos? Y poner además un soldado para que no te los roben. ¿Por qué han quitado la alfombra de la escalera de la entrada? ¿Es que Karl Marx prohíbe que se tengan alfombras en las escaleras? ¿Acaso en alguna parte ha escrito Marx que en el número dos de la casa Kalabújov de la calle Prechístenka se debe tapiar con maderas la puerta principal y entrar por el patio trasero? ¿Para qué hace falta todo eso? ¿Para los negros explotados? ¿O es para los obreros portugueses? ¿Por qué el proletariado no puede dejar sus chanclos en la entrada, y en cambio tiene que ensuciar el mármol?

—Pero, Filip Filípovich, si no tienen chanclos —tartamudeó el mordido.

—¡Eso lo dirá usted! —contestó con voz de trueno Filip Filípovich y se llenó un vaso de vino—. Hum... No considero recomendables los licores después de las comidas: dificultan la digestión y son fatales para el hígado... ¡De ningún modo! Ahora el proletario lleva chanclos, ¡y esos chanclos son los míos! Son precisamente los que desaparecieron el trece de abril del diecisiete.[13] Uno se pregunta quién les echó mano. ¿Yo? Imposible. ¿El burgués Sablin? —Filip Filípovich señaló el techo con el dedo—. Es ridículo hasta suponerlo. ¿Pólozov, el propietario de la fábrica de azúcar? —Filip Filípovich señaló a un lado—. ¡Jamás! ¡Esto es obra de esos mismos cantores! Bueno ¡si al menos se los quitaran en la escalera! —Filip Filípovich empezó a

enrojecer—. ¿Por qué diablos han quitado las flores de los descansillos? ¿Por qué la electricidad que, benditos recuerdos, se apagó a lo largo de veinte años dos veces, ahora se apaga con escrupulosa exactitud dos veces al mes? Doctor Bormental, la estadística es algo terrible. Usted, que conoce mi último trabajo, lo sabe mejor que nadie.

—Es la desorganización, Filip Filípovich.

—No —objetó Filip Filípovich con total convencimiento—. Usted es el primero, querido Iván Arnóldovich, que debería abstenerse del uso de esta palabra. Es un espejismo, humo, una ficción. —Filip Filípovich separó ampliamente sus cortos dedos, por los que dos sombras parecidas a dos tortugas aparecieron en el mantel—. ¿De qué desorganización habla? ¿Una bruja con la escoba? ¿Una bruja que ha roto todos los cristales y ha apagado todas las bombillas? Pero si en realidad no existe. ¿Qué es lo que entiende usted por desorganización? —preguntó furioso a un pato de cartón que colgaba patas arriba junto al bufet, y contestó en su lugar—: Se lo voy a decir: si yo, en vez de operar cada tarde, empiezo a cantar a coro en la casa, aquí se instauraría la desorganización. Si yo, cuando voy al retrete, empezase, permíteme la expresión, a orinar fuera de la taza, y Zina y Daria Petrovna hicieran lo mismo, en el retrete comenzaría la desorganización. Por consiguiente, la desorganización no está en los retretes, sino en las cabezas. Por eso cuando estos patanes gritan «¡Muera la desorganización!», yo me río. —La cara de Filip Filípovich se crispó de tal modo que el mordido se quedó boquiabierto—. Se lo juro, ¡me da risa! Esto significa que cada uno de ellos tendría que darse a sí mismo una buena paliza, y una vez se hubieran despedido de la revolución mundial, de Engels, de Nicolás I, de los malayos oprimidos y de todas las demás alucinaciones y se dedicaran a limpiar los desvanes, que es lo que deberían hacer, la desorganización desaparecería por sí sola. ¡No se puede servir a dos señores! ¡No se puede, a la vez, barrer los raíles de los tranvías y resolver el destino de unos harapientos españoles! Esto no lo puede lograr nadie, y menos unos hombres que, con doscientos años de atraso con respecto a Europa, hasta ahora no han aprendido a abrocharse como es debido sus propios pantalones.

Filip Filípovich empezó a perder los estribos y su nariz aguileña empezó a dilatarse. Con las nuevas fuerzas de una copiosa comida, tronaba como un profeta de la antigüedad y su cabeza lanzaba destellos plateados.

Las palabras caían sobre el perro somnoliento como si fuera un ruido subterráneo. En sus sueños iban apareciendo la lechuga con sus estúpidos ojos amarillos, la abominable cara del cocinero con su sucio gorro blanco, el airoso bigote de Filip Filípovich iluminado por la intensa luz de la lámpara, los soñolientos trineos que chirriaban y desaparecían, y en su estómago se cocían, nadando en jugos gástricos, los restos del trozo de roast-beef.

«Se podría ganar bien la vida en los mítines —pensó confusamente el perro—. ¡Un orador de primera! De todos modos, tampoco parece que así le falte nada.»

—¡Un policía! —chilló Filip Filípovich— ¡Un policía! (¡Pop-pop-pop! Era como si unas burbujas explotasen en el cerebro del perro...). ¡Un policía! Eso es lo que hace falta, sólo eso. Y me da igual que lleve una chapa o una gorra roja. Habría que poner a un policía junto a cada individuo y obligar a este policía a que moderara los impulsos musicovocales de nuestros ciudadanos. Usted habla de la desorganización. ¡Y yo le digo, doctor, que nada mejorará en esta casa o en cualquier otra mientras no se tape la boca a estos cantantes! Tan sólo con que dejen de organizar sus conciertos, la situación ya experimentará una mejoría.

—Está haciendo discursos contrarrevolucionarios, Filip Filípovich —comentó en broma el mordido—. Quiera Dios que no le oiga nadie.

—No hay peligro —contestó con ardor Filip Filípovich—. Nada de contrarrevolución. Por cierto, es otra palabra que no soporto en absoluto. ¡Nadie sabe lo que se esconde tras ella! ¡Nadie! Y por ello le decía que en mis palabras no hay nada de contrarrevolucionario, sólo sentido común y experiencia de la vida.

En este momento Filip Filípovich se sacó del cuello el extremo de la arrugada servilleta y haciendo un ovillo la dejó junto a su vaso de vino a medio beber. El mordido se levantó a su vez y dio las gracias con un *merci*.

—¡Un momentito, doctor! —Filip Filípovich le paró sacando del bolsillo de los pantalones una cartera. Contó los billetes blancos con el ceño fruncido y los acercó al mordido diciendo—: Hoy se ha ganado usted cuarenta rublos. Por favor.

El joven del mordisco se lo agradeció cortésmente y enrojeciendo se metió el dinero en el bolsillo de la chaqueta.

—¿No me necesita esta tarde, Filip Filípovich? —preguntó.

—No, gracias, querido amigo. Hoy no vamos a hacer nada. En primer lugar, el conejo ha muerto, y, en segundo lugar, en el Bolshói ponen *Aida*. Y hace tiempo que no la oigo. Me gusta. ¿Recuerda el dúo...? Tarari-rari.

—¿Cómo encuentra tiempo para tantas cosas, Filip Filípovich? —preguntó respetuosamente el médico.

—El que no tiene prisa llega a todas partes —explicó sentenciosamente el dueño de la casa—. Claro que si comenzara a ir de una reunión a otra y a cantar todo el día como un ruiseñor en vez de dedicarme a mi trabajo, no llegaría a ninguna parte. —En el bolsillo, bajo los dedos de Filip Filípovich, el reloj lanzó unas notas celestiales—. Las ocho... Llegaré al segundo acto... Yo soy partidario de la división del trabajo. En el Bolshói que canten, que yo me dedicaré a operar. Esto sí que está bien. Y ninguna desorganización... Bueno, Iván Arnóldovich, siga vigilando atentamente: en cuanto aparezca un cadáver adecuado, ¡en seguida, de la mesa de autopsia a la solución fisiológica, y tráigalo aquí!

—No se preocupe, Filip Filípovich, los de anatomía patológica me lo han prometido.

—Perfecto. Mientras, pondremos en observación a este neurasténico callejero, y trataremos de serenarlo. Esperemos que se le cure el costado.

«Se preocupa por mí —pensó el perro—. Es muy buena persona. Es un hechicero, un mago, el brujo de los cuentos perrunos. Esto no puede ser un sueño. Es imposible que todo esto lo vea en sueños. ¿Y si lo fuera? —El perro tembló en sueños—. Me despertaré... Y no habrá nada: ni la lámpara de seda, ni el calor, ni el estómago lleno. De nuevo el portal, el frío horrible, el asfalto helado, el hambre, la gente mala... La cantina, la nieve... Dios mío, ¡qué horror!...».

IV

Pero no pasó nada de esto. El portal se disolvió como una pesadilla y no reapareció.

Al parecer, la desorganización no era tan horrible. A pesar de todo, dos veces al día los grises acordeones de los radiadores situados debajo de las ventanas se llenaban de un calor que se extendía por toda la casa.

Era evidente que el perro había ganado el primer premio de la lotería canina. No menos de dos veces al día sus ojos se llenaban de lágrimas de agradecimiento al mago de la calle Prechístenka. Y todos los espejos del comedor y de los armarios de la sala de espera reflejaban la imagen de un perro afortunado.

«Soy un perro guapo. A lo mejor un desconocido príncipe— perro de incógnito —pensaba mirando al perro peludo color café con cara satisfecha que se paseaba en las profundidades de los espejos—. Es muy posible que mi abuela haya tenido un desliz con un Terranova. Será por eso que me veo una mancha blanca en el hocico. ¿De dónde procede?, me pregunto. Filip Filípovich es una persona de buen gusto. No se llevaría a casa al primer perro callejero que encontrase.»

En una semana el perro comió tanto como en el último y hambriento mes y medio en la calle. Bueno, claro que sólo en cantidad, porque de la calidad de la comida de Filip Filípovich no hay ni que hablar. Incluso sin tener en cuenta la montaña de despojos que Daria Petrovna compraba cada día por dieciocho kopeks en el mercado Smolenski, es suficiente para recordar las comidas de las siete en el comedor a las que el perro asistía a pesar de las protestas de la remilgada Zina. En estas comidas Filip Filípovich adquirió definitivamente el título de divinidad. El perro se levantaba sobre las patas traseras y le mordía la chaqueta, aprendió a conocer la forma de llamar de Filip Filípovich —dos timbrazos sonoros y entrecortados, de amo— y volaba ladrando a darle la bienvenida en el recibidor. El dueño entraba con su abrigo de piel de zorro plateado que brillaba con miles de estrellas de nieve, olía a mandarinas, a cigarros, a perfumes, a limones, a gasolina, a colonia, a paño, y su voz resonaba como un clarín de mando por toda la casa.

—¿Por qué has destrozado la lechuza, puerco? ¿Acaso te molestaba? ¿Te molestaba? —preguntó—. ¿Por qué has roto al profesor Méchnikov?

—Hay que darle con el látigo, Filip Filípovich, aunque sólo sea una vez —decía Zina indignada—, si no, se malcriará del todo. Mire lo que ha hecho con sus chanclos.

—No se puede pegar a nadie —replicaba Filip Filípovich—, recuérdalo de una vez para siempre. Con el hombre y el animal sólo se puede actuar por la persuasión. ¿Le has dado carne hoy?

—Dios mío, se ha comido toda la casa. Qué preguntas, Filip Filípovich. No sé cómo no revienta.

—Bueno, pues que coma, que le aproveche... ¿Por qué te molestaba la lechuza, bandido?

«A-u-u...», gemía el perro adulator arrastrándose sobre el vientre con las patas separadas.

Le cogieron por el cuello y le arrastraron por el recibidor hacia el despacho. El perro gemía, rugía, se agarraba a la alfombra, arrastrándose sobre el trasero como en el circo. En medio del despacho, sobre la alfombra, yacía la lechuza destripada de la que salían unos trapos rojos con olor a naftalina. Y sobre la mesa, un retrato hecho añicos.

—Lo he dejado así adrede, para que usted pudiera verlo, —explicó disgustada Zina—. El canalla se ha subido a la mesa, y ¡zas!, la agarró por la cola. No tuve tiempo de ver lo que pasaba cuando ya la había destrozado. Métale los morros en la lechuza, Filip Filipovich, para que sepa que las cosas no se rompen.

Y empezaron los aullidos. Cogieron al perro, que se había pegado a la alfombra, y le hundieron el hocico en la lechuza; el perro se deshacía en amargas lágrimas y pensaba: «Pegadme, pero no me echéis de casa».

—Envía hoy mismo la lechuza al taxidermista. Zina, toma estos ocho rublos más dieciséis kopeks para el tranvía, ve a Miur y compra un buen collar con cadena.

Al día siguiente le pusieron al perro un brillante collar. Al principio, cuando se miró en el espejo, se llevó un gran disgusto, encogió el rabo y se metió en el cuarto de baño pensando cómo romperlo con el baúl o con un cajón. Pero muy pronto comprendió que era simplemente un estúpido. Zina lo sacó a pasear con la cadena por el callejón de Óbujov. El perro caminaba como un preso, ardiendo de vergüenza, pero después del trayecto entre la calle Prechístenka y el Templo de Cristo Salvador comprendió perfectamente qué es lo que un collar significaba en la vida. En los ojos de todos los perros que encontraron se podía leer una envidia loca, y junto al callejón Miortvi un larguirucho perro callejero con la cola cortada le ladró llamándole «canalla de lujo» y «siervo». Cuando atravesaron las vías del tranvía, el miliciano miró el collar con satisfacción y respeto, y de vuelta a casa se produjo el hecho más insólito: Fiódor, el portero, abrió la puerta, dejó entrar a Shárik y le dijo a Zina:

—Vaya, qué peludo se ha puesto. Y asombrosamente gordo.

—No faltaría más, come por seis —aclaró Zina, colorada y guapa por el frío.

«El collar es como una cartera», observó maliciosamente el perro, y moviendo el trasero empezó a subir las escaleras como un señor.

Después de reconocer el valor del collar, el perro hizo la primera visita a la sección principal del cielo, donde hasta ahora se le había prohibido categóricamente la entrada: el reino de la cocinera Daria Petrovna. El apartamento entero no valía ni dos palmos del reino de Daria. Todo el día rugía el fuego en el horno crepitante. Entre torbellinos de púrpura, el rostro reluciente de grasa de Daria Petrovna ardía con una perenne resignación abrasadora y una pasión insatisfecha. Llevaba un peinado a la moda, un moño de claros cabellos que le cubría las orejas, y en torno a su cuello relucían veintidós brillantes de cristal. De las paredes colgaban cazuelas doradas, y toda la cocina explotaba de olores, hervía y gemía en los pucheros tapados.

—¡Fuera! —aulló Daria Petrovna—. ¡Fuera, vagabundo, ratero! ¡Sólo me faltabas tú! ¡Te voy a atizar!

«Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué ladras? —Shárik parpadeaba tiernamente—. ¿Por qué me llamas ratero? ¿No ves el collar?», y se metía de lado por la puerta sacando el morro.

Shárik poseía cierto secreto para seducir a la gente. A los dos días ya estaba echado junto a la

cesta del carbón y miraba cómo trabajaba Daria Petrovna, que con un estrecho y afilado cuchillo cortaba la cabeza y las patas de unas indefensas ortegas, y después, como un rabioso verdugo, arrancaba la pulpa de los huesos, les sacaba las vísceras y las trituraba en el molinillo de carne. Shárik, mientras tanto, desollaba una cabeza de ortega. Daria Petrovna desmigajaba un bollo embebido en leche y mezclaba las migajas con la carne picada sobre una tabla, cubría la mezcla de crema de leche, añadía sal y moldeaba unas croquetas. El horno bullía como un incendio y en la sartén todo ronroneaba, burbujeaba y saltaba. La tapa se abría con estruendo y mostraba un horrible infierno en el que el fuego crepitaba y resplandecía.

Al caer el día la ardiente boca se apagaba, y por la ventana de la cocina, encima de los visillos blancos, se veía la profunda e impresionante noche de la calle Prechístenka con una estrella solitaria. El suelo de la cocina estaba húmedo, los pucheros desprendían una luz misteriosa y tenue, y sobre la mesa yacía una gorra de bombero. Shárik estaba echado sobre el horno tibio, como un león en las gradas, y, levantando con curiosidad una oreja, veía cómo un hombre, bigotudo y excitado, con un ancho cinturón de cuero, abrazaba a Daria Petrovna detrás de la puerta entreabierta de su habitación. Toda su cara, a excepción de la nariz empolvada, mortalmente pálida, ardía de ansia y pasión. Una rendija de luz iluminaba la foto de un señor con negros mostachos sobre la que colgaba una rosa de papel como las que adornan los dulces pascuales.

—Te pegas como un demonio —balbuceaba en la penumbra Daria Petrovna—. ¡Suéltame! De un momento a otro llegará Zina. ¿Qué pasa, también a ti te han rejuvenecido?

—No me hace ninguna falta, con lo ardiente que es usted —respondió con voz ronca, casi perdiendo los estribos, el bigotudo.

Al anoecer, la estrella de la calle Prechístenka desaparecía tras los pesados postigos, y si en el teatro Bolshói no se representaba *Aida* y no había una reunión de la Sociedad Rusa de Cirugía, la divinidad se instalaba en el despacho, sentado en un profundo sillón. La luz del techo estaba apagada y sólo ardía una lámpara verde encima de la mesa. Shárik, echado en la oscura alfombra, no apartaba la vista de unas cosas horribles: en unos recipientes de vidrio flotaban varios sesos humanos en medio de un líquido nauseabundo y turbio. Con los brazos desnudos hasta los codos, los ágiles y gruesos dedos de la divinidad, cubiertos de unos guantes de goma amarillos, escarbaban entre las circunvoluciones cerebrales. A veces la divinidad se armaba de un pequeño cuchillo brillante y cortaba suavemente los sesos amarillentos y elásticos.

—«A orillas del sagrado Nilo...» —canturreaba por lo bajo la divinidad mordiéndose los labios y recordando los interiores dorados del teatro Bolshói.

A esta hora la calefacción alcanzaba el punto máximo. El calor subía hasta el techo y de ahí se extendía por toda la habitación. En la pelambreira del perro revivía la última pulga aún no eliminada, pero ya condenada por Filip Filípovich. Las alfombras amortiguaban los ruidos de la casa. Más tarde, lejos, sonó la puerta de la entrada.

«Zina se ha ido al cine —pensaba el perro—. En cuanto vuelva cenaremos. Hay que suponer que esta noche habrá chuletas de ternera.»

Aquel fatídico día, ya por la mañana, Shárik tuvo un presentimiento. Por ese motivo empezó a gimotear. Comió sin ningún apetito el desayuno consistente en media taza de papilla de avena y hueso de cordero de la víspera. Paseó aburrido por la sala de espera y aulló débilmente frente a su propia imagen. Pero después de que Zina lo sacara a pasear por el bulevar, el día pasó como de

costumbre. Hoy no había visitas, porque, como ya es sabido, los martes el doctor no recibe, y la divinidad estaba sentado en el despacho con unos pesados libros con dibujos relucientes. Esperaban a que llegara la hora de comer. Al perro le animó un poco la idea de que, según se había enterado en la cocina, de segundo plato había pavo. Al cruzar el pasillo, oyó en el despacho de Filip Filípovich el sonido desagradable e inesperado del teléfono. Filip Filípovich lo cogió, escuchó y de repente empezó a excitarse.

—Perfecto —dijo su voz—. Tráigalo ahora mismo, ¡ahora mismo!

Empezó a agitarse, tocó el timbre y ordenó a Zina, que había entrado, que pusiera rápidamente la mesa.

—¡La comida! ¡La comida!

En el comedor se oyó en seguida ruido de platos; Zina comenzó a correr de un lado para otro; de la cocina salió la voz de Daria Petrovna gritando que el pavo todavía no estaba listo. El perro sintió nuevamente un desasosiego.

«No me gusta el alboroto en la casa», pensaba. Y no había hecho más que pensarlo cuando el jaleo adquirió un carácter mucho más desagradable, principalmente por la aparición del mordido, al que ahora conocía como doctor Bormental. Éste traía consigo una maleta que despedía un desagradable olor, y sin quitarse el abrigo se lanzó con ella por el pasillo hacia la sala de observación. Filip Filípovich dejó a medias la taza de café, cosa que nunca ocurría, y corrió al encuentro de Bormental, cosa no menos inusual.

—¿Cuándo ha muerto? —gritó.

—Hace tres horas —contestó Bormental sin quitarse el gorro lleno de nieve y abriendo la maleta.

«¿Quién ha muerto? —se preguntó el perro sombrío y descontento, y se metió entre las piernas del profesor—. No soporto que corran de un lado para otro.»

—¡Sal de aquí! ¡Rápido! ¡Rápido! —Filip Filípovich empezó a chillar en todas direcciones y a llamar a todos los timbres; al menos así le pareció al perro. Llegó Zina—. ¡Zina! ¡Que Daria Petrovna conteste todas las llamadas telefónicas! ¡No recibiré a nadie! Nos vas a hacer falta. Doctor Bormental, se lo suplico, más rápido, más rápido.

«Esto no me gusta nada, nada.» El perro se enfurruñó ofendido y se fue a merodear por el apartamento, pero todo el jaleo seguía concentrado en la sala de observación. Zina apareció inesperadamente con una bata que parecía un sudario y echó a correr de la sala de observación a la cocina y viceversa.

«¿Y si me fuera a comer? Allá ellos...», decidió el perro, y de pronto vino la primera sorpresa.

—No le deis nada a Shárik —resonó la voz de mando desde la sala de observación.

—Ya... ¿Cómo vigilarlo?

—¡Encerradlo!

Y lo encerraron en el cuarto de baño.

«Una canallada —pensó Shárik sentado en la penumbra del cuarto de baño—, sencillamente es de tontos...» Y estuvo cerca de un cuarto de hora en un extraño estado de ánimo; o le entraba la rabia o caía en una profunda postración. Todo era triste, confuso...

«Muy bien, ya verá los chanclos mañana, distinguidísimo Filip Filípovich —pensaba— Ya se ha tenido que comprar dos pares y ahora se va a tener que comprar otro. Para que aprenda a no

encerrar a los perros.»

Pero, de repente, su rabia se derrumbó y se le apareció al instante y con toda claridad una parte de su más temprana juventud: un patio inmenso y soleado junto a la puerta Preobrazhenski, el sol en los cristales de botella, ladrillos rotos y los perros vagabundos en libertad.

«No, ¿adónde? De aquí ya no te irás a la libertad, para qué engañarnos —meditaba el perro resoplando por la nariz— Ya me he acostumbrado. Soy un perro de señor, un ser intelectual, he conocido la buena vida. Y, al fin y al cabo, ¿qué es la libertad? Humo, espejismo, ficción... Una alucinación de estos malditos demócratas.»

Después la penumbra del cuarto lo asustó, empezó a aullar y se lanzó a arañar la puerta.

—¡A-u-u! —Sus aullidos resonaron por toda la casa como si procedieran de un tonel.

«Destriparé otra vez la lechuga», pensó el perro, rabioso pero impotente. Después se calmó, se acostó, pero al levantarse se le erizaron los pelos. Sin saber por qué le pareció ver unos repugnantes ojos de lobo.

Y en el colmo del tormento la puerta se abrió. El perro salió sacudiéndose y tristemente intentó ir hacia la cocina, pero Zina lo arrastró insistentemente por el collar hacia la sala de observación. Al perro se le heló el corazón.

«¿Qué quieren? —pensó suspicaz—. Tengo el costado curado; no entiendo nada.»

Se deslizó con las patas por el resbaladizo parquet y así llegó hasta la sala de observación. En seguida le asombró el globo blanco que brillaba bajo el techo con una luz que cegaba los ojos.

En medio del blanco resplandor se veía al sacerdote que entre dientes cantaba algo sobre las sagradas orillas del Nilo. Sólo un lejano olor permitía reconocer que se trataba de Filip Filípovich. Sus cortas canas estaban cubiertas por un gorro blanco que parecía un capuchón de patriarca; la divinidad vestía enteramente de blanco y por encima llevaba un delantal de goma que parecía una estola. Las manos estaban enfundadas en unos guantes negros.

El mordido también apareció con un capuchón. La mesa alargada estaba desplegada y habían adosado al lado una mesita cuadrangular con un brillante pie.

En aquel momento el perro odió más que a nadie al mordido. Especialmente por su mirada. Sus ojos, habitualmente francos y sinceros, miraban ahora a todas partes evitando los ojos del perro. Estaban en guardia, falsos, y en sus profundidades se escondía algo desagradable, vil, si no un verdadero delito. El perro lo miró profundamente con la mirada nublada y se fue hacia el rincón.

—El collar, Zina —previno en voz baja Filip Filípovich—. No lo excites.

Los ojos de Zina adquirieron el mismo aspecto odioso de los del mordido. Se acercó al perro y de un modo manifiestamente hipócrita lo acarició. Éste la miró con pesar y desprecio.

«¿Qué puedo hacer? Tres contra uno. Si queréis me cogéis. Sólo que tendría que daros vergüenza... Si al menos supiera qué es lo que vais a hacer conmigo...»

Zina desabrochó el collar. El perro movió la cabeza y resolló. El mordido se le acercó despidiendo un olor repugnante y nauseabundo.

«Uf, vaya porquería... ¿Por qué estas náuseas, este miedo?», pensó el perro retrocediendo ante el mordido.

—Espabile, doctor —dijo Filip Filípovich impaciente.

El aire despedía un olor intenso y dulzón. El mordido, sin apartar la vista del perro, con mirada precavida y malvada, movió su mano derecha, hasta entonces escondida, y le metió al

perro un algodón húmedo en el hocico. Shárik, estupefacto, sintió que la cabeza le daba vueltas, pero todavía tuvo tiempo de apartarse. El mordido saltó tras él y, de repente, le tapó todo el morro con el algodón. Se le cortó la respiración, pero aún pudo desprenderse otra vez. «Malvado... —pasó por su mente—. ¿Por qué?» Y volvieron a teparle el morro. En este momento, inesperadamente, la sala se le apareció como un lago sobre el que remaban en unas barcas unos alegres y extraños perros rosados. Sus piernas perdieron los huesos y se doblaron.

—¡A la mesa! —De alguna parte surgieron las palabras alegres de Filip Filípovich y se disolvieron entre destellos anaranjados. El horror desapareció y fue sustituido por la alegría. Durante unos dos segundos, el perro, que se iba apagando, amó al mordido. Después el mundo se puso patas arriba y aún tuvo tiempo de notar una mano fría pero agradable bajo la barriga. Y luego, nada.

Sobre la estrecha mesa de operaciones yacía extendido el perro Shárik y su cabeza golpeaba inerte sobre una almohadilla blanca de hule. Tenía la barriga afeitada, y el doctor Bormental, aprisa y respirando pesadamente, rapaba ahora la cabeza de Shárik con una maquinilla que se hundía en la lana. Filip Filípovich, apoyado con las palmas de las manos en el borde de la mesa, los ojos brillantes como la montura dorada de sus gafas, observaba la operación y decía con voz emocionada:

—Iván Arnóldovich, cuando llegue a la silla turca será el momento decisivo. Por favor, déme al instante la hipófisis e inmediatamente empiece a coser. Si se produce una hemorragia, perderemos el tiempo y el perro. De todos modos no hay esperanza para él. —Calló un instante, miró de una manera que parecía irónica los ojos entornados del perro y añadió—: ¿Sabe? Me da pena el animal. Imagínese, me había acostumbrado a él.

Levantaba las manos como si bendijera al desgraciado perro por su penoso sacrificio. Se esforzaba en que ni una mota de polvo cayese sobre la goma negra de sus guantes.

Bajo la lana apareció la piel blancuzca del perro. Bormental abandonó la maquinilla y cogió una cuchilla. Enjabonó la inerte y pequeña cabeza y empezó a afeitarla. Se oía un fuerte crujido bajo el filo, y de algún sitio salía sangre. Después de afeitar la cabeza, el mordido la frotó con un algodón empapado de bencina, estiró después la barriga del perro y resoplando dijo:

—¡Listo!

Zina abrió el grifo del lavabo y Bormental se apresuró a lavarse las manos. Zina le echó alcohol de una botella.

—¿Puedo irme, Filip Filípovich? —preguntó temerosa, mirando de reojo la cabeza afeitada del perro.

—Vete.

Zina desapareció. Bormental continuó su trabajo, rodeó la cabeza de Shárik con unas compresas de gasa, y entonces apareció en la almohada un insólito cráneo canino pelado y un extraño morro barbudo.

En este momento se movió el sacerdote: se irguió, miró la cabeza del perro y dijo:

—Bien, que Dios nos ayude. ¡Bisturí!

Bormental sacó del montón de instrumentos brillantes de la mesilla un pequeño cuchillo panzudo y lo entregó al sacerdote. Después se puso también unos guantes negros.

—¿Duerme? —preguntó Filip Filípovich.

—Sí.

—Profundamente

Filip Filípovich apretó los dientes, sus ojos adquirieron un brillo agudo y cortante, y levantando el bisturí trazó con precisión en la tripa del perro una larga herida. La piel se separó al instante y la sangre salpicó en distintas direcciones. Bormental secó rápidamente las heridas con gasas; después, con unas pequeñas pinzas que parecían las del azúcar, apretó sus lados y la herida dejó de sangrar. En la frente de Bormental aparecieron gotas de sudor. Filip Filípovich hizo un nuevo corte y los dos hombres empezaron a desgarrar el cuerpo de Shárik con ganchos, tijeras y una especie de grapas. Aparecieron unos tejidos rosados y amarillos cubiertos de un rocío sanguinolento. Filip Filípovich removía el bisturí en el cuerpo; después dijo:

—¡Tijeras!

El instrumento brilló en las manos del mordido como si fuera un prestidigitador. Filip Filípovich las introdujo en las entrañas de Shárik y en unas cuantas maniobras arrancó de su cuerpo las glándulas genitales. Bormental, completamente empapado de sudor por la excitación y el esfuerzo, se lanzó hacia un frasco de cristal del que extrajo otros genitales mojados y colgantes. En las manos del profesor y del asistente empezaron a brincar y a enroscarse unas cuerdecillas cortas y húmedas. Tintinearón intermitentemente las agujas curvas con las pinzas y cosieron los nuevos testículos en el lugar que habían ocupado los del perro. El sacerdote se apartó de la herida, la tapó con una compresa y ordenó:

—Doctor, cosa inmediatamente la piel. —Después miró el redondo reloj de la pared.

—Lo hemos hecho en catorce minutos —dijo entre dientes Bormental y clavó la aguja en la flácida piel. Después de esto se agitaron como unos asesinos perseguidos.

—¡Bisturí! —gritó Filip Filípovich.

El bisturí saltó a sus manos como por encanto, y el rostro de Filip Filípovich adquirió un aspecto terrible. El rictus le hizo mostrar sus dientes de porcelana y de oro, y de un solo trazo dibujó en la frente de Shárik una corona roja. Retiraron la piel afeitada como si fueran salvajes cortando cabelleras. Dejaron al descubierto el cráneo. Filip Filípovich gritó:

—¡Trépano!

Bormental le acercó un brillante berbiquí. Mordiéndose los labios, Filip Filípovich empezó a clavar el berbiquí haciendo pequeños agujeritos con la separación de un centímetro de modo que dieron la vuelta a todo el cráneo. No tardaba más de cinco segundos en cada agujero. Después, de forma insólita, introdujo el extremo de una sierra en uno de los agujeros y empezó a serrar del mismo modo que si hiciera una caja de costura. El cráneo chirriaba suavemente y se movía de un lado para otro. Transcurridos unos tres minutos retiraron la tapa del cráneo de Shárik.

Apareció entonces la cúpula del cerebro de Shárik, gris, con unas venas azuladas y unas manchas rojizas. Filip Filípovich hundió las tijeras en las membranas y empezó a cortar. En el acto saltó un fino chorro de sangre que casi le dio al profesor en el ojo y roció su gorro. Bormental, con una pinza de torsión, se lanzó como un tigre a detener la hemorragia y lo consiguió. El sudor le caía a Bormental a chorros y su cara adquirió un tono carnosos y multicolor. Sus ojos iban incesantemente de las manos del profesor a la mesa de los instrumentos. Filip Filípovich adquirió decididamente un aspecto horrendo. Un silbido salía de su nariz. Su boca entreabierta mostraba los dientes hasta las encías. Rasgó la membrana y prosiguió hasta sacar de su recipiente los hemisferios cerebrales. En ese momento Bormental palideció, puso una mano en el pecho de Shárik y dijo roncamente:

—El pulso disminuye muy deprisa.

Filip Filípovich le lanzó una mirada feroz, articuló algunos sonidos y continuó hundiendo las tijeras más abajo. Bormental rompió con un crujido una ampolla de vidrio, absorbió el líquido con una jeringuilla y clavó pérfidamente la aguja en la zona del corazón.

—¡Llego a la silla turca! —bramó Filip Filípovich, y con los guantes resbaladizos por la sangre sacó el cerebro gris-amarillento de la cabeza de Shárik. Por un instante miró de reojo la cara del perro y enseguida Bormental rompió otra ampolla llena de un líquido amarillo y lo introdujo en una larga jeringa.

—¿En el corazón? —preguntó tímidamente.

—¡Vaya pregunta! —aulló rabioso el profesor—. De todos modos ya se habrá muerto más de cinco veces. ¡Pinche! ¿Es que no lo entiende?

El doctor clavó de un golpe la aguja en el corazón del perro.

—Vive, pero apenas —susurró tímidamente.

—No es el momento de pensar si vive o no —dijo con voz ronca el terrible Filip Filípovich—. Estoy en la silla. De todos modos se va a morir... Ah, diab... «A orillas del sagrado...». Déme la hipófisis.

Bormental le acercó el recipiente en el que flotaba un bulbo blanco sujeto de un hilo. Con una mano («¡No las hay iguales en toda Europa... Por Dios que no!», pensó confusamente Bormental) extrajo el bulbo que colgaba como un péndulo y con otra, armada de unas tijeritas, cortó otro igual en el interior de los hemisferios separados. Tiró en un plato el que pertenecía a Shárik y puso el nuevo en el cerebro junto a un hilo, y con sus cortos dedos que de repente, como por milagro, se hicieron ágiles y finos, se las arregló para sujetarlo con el hilo de ámbar. Después de esto retiró del cráneo unos tensores y unas pinzas y colocó el cerebro en su cavidad ósea, se retiró y ya un poco más tranquilo preguntó:

—Está muerto, claro...

—Tiene un pulso casi imperceptible.

—Más adrenalina.

El profesor colocó de nuevo las meninges sobre el cerebro, instaló con precisión la tapa serrada, la cubrió con el cuero cabelludo y aulló:

—¡Cosa!

Bormental cosió la cabeza en unos cinco minutos rompiendo tres agujas.

En la almohada ensangrentada apareció el morro apagado, sin vida, de Shárik, con una herida en forma de anillo en torno a la cabeza. En ese instante Filip Filípovich se apartó definitivamente, como un vampiro saciado, se arrancó un guante del que salió una nube de polvos de talco sudados, rompió el otro, lo tiró al suelo y llamó apretando el timbre de la pared. Zina apareció en la puerta, ladeada para no ver a Shárik cubierto de sangre. El sacerdote se quitó con sus manos blancas de talco el gorro ensangrentado y chilló:

—Un cigarrillo inmediatamente, Zina. Tráeme ropa limpia y prepárame el baño.

Se apoyó con la barbilla en la mesa y con dos dedos levantó el párpado derecho del perro, miró el ojo moribundo y dijo:

—¡Diablos! Todavía no ha muerto, pero de todos modos no tardará. Ah, doctor Bormental, me da lástima el perro, era un pillo, pero cariñoso.

V

El cuaderno del doctor Iván Arnóldovich Bormental es una libreta delgada, tamaño cuartilla. La letra de Bormental en las dos primeras páginas es pulida, clara y apretada. Después se hace confusa, nerviosa, con gran cantidad de tachaduras.

HISTORIA CLÍNICA

Lunes, 22 de diciembre de 1924

Perro de laboratorio de dos años aproximadamente. Raza: callejera. Nombre: Shárik. Pelo: liso. Con motas oscuras y claras. El rabo color crema de leche. En el costado derecho, secuelas de una quemadura completamente curada. Alimentación antes del cuidado del profesor: mala; después de una semana de estancia: óptima. Peso: 8 kg (*signo de exclamación*).

El corazón, los pulmones, el estómago, temperatura, dentro de lo normal.

23 de diciembre

A las 8 horas y media de la tarde se realizó, por primera vez en Europa, una intervención según el método del profesor Preobrazhenski: con anestesia de cloroformo fueron extraídos los órganos seminales de Shárik y en su lugar se colocaron unos testículos y órganos accesorios con los conductos seminales extraídos de un hombre de 28 años, muerto 4 horas 4 minutos antes de la operación, y conservados en solución fisiológica estéril, según el método del profesor Preobrazhenski.

Seguidamente se extrajo, previa trepanación de la cavidad craneal, la glándula del cerebro, hipófisis, y se substituyó por una humana del individuo antes citado.

Fueron consumidos 8 cc de cloroformo, 1 jeringa de alcanfor y 2 jeringas de adrenalina para el corazón.

Objetivos de la intervención: experimento del profesor Preobrazhenski consistente en trasplante combinado de hipófisis y testículos para el esclarecimiento del problema de la aceptación de una nueva hipófisis por parte del organismo y, a la larga, de su influencia sobre el rejuvenecimiento del organismo humano.

La intervención ha sido realizada por el profesor F. F. Preobrazhenski.

Ayudante: doctor I. A. Bormental.

Por la noche, después de la intervención, graves descensos del pulso. Se espera el desenlace mortal. Enormes dosis de alcanfor según el método Preobrazhenski.

24 de diciembre

Por la mañana, mejoría. El ritmo de la respiración se ha duplicado. Temperatura 42o. Inyecciones subcutáneas de alcanfor y cafeína.

25 de diciembre

Nuevo empeoramiento, pulso casi imperceptible, enfriamiento de las extremidades, las pupilas no reaccionan. Por prescripción de Preobrazhenski adrenalina en el corazón, alcanfor, suero fisiológico en la vena.

26 de diciembre

Cierta mejoría. Pulso 180, respiración 92, temperatura 41o. Alcanfor, alimentación por vía rectal.

27 de diciembre

Pulso 152, respiración 50, temperatura 39,8o, las pupilas reaccionan. Alcanfor subcutáneo.

28 de diciembre

Sensible mejoría. Al mediodía un repentino e intenso sudor, temperatura 37o. Las heridas de la intervención sin complicaciones. Nuevo vendaje. Aparición del apetito, alimentación líquida.

29 de diciembre

Se ha manifestado una repentina caída de pelo en la frente y en los costados del tronco. Llamados a consulta el profesor de la cátedra de Dermatología, Vasili Vasílievich Búndarev, y el director del Instituto de Veterinaria de Moscú. El caso apareció como desconocido en la historia médica. El diagnóstico ha quedado sin establecer. Temperatura normal.

(Escrito a lápiz.)

Por la tarde el primer ladrido (8 h 15 m). Es de notar un brusco cambio del timbre y descenso del tono. En lugar de «Guau-guau», articuló los sonidos «a-o», con una entonación lejanamente parecida al gemido.

30 de diciembre

La caída del pelo ha adquirido un carácter general. El peso ha dado un resultado inesperado,

30 kg, debido al crecimiento (alargamiento) de los huesos. El perro sigue acostado.

31 de diciembre

Apetito colosal.

(En el cuaderno hay una mancha de tinta, seguida de una caligrafía atropellada.)

A las 12 h 12 m del día el perro ladró claramente «A-b-i-r.» *(En el cuaderno hay una interrupción, y después, seguramente por un error debido a la excitación, se lee: «1 de diciembre». Tachado y corregido.)*

1 de enero de 1925

Por la mañana fue fotografiado. Ladra claramente «Abir», repitiendo esta palabra a menudo y casi con alegría. A las 3 se rió (*con mayúsculas*), provocando el desmayo de Zina, la sirvienta.

Por la tarde pronunció 8 veces seguidas la palabra «Abirvalg», «Abir».

(Con letra inclinada, en lápiz.)

El profesor ha descifrado la palabra «Abirvalg»; significa 'Glavryba'... Algo monstruo...[\[14\]](#)

2 de enero

Fotografiado cuando sonreía ante el foco de magnesio.

Se levantó de la cama y se mantuvo firmemente durante media hora sobre las patas traseras.

Tiene casi mi estatura.

(En el cuaderno hay una hoja suelta.)

La ciencia rusa ha estado a punto de sufrir una grave pérdida.

Historia de la enfermedad del profesor E F. Preobrazhenski

A la 1 h 13 m, un profundo desmayo del profesor Preobrazhenski. En la caída se ha golpeado la cabeza contra una silla. Tintura valeriana.

En mi presencia y la de Zina, el perro (si es que se le puede llamar perro) le mentó la madre al profesor Preobrazhenski. *(Interrupción de las notas.)*

6 de enero

(En lápiz y a veces con tinta violeta.)

Hoy, después de caérsele la cola, pronunció con toda claridad la palabra «cer-ve-ce-ría». El fonógrafo graba. ¡Cualquiera sabe qué es esto!

¡No entiendo nada!

Se han suspendido las visitas del profesor. Desde las 5 de la mañana, en la sala de observación, que es donde se encuentra este ser, se oyen los insultos más vulgares y las palabras

«otra ronda».

7 de enero

Pronuncia muchas palabras: «cochero», «no hay asientos», «diario de la tarde», «el mejor regalo para los niños», además de todas las obscenidades que existen en el léxico ruso.

Su aspecto es extraño, sólo le ha quedado pelo en la cabeza, en el mentón y en el pecho. En las partes restantes tiene la piel flácida y lisa. En la zona de los órganos sexuales, se está transformando en un hombre. El cráneo ha crecido considerablemente. Tiene la frente inclinada y baja.

¡Dios mío, me voy a volver loco!

Filip Filípovich sigue encontrándose mal. Yo realizo la mayor parte de las observaciones (fonógrafo, fotografías).

Por la ciudad ha corrido la voz.

Las consecuencias son incalculables. Durante todo el día el pasaje está repleto de mirones y viejas. Aún ahora siguen algunos curiosos bajo la ventana. En los periódicos de la mañana ha aparecido una nota asombrosa: «Los rumores sobre la aparición de un marciano en el pasaje Óbujov son totalmente infundados. Los han propalado los comerciantes de Sujariovka, que serán severamente castigados».

¿De qué marciano hablan? Esto es una pesadilla.

Más aún; en un diario de la tarde han escrito que ha nacido un niño que toca el violín. Aparece también una ilustración, un violín y una fotografía mía con la inscripción: «El profesor Preobrazhenski, que ha practicado la cesárea a la madre». Es algo increíble... Pronuncia una nueva palabra: «miliciano».

Resulta ser que Daria Petrovna, que se había enamorado de mí, cogió una foto del álbum de Filip Filípovich. Después de haber echado a los periodistas, uno de ellos, no obstante, logró meterse en la cocina y etcétera...

¡Es increíble el jaleo que se forma a las horas de visita! Hoy ha sonado 82 veces el timbre. Hemos desconectado el teléfono. Las señoras estériles se han vuelto locas y vienen...

Ha venido en peso todo el comité del inmueble con Shvónder a la cabeza. ¿Para qué? Ellos mismos no lo saben.

8 de enero

Entrada la noche se estableció el diagnóstico. Filip Filípovich, como un verdadero científico que es, ha reconocido su error. La sustitución de la hipófisis no produce el rejuvenecimiento, sino la plena humanización. (*Subrayado tres veces.*) Pero el hecho no menoscaba en lo más mínimo su asombroso y fantástico descubrimiento.

Hoy se ha paseado por la casa. En el pasillo ha mirado la lámpara eléctrica y se ha reído. Después, acompañado por Filip Filípovich y por mí, continuó hacia el despacho. Se mantiene firmemente sobre las patas posteriores (*tachado*)... piernas y produce la impresión de un hombre pequeño y mal formado.

En el despacho se reía. Su sonrisa es desagradable, parece artificial. Después se rascó la

nuca, miró hacia nosotros y anoté una palabra nueva, perfectamente pronunciada: «burgueses». Lanza exabruptos, de un modo metódico, constante y, al parecer, totalmente sin sentido; las expresiones tienen un carácter fonológico, como si antes las hubiera oído en alguna parte y se hubieran ido introduciendo automáticamente, de forma inconsciente, en su cerebro, y ahora las vomita en cadena. ¡En fin, yo no soy psiquiatra, maldita sea!

Estos improperios producen en Filip Filípovich, no sé por qué, una impresión asombrosamente penosa. Hay momentos en que no puede proseguir su observación de una forma autocontrolada y fría, y pierde la paciencia. Así, en un momento en que el otro blasfemaba, chilló nerviosamente: «¡Basta!».

La orden no produjo ningún efecto.

Después del paseo hasta el despacho, tuvimos que aunar nuestros esfuerzos para volver a encerrarlo en la sala de observación.

A continuación, Filip Filípovich y yo celebramos una reunión. Tengo que reconocer que por primera vez he visto desconcertado a este hombre seguro de sí mismo y asombrosamente inteligente. Canturreando, como de costumbre, preguntó: «¿Qué vamos a hacer ahora?», y se contestó a sí mismo, textualmente, así: «Una tienda de ropa. Sí... “De Sevilla a Granada...” Un sastre, querido doctor». No entendí nada. Aclaró: «Por favor, Iván Arnóldovich, cómprele ropa interior, unos pantalones y una chaqueta».

9 de enero

El léxico se enriquece cada cinco minutos (de promedio) con una nueva palabra; a partir de hoy con frases. Como si después de estar congeladas en la conciencia, se hubieran descongelado y fueran saliendo. Una vez pronunciada, la palabra sigue en uso. Desde el día de ayer he grabado en el fonógrafo: «no empujar», «sinvergüenza», «baja del estribo», «te voy a dar», «reconocimiento de América», «hornillo de petróleo».

10 de enero

Ya se ha vestido. Se dejó poner con agrado la camiseta, e incluso sonreía alegremente. Pero se negó a ponerse los calzoncillos y expresó su protesta chillando roncamente: «A la cola, hijos de perra, uno tras otro». Le hemos acabado de vestir. Los calcetines le iban grandes.

(En el cuaderno aparecen unos dibujos esquemáticos que describen la transformación de una pata canina en un pie humano.)

Alargamiento de la mitad posterior del pie (tarsus). Los dedos se desarrollan. Uñas.

Enseñanza sistemática y reiterada del uso del inodoro.

La servidumbre está completamente desesperada.

Sin embargo, conviene anotar la facilidad de comprensión de este ser. El asunto va por buen camino.

11 de enero

Se ha adaptado completamente a los pantalones. Pronunció un largo chiste ripioso: «Dame un

cigarro, tienes el pantalón guarro».

Los pelos de la cabeza son finos y sedosos. Es fácil confundirlos con cabellos. Pero permanecen las manchas rojas en el occipucio. Hoy se han caído las últimas motas de pelo de las orejas. Apetito colosal. Le encantan los arenques.

A las 5 de la tarde, un acontecimiento: por primera vez las palabras pronunciadas por esta criatura no estaban desligadas de los acontecimientos del momento, sino que eran un reflejo de los mismos. Precisamente cuando el profesor le ordenó: «No tires al suelo las sobras de la comida», respondió inesperadamente: «Déjame en paz, piojo».

Filip Filípovich quedó atónito; después se recuperó y le dijo: «Si te permites insultarme otra vez a mí o al profesor, vas a recibir».

Yo estaba fotografiando en ese momento a Shárik. Estoy seguro de que comprendió las palabras del profesor. Por su rostro pasó una sombra de tristeza. Le miró bastante irritado frunciendo el ceño, pero se calló.

¡Hurra! ¡Comprende!

12 de enero

Mete las manos en los bolsillos del pantalón. Le estamos enseñando a corregir su lenguaje. Silbó *Manzanita*.^[15]

Es capaz de mantener una conversación.

No puedo dejar de formular algunas hipótesis. Al diablo el rejuvenecimiento, al menos por ahora. Lo otro es infinitamente más importante: el extraordinario experimento del profesor Preobrazhenski ha descubierto uno de los secretos del cerebro humano. A partir de ahora la misteriosa función de la hipófisis —la glándula del cerebro— ha quedado esclarecida. Determina el aspecto humano. Sus hormonas —que podemos considerar las más importantes del organismo— son las hormonas de la apariencia humana. Un nuevo campo se abre ante la ciencia: sin ninguna retorta de Fausto ha sido creado el *homunculus*. El escalpelo del cirujano ha traído a la vida a un nuevo ser humano. ¡El profesor Preobrazhenski es un creador! (*Borrón de tinta.*)

Bueno, me he apartado del tema... Así pues, puede mantener una conversación. En mi opinión, la situación es la siguiente: la nueva hipófisis ha puesto en funcionamiento el centro del habla en el cerebro del perro, las palabras fluyen como un torrente. Creo que tenemos ante nosotros un cerebro desarrollado y no un cerebro creado de nuevo. ¡Qué maravillosa confirmación de la teoría del evolucionismo! ¡Qué cadena áurea del perro al químico Mendeléyev!

Otra hipótesis mía: el cerebro de Shárik, en el período canino de su vida, había acumulado un sinfín de conceptos. Todas las palabras con las que operaba al principio eran palabras de la calle, las había oído y guardado en su cerebro. A partir de ahora miro con un secreto terror a los perros que encuentro por la calle. Quién sabe lo que se oculta en su cabeza.

¡Shárik leía! ¡¡¡Leía!!! (*Tres signos de exclamación.*) Lo he llegado a descubrir por lo de Glavryba. Y leía precisamente empezando por el final. Y sé también dónde se encuentra la solución de este problema: en la intersección de los nervios ópticos del perro.

Lo que está ocurriendo en Moscú es absolutamente inconcebible. Hay siete comerciantes de Sujariovka en la cárcel por difundir rumores sobre el fin del mundo por culpa de los bolcheviques. Daria Petrovna me lo ha contado y sabía incluso el día: el 28 de noviembre de

1925, el día de San Esteban mártir, la tierra chocará con el eje celestial... Han aparecido charlatanes que van dando conferencias. Con esta hipótesis hemos organizado tal lío que dan ganas de largarse de aquí. A petición de Preobrazhenski me he trasladado a su casa, y paso la noche en la sala de espera con Shárik; la sala de observación se ha convertido en sala de espera. Ha resultado que Shvónder llevaba razón. El comité del inmueble está encantado. Los armarios no tienen ni un cristal entero a causa de los saltos de Shárik. A duras penas hemos logrado desacostumbrarlo.

Algo extraño le ocurre a Filip Filípovich. Cuando le hablé de mis hipótesis y de la posibilidad de desarrollar en Shárik una gran personalidad psíquica, sonrió burlonamente y contestó: «¿Usted cree?». Su tono era odioso. ¿Será posible que me equivoque? El viejo se trae algo entre manos. Mientras yo me dedico a la historia clínica, él estudia la historia del hombre cuya hipótesis tomamos.

(En el cuaderno hay una hoja intercalada.)

Klim Grigórievich Chugunkin, 25 años, soltero. Sin partido, simpatizante. Juzgado tres veces y absuelto la primera vez por falta de pruebas, la segunda gracias a su origen social, y condenado la tercera a 11 años de trabajos forzados, en libertad condicional. Robos. Profesión: músico; tocaba la balalaika en las tabernas.

De pequeña estatura, mal formado. El hígado inflamado (alcohol). Causa de la muerte: cuchillada en el corazón, en una cervecería (Stop-Signal, cerca de la puerta de Preobrazhenski).

El viejo estudia sin descanso el historial de Klim. No entiendo qué pasa. Murmuró algo sobre el hecho de que no se le ocurrió examinar el cadáver entero en el departamento de anatomía patológica. ¿Qué pasa? No entiendo. ¿Qué importa a quién perteneciera la hipótesis?

17 de enero

He pasado varios días sin tomar notas. Tenía la gripe. Durante este tiempo la fisonomía se ha formado definitivamente:

- a) Un hombre completo en cuanto a la constitución física.
- b) Peso aproximado: 50 kg.
- c) Estatura: baja.
- d) Cabeza: pequeña.
- e) Ha empezado a fumar.
- f) Come alimentos humanos.
- g) Se viste él mismo.
- h) Mantiene una conversación fluida.

¡Vaya con la hipótesis! (*Borrón de tinta.*)

Con esto doy por terminada la historia clínica. Tenemos ante nosotros un nuevo organismo; hay que estudiarlo desde el principio.

Anexos: los estenogramas de las conversaciones, grabaciones del fonógrafo y fotografías.

Firma:

Doctor Bormental
Asistente del profesor F. F. Preobrazhenski

VI

Era una tarde de invierno. A finales de enero. Antes de la hora de la comida, antes de la hora de las visitas. En el marco de la puerta que daba a la sala de espera, una hoja de papel blanco en la que la mano de Filip Filípovich había escrito: «Prohibido comer pipas en el apartamento. F. Preobrazhenski»; y con lápiz azul, con unas letras gordas como tortas, de la mano de Bormental: «Prohibido tocar instrumentos musicales desde las cinco de la tarde hasta las siete de la mañana».

Después, con letra de Zina: «Cuando vuelva, dígame a Filip Filípovich que no sé adónde ha ido. Fiódor ha dicho que estaba con Shvónder».

Con letra de Preobrazhenski: «¿Me pasaré toda la vida esperando al cristalero?».

De la mano de Daria Petrovna (con letra de imprenta): «Zina ha ido a la tienda, ha dicho que lo traerá».

En el comedor todo estaba como si fuese de noche, debido a la bombilla cubierta por la pantalla color cereza. La luz se bifurcaba en el aparador, cuyos cristales rotos estaban pegados con tiras de papel en forma de cruz que iban de un extremo a otro. Inclinado sobre la mesa, Filip Filípovich se sumergió en la lectura de una enorme hoja de periódico. Su rostro relampagueaba de ira y mascullaba unos gruñidos breves y entrecortados. Leía la nota:

No hay ninguna duda de que es su hijo ilegítimo (como se solía decir en la podrida sociedad burguesa). ¡Así es como se distrae nuestra burguesía seudocientífica! Ocupan siete habitaciones, pero, eso sí, sólo hasta que la fulgurante espada de la justicia caiga sobre ellos con su rojo resplandor.

Sh... r

Dos paredes más allá tocaban, de forma insistente y con arrogante destreza, la balalaika, y las sutiles variaciones de *Brilla la luna* se mezclaban en la cabeza de Filip Filípovich con las palabras de la nota formando un odioso revoltijo. Después de leer la nota, escupió secamente por encima del hombro y maquinalmente se puso a canturrear entre dientes: «“Bri-i-lla la luna..., bri-i-lla la luna..., brilla la luna...”. ¡Puaf! Se me ha pegado esta maldita melodía».

Tocó el timbre. La cara de Zina apareció en la puerta entreabierta.

—Dile que ya son las cinco, que pare, y tráelo aquí, por favor.

Filip Filípovich estaba sentado en un sillón, al lado de la mesa. Entre los dedos de su mano izquierda se veía la punta marrón de un puro. Apoyado en el marco de la puerta, apareció con las piernas cruzadas un hombre de pequeña estatura y de aspecto antipático. Sus cabellos crecían

recios como arbustos en un campo despejado y en el rostro mostraba una pradera de vello sin afeitar. La frente llamaba la atención por su estrechez. Casi inmediatamente, después de las dos motas separadas que tenía por cejas, comenzaba el cepillo de la abundante cabellera.

La chaqueta, rota bajo el sobaco izquierdo, estaba sembrada de paja, y los pantalones a rayas, desgarrados en la rodilla derecha, mostraban manchas de pintura color lila en la izquierda. Llevaba anudada al cuello una corbata de un violento azul celeste con una aguja de rubíes falsos. El color de esta corbata era tan llamativo que en algunos momentos, cuando Filip Filípovich cerraba sus ojos extenuados, veía en el techo o en la pared una antorcha ardiente con un halo azul. Al volverlos a abrir quedaba ciego de nuevo, porque desde el suelo saltaban a la vista, lanzando olas de luz, unos botines de charol con unas polainas blancas.

«Como si fuera en chanclos», pensó con una sensación desagradable Filip Filípovich. Suspiró, empezó a resoplar y aspiró fuertemente su apagado puro. El personaje de la puerta observaba con la mirada algo turbia al profesor y fumaba un cigarro cuya ceniza caía sobre su pechera.

En el reloj de pared, junto a una perdiz de madera, sonaron las cinco. Los mecanismos interiores del reloj seguían gimiendo cuando Filip Filípovich empezó la conversación.

—Creo que es la segunda vez que le he dicho que no debe dormir en la cocina, y menos durante el día.

El hombre tosió sordamente, como si se hubiera atragantado con un hueso, y respondió:

—El aire de la cocina es más agradable.

Tenía una voz singular, algo sorda pero a la vez resonante, como si saliera de un pequeño botijo.

Filip Filípovich movió la cabeza y preguntó:

—¿De dónde ha sacado esta porquería? Me refiero a la corbata.

El hombrecillo, siguiendo con la vista el dedo, cruzó los ojos más allá de sus prominentes labios y miró con curiosidad la corbata.

—¿Por qué «porquería»? —dijo—. Es una corbata elegante. Me la ha regalado Daria Petrovna.

—Daria Petrovna le ha regalado una corbata abominable, igual que esos zapatos. ¿Qué es esa baratija reluciente? ¿De dónde ha salido? ¿Qué dije yo? Cómprase unos zapatos decentes. ¿Y esto qué es? ¿Es posible que el doctor Bormental haya elegido unos zapatos así?

—Le dije que me los comprara de charol. ¿Qué, o es que soy menos que los demás? Vaya al Kuznetski, todos van con zapatos de charol.

Filip Filípovich movió la cabeza y dijo:

—Se acabó eso de dormir en la cocina, ¿entendido? ¿Qué descaró es éste? Molesta usted. Allí están las mujeres.

El rostro del individuo se ensombreció e hizo una mueca con los labios.

—Bueno, y qué, que haya mujeres. Vaya tontería. Ni que fueran señoras. Es una sirvienta como las demás y con más humos que una comisaria. Esta Zinka no para de chivarse.

—No se atreva a llamarla Zinka. ¿Entendido?

Silencio.

—Le pregunto si ha entendido...

—Sí.

—Quítese esta porquería del cuello, mi... Sha..., mírese al espejo, a ver qué parece. Una

máscara de carnaval. No tire las colillas al suelo. Se lo pido por centésima vez. ¡Que no oiga ni una sola blasfemia en esta casa! ¡No escupa en el suelo! ¡Para eso está la escupidera! Utilice correctamente la tapa del váter. Deje de atosigar a Zina. Se queja de que la espía en la oscuridad. ¡Mire qué...! ¿Quién le ha dicho a un paciente «lo sabrá su padre»? ¿Qué se cree que es esto? ¿Una taberna?

—No sé, pero me parece, papaíto, que me está apretando demasiado —dijo de repente el hombre con voz llorosa.

Filip Filípovich enrojeció, sus gafas centellearon.

—¿Quién es aquí su «papaíto»? ¿Qué confianzas son éstas? ¡Que no vuelva a oír esa palabra! Llámeme por mi nombre y patronímico.

Una expresión insolente iluminó el rostro del hombre.

—Pero qué le pasa... Ahora, no escupir. Ahora, no fumar. No vayas allí. Pero ¿qué es esto? Igual que en un tranvía. ¿Por qué no me deja vivir? Y, además, no tendría que enfadarse por lo de «papaíto». ¿Acaso yo le pedí que me hiciera la operación? —El personaje ladraba con indignación—: ¡Ésa sí que es buena! Cogen un animal, le abren la cabeza con un cuchillo y ahora lo desprecian. ¿Di yo mi autorización? Y... —El individuo levantó la vista al techo, como si se estuviera acordando de alguna fórmula—. ¿Y la dieron mis familiares? ¿Y si le denuncio?

Los ojos de Filip Filípovich se abrieron de par en par. El cigarro se le caía de las manos. «Vaya sujeto», pensó.

—A ver. ¿Pretende usted decirme que no está satisfecho de que le hayan convertido en un hombre? —preguntó frunciendo las cejas—: ¿Es posible que prefiera husmear entre las basuras? ¿Helarse en los portales? Bueno, de haberlo sabido...

—¡Siempre con sus reproches! ¡Ahora las basuras! Yo me ganaba mi trozo de pan. ¿Y si me hubiera muerto en la operación? ¿Qué me dice a esto, camarada?

—¡Filip Filípovich! —exclamó irritado Filip Filípovich—. Yo no soy su camarada. ¡Esto es monstruoso! —«Una pesadilla, una verdadera pesadilla», pensó.

—Oh, cómo no... —dijo irónicamente el hombre y enarcó las piernas con aire triunfal—. Ya le entiendo. ¿Cómo vamos a ser camaradas...? ¿De qué? No hemos asistido a las universidades, no hemos habitado quince habitaciones con baño. Sólo que ya es hora de que esto cambie. Hoy toda persona tiene sus derechos...

Filip Filípovich, cada vez más pálido, escuchaba las argumentaciones del hombre. Éste interrumpió su discurso y se dirigió ostentosamente hacia el cenicero con el cigarrillo mordisqueado en la mano.

Tenía unos andares desgarbados. Se demoró bastante en aplastar la colilla en el cenicero, con una expresión que decía claramente: «¡Toma! ¡Toma!». Después de apagar el cigarrillo castañeteó los dientes y hundió la nariz en el sobaco.

—¡Con los dedos! Las pulgas se atrapan con los dedos —chilló furioso Filip Filípovich—. No entiendo de dónde las saca.

—¿Qué se cree, que me dedico a criarlas? —dijo en tono ofendido—. Se ve que les gusto a las pulgas. —En ese momento hurgó con los dedos en el forro de las mangas y sacó un trozo de ligera guata de color amarillento.

Filip Filípovich alzó la vista hacia las guirnaldas del techo y tamborileó con los dedos en la mesa. El hombrecito, que estaba ajusticiando a la pulga, se apartó y se sentó en la silla. Bajando

los brazos, colgó sus manos en las solapas de la chaqueta. Torció su mirada hacia las tablas del parquet. Estaba observando sus zapatos y esto le producía una gran satisfacción. Filip Filípovich miró los destellos resplandecientes de las punteras, entornó los ojos y dijo:

—¿De qué otro asunto me quería hablar?

—Bueno, el asunto..., el asunto es sencillo. Necesito un documento, Filip Filípovich.

Filip Filípovich quedó algo sorprendido.

—Hum... ¡Diablos! ¡La documentación! Hum... Puede ser... que algún modo... —su voz se notaba insegura y triste.

—Pero, por favor —respondió con aplomo el hombre—, ¿cómo puedo ir sin documentos? Discúlpeme, pero esto no es posible. Usted lo sabe muy bien. A una persona sin documentos se le prohíbe severamente la existencia. En primer lugar, el comité del inmueble...

—¿A qué viene ahora el comité?

—¿Cómo que a qué viene? Me ven, me preguntan: «¿Y tú, respetable Shárik, cuándo te vas a inscribir?».

—¡Vaya por Dios! —exclamó lánguidamente Filip Filípovich—, ven, preguntan... Ya me imagino lo que les dice. Le he prohibido merodear por la escalera.

—Pero ¿qué pasa?, ¿soy su prisionero? —dijo asombrado el hombre, y la conciencia de que tenía razón hizo brillar el rubí de su corbata—. ¿Por qué «merodear»? Sus palabras son bastante insultantes. Yo ando, como las demás personas.

Dijo esto al tiempo que golpeaba con sus zapatos charolados sobre el parquet.

Filip Filípovich se calló y apartó la vista. «Hay que dominarse más», pensó. Se acercó al aparador y se bebió de un trago un vaso de agua.

—Perfecto —dijo más tranquilo—. No les dé importancia a las palabras. Y bien..., ¿qué es lo que dice su bendito comité del inmueble?

—¿Qué quiere que diga...? Y no tendría que llamarlo así, bendito, como si lo insultara. Defiende nuestros intereses.

—¿Los intereses de quién? Permítame informarme.

—¿De quién va a ser? De la clase trabajadora.

A Filip Filípovich se le desencajaron los ojos.

—¿Y usted es un trabajador?

—¿Y qué si no? No seré un tendero.

—Bueno, dejemos esto. Así, en defensa de sus intereses revolucionarios, ¿qué es lo que quiere?

—Sabe perfectamente lo que quiero: inscribirme. Ellos dicen: «¿Dónde se ha visto que una persona viva en Moscú sin inscribirse?». Esto por una parte. Pero lo más importante es la cartilla militar. No tengo ningún deseo de ser un desertor. Además, el sindicato, la oficina de colocación...

—Permítame enterarme, ¿cómo le voy a inscribir? ¿En este mantel o en mi pasaporte? Hay que tener en cuenta de todos modos la situación. No olvide que usted..., e-e-eh, bueno..., usted es, por decirlo así, un ser aparecido inesperadamente, un ser de laboratorio. —Filip Filípovich hablaba cada vez con mayor inseguridad.

El hombre callaba ostentosamente, victorioso.

—Perfecto. Pero ¿qué tendría que hacer para inscribirle y normalizar su situación en general

según los planes de su comité del inmueble? ¿No ve que no tiene nombre ni apellido?

—Es injusto que diga eso. El nombre me lo puedo buscar con toda tranquilidad. Lo anuncio en el periódico y asunto terminado. —El hombre se arregló la corbata y dijo—: Poligraf Poligráfovich.

—No diga tonterías —replicó Filip Filípovich—. Le estoy hablando en serio.

Una sonrisa biliosa torció el bigote del hombre.

—Hay algo que no entiendo —empezó a decir alegremente, con tono comprensivo—. No puedo jurar, no puedo escupir. Y de usted sólo oigo: «Imbécil, imbécil». Al parecer, en la Resefeser sólo pueden insultar los profesores.[16]

A Filip Filípovich se le subió la sangre a la cabeza. Intentó llenar el vaso y lo rompió. Cogió otro, bebió un sorbo y pensó: «Un poco más y me empezará a dar lecciones, y tendrá toda la razón. No sé dominarme».

Se dio la vuelta, se inclinó con exagerada cortesía y con una firmeza glacial dijo:

—Per-dó-ne-me. Tengo los nervios deshechos. Su nombre me ha parecido extraño. ¿De dónde lo ha desenterrado? Me interesaría saberlo.

—Me lo ha aconsejado el comité; estuvimos buscando en el calendario. Me dijeron: «¿Cuál prefieres?», y yo escogí éste.

—En ningún calendario hay nada parecido.

—Me extraña mucho —el hombre sonrió—; tiene usted uno colgado en la sala de observación. Filip Filípovich se inclinó sin levantarse hacia el botón de la pared y apareció Zina.

—El calendario de la sala de observación.

Pasó un rato. Cuando Zina volvió con el calendario, Filip Filípovich preguntó:

—¿Dónde?

—Se celebra el cuatro de marzo.

—A ver... Hum... ¡Diablos...! ¡Al fuego con esto, Zina! ¡Ahora mismo! —Zina abrió asustada los ojos, se fue con el calendario y el hombre movió con reproche la cabeza.

—¿Y puedo saber el apellido?

—En cuanto al apellido, estoy de acuerdo en quedarme con el que me toca por herencia.

—¿Cómo por herencia? ¿Cuál?

—Shárikov.

De pie ante la mesa del despacho estaba el presidente del comité del inmueble, Shvónder. Llevaba una chaqueta de cuero. El doctor Bormental estaba sentado en el sillón. En la cara del doctor, sonrosada por el frío (acababa de volver de la calle), había una expresión de tanta perplejidad como en la de Filip Filípovich, que estaba sentado a su lado.

—¿Qué debo escribir? —preguntó impaciente.

—¿Cómo? —dijo Shvónder—. No es nada complicado. Certifique, ciudadano profesor, que tal y tal, el portador de este documento, es en realidad Shárikov Poligraf Poligráfovich, nacido..., pues..., en su casa.

Bormental, perplejo, se removió en el sillón. A Filip Filípovich le tembló el bigote.

—Hum... ¡Diablo! Qué ocurrencia más estúpida. Él no ha nacido, ni mucho menos, sino que simplemente... Bueno, en una palabra...

—Esto de si nació o no es asunto suyo —pronunció con impasible sarcasmo Shvónder. ¡En definitiva es usted el que ha realizado el experimento! Por consiguiente, es usted el que ha creado al ciudadano Shárikov.

—Sencilísimo —ladró Shárikov desde el armario-biblioteca y lanzó una mirada furtiva a su corbata reflejada en las profundidades del espejo.

—Le rogaría que no se mezclara en esto —dijo Filip Filípovich mostrándole los dientes—. No veo por qué dice «sencilísimo», ya que esto no tiene nada de sencillo.

—¿Por qué no debo mezclarme en esto? —resonó la voz ofendida de Shárikov, y al instante Shvónder lo apoyó.

—Perdone, profesor, el ciudadano Shárikov tiene toda la razón. Tiene derecho a participar en la discusión de su propio destino, especialmente en lo que se refiere a los documentos. El documento es la cosa más importante del mundo.

En ese momento un timbrazo ensordecedor interrumpió la conversación. Filip Filípovich dijo «Sí» en el auricular, enrojeció y se puso a chillar.

—Le ruego que no me interrumpa con tonterías. ¿A usted qué le importa? —Y colgó violentamente el auricular.

Una alegría celestial recorrió el rostro de Shvónder.

Filip Filípovich, con la cara amoratada, gritó:

—Acabemos de una vez.

Arrancó una hoja del cuaderno y escribió una serie de palabras, después de lo cual las leyó, irritado, en voz alta.

—«El abajo firmante certifica...». Cualquiera sabe lo que es esto... Hum... «...que el portador, un hombre obtenido de un experimento clínico consistente en una operación en el cerebro, necesita una documentación...». ¡Diablos! Y además yo estoy en contra de estos estúpidos documentos. «Firmado, profesor Preobrazhenski.»

—Es bastante extraño, profesor —dijo ofendido Shvónder—. ¿Cómo se permite llamar estúpidos a los documentos? Yo no puedo consentir que un individuo indocumentado habite en esta casa, y encima sin cartilla militar de la policía. ¿Y si de repente se declara una guerra contra las hordas imperialistas?

—¡Yo no voy a ninguna guerra! —rezongó sombrío Shárikov vuelto hacia el armario.

Shvónder se quedó estupefacto, pero en seguida se recobró y dijo cortésmente a Shárikov:

—Ciudadano Shárikov, habla de una forma pero que muy inconsciente. Hay que tener cartilla militar.

—La cartilla la sacaré, pero ir a la guerra, ¡un rábano! —dijo en tono hostil Shárikov arreglándose el nudo de la corbata.

Ahora le tocó a Shvónder quedarse perplejo. Preobrazhenski dirigió una mirada triste y furiosa a un tiempo a Bormental, como diciendo: «Lo que faltaba, ahora moralismos». Bormental movió significativamente la cabeza.

—He sido gravemente herido en la operación —aulló sombrío Shárikov—. Mire lo que me han hecho. —Y señaló su cabeza: una cicatriz muy fresca le rodeaba la frente.

—¿Es usted un anarquista individualista? —preguntó Shvónder enarcando las cejas.

—Tengo derecho a que me declaren inútil —replicó Shárikov.

—Bueno, de momento, eso no importa —respondió el asombrado Shvónder—. El hecho es

que enviaremos el testimonio del profesor a la policía y allí le extenderán un documento de identidad.

—Dígame una cosa... —le interrumpió de pronto Filip Filípovich visiblemente preocupado por una idea—. ¿No tendría alguna habitación libre en el inmueble? Estoy dispuesto a comprársela.

Unas chispas doradas aparecieron en los ojos castaños de Shvónder.

—No, profesor, lo lamento muchísimo. Y, además, no está previsto que la haya.

Filip Filípovich apretó los labios y no dijo nada. De nuevo sonó atronadoramente el teléfono. Filip Filípovich, sin preguntar nada, lo descolgó, y después de dar unas cuantas vueltas, el auricular quedó suspendido del cordón azul. Todos se estremecieron. «El viejo tiene los nervios destrozados», pensó Bormental, y Shvónder, con los ojos centelleantes, saludó con una inclinación y salió.

Shárikov le siguió, haciendo crujir sus botines.

El profesor se quedó solo con Bormental. Después de un rato de silencio, Filip Filípovich movió suavemente la cabeza y habló:

—Esto es una pesadilla, palabra de honor. ¿Se da usted cuenta? ¡Se lo juro, querido doctor, en estas dos semanas he sufrido más que en los últimos catorce años! ¡Qué tipo!

A lo lejos se oyó ruido de cristales rotos y a continuación un chillido de mujer que se apagó al instante. Una fuerza misteriosa chocó con las paredes del pasillo en dirección a la sala de observación, allí se oyó otro estrépito y al instante voló hacia atrás. Batieron las puertas y en la cocina respondió un grito ronco de Daria Petrovna. Después Shárikov empezó a aullar.

—¡Dios mío, qué pasa ahora! —gritó Filip Filípovich lanzándose hacia la puerta.

«Un gato», se imaginó Bormental, y saltó tras el profesor.

Corrieron por el pasillo hacia el recibidor, y de ahí doblaron hacia el pasillo del cuarto de baño. En la puerta apareció Zina y se lanzó encima de Filip Filípovich.

—¡Cuántas veces le he dicho que no deje entrar gatos en casa! —gritó como un loco Filip Filípovich—. ¿Dónde está? Iván Arnóldovich, por favor, tranquilice a los pacientes de la sala.

—En el baño, ese condenado está en el baño —gritó Zina jadeante.

Filip Filípovich cargó sobre la puerta del baño, pero ésta no cedía.

—¡Abra inmediatamente!

En respuesta, algo empezó a saltar por las paredes del baño cerrado, se derrumbaron las palanganas, y la voz salvaje de Shárikov aulló tras la puerta: «¡Te mataré aquí mismo!».

El agua resonó en las cañerías y empezó a caer. Filip Filípovich se apoyó en la puerta y empezó a golpearla. Daria Petrovna, sudorosa, con el rostro desencajado, apareció en la entrada de la cocina. Inmediatamente después, la ventana situada justo debajo del techo, entre la cocina y el baño, se agrietó, cayeron dos trozos de vidrio, y tras ellos apareció un gato de enormes dimensiones con rayas atigradas y un lazo azul en el cuello, como un guardia municipal. Cayó encima de una gran fuente que partió en dos; de la fuente pasó al suelo, se mantuvo un instante en equilibrio sobre tres patas mientras agitaba la cuarta como en un paso de danza, y fue engullido por una estrecha ranura que daba a la escalera de servicio. La ranura se ensanchó y el gato se convirtió en una viejecita con un pañuelo en la cabeza. Una falda a topos blancos entró en la cocina. La vieja se pasó el gordo dedo índice por la boca desdentada, observó la cocina con unos ojos hinchados y punzantes y exclamó con curiosidad:

—¡Oh, Jesús, Dios mío!

Filip Filípovich, pálido, atravesó la cocina y preguntó con tono amenazador:

—¿Qué quiere usted?

—Me gustaría ver al perro que habla —respondió la vieja en tono servicial, y se santiguó. Filip Filípovich aún empalideció más, se acercó a la vieja hasta casi tocarla y le susurró con voz ahogada:

—Largo de aquí inmediatamente.

La vieja retrocedió hacia la puerta y dijo ofendida:

—Es algo insolente por su parte, señor profesor.

—¡Largo, le digo! —repitió Filip Filípovich, y sus ojos se abrieron como los de una lechuza. Cerró de golpe la puerta tras la vieja.

—Daria Petrovna, ya le he dicho...

—Filip Filípovich —respondió desconsoladamente Daria Petrovna, apretando sus desnudos brazos con las manos—, ¿qué puedo hacer? La gente viene en procesión todos los días. Dan ganas de dejarlo todo.

En el cuarto de baño seguía el sordo y amenazador ruido del agua, pero no se oían voces. Entró el doctor Bormental.

—Iván Arnóldovich, por favor... ¿Cuántos pacientes hay?

—Once —respondió Bormental.

—Dícales que se vayan; hoy no voy a visitar a nadie. —Filip Filípovich golpeó con los nudillos la puerta y gritó—: ¡Haga el favor de salir inmediatamente! ¿Por qué se ha encerrado?

—Hu-hu —respondió lastimera y opaca la voz de Shárikov.

—¿Qué diablos está diciendo...! No oigo, cierre el agua.

—¡Guau! ¡Tau...!

—Pero ¡cierre el agua! ¿Qué habrá hecho...? No entiendo... —gritó frenético Filip Filípovich.

Zina y Daria Petrovna, con la puerta entreabierta, miraban desde la cocina. Filip Filípovich golpeó de nuevo estrepitosamente la puerta.

—¡Mírenlo! —exclamó Daria Petrovna desde la cocina.

Filip Filípovich se abalanzó hacia allí. En la ventana rota, bajo el techo, apareció la cabeza de Poligraf Poligráfovich. La cara estaba crispada, los ojos llorosos y a lo largo de la nariz se extendía un arañazo que resplandecía por la sangre fresca.

—¿Qué, se ha vuelto loco? —preguntó Filip Filípovich—. ¿Por qué no sale?

Shárikov, angustiado y con cara de terror, miró hacia atrás y dijo:

—Me he encerrado.

—Quite el pestillo. ¿Nunca ha visto un pestillo?

—Pero ¡es que no se abre, el condenado! —respondió asustado Shárikov.

—¡Vaya por Dios! ¡Ha puesto el seguro! —exclamó Zina agitando las manos.

—¡Hay un botoncito! —gritó Filip Filípovich esforzándose en superar el ruido del agua—. Apriételo hacia abajo. ¡Hacia abajo, empújelo! ¡Hacia abajo!

Shárikov desapareció y después de un rato apareció de nuevo en la ventana.

—No se ve ni torta —ladró con terror a través de la ventana.

—Pero encienda la luz. ¡Se ha vuelto loco!

—El maldito gato ha roto la bombilla —respondió Shárikov—. Le tenía cogido por las patas, se me abrió un grifo y ahora no lo puedo encontrar.

Los tres unieron las manos y se quedaron quietos en esa postura.

Cinco minutos después, Bormental, Zina y Daria Petrovna estaban sentados uno al lado del otro sobre una alfombra mojada y enrollada; la apretaban con sus traseros contra la hendidura de la puerta, y el portero, con la vela nupcial de Daria Petrovna encendida, subía por una escalera de mano a la ventanilla de arriba. Su trasero, a grandes cuadros grises, apareció en el aire y desapareció por la ventana.

—¡Hu... hu... hu...! —chillaba Shárikov por encima del ruido del agua.

Se oyó la voz de Fiódor:

—Filip Filípovich, de todos modos hay que abrir. Que salga el agua, ya la recogeremos desde la cocina.

—¡Abra! —gritó enfadado Filip Filípovich.

El trío se levantó de la alfombra, empujó la puerta del baño y una ola salió hacia el pasillo dividiéndose en tres brazos: uno recto en dirección al lavabo de enfrente, otro a la derecha hacia la cocina y otro a la izquierda hacia el recibidor. Saltando y chapoteando, Zina cerró la puerta.

Con el agua hasta los tobillos salió Fiódor, sonriente, no se sabe por qué. Estaba absolutamente empapado.

—Me ha costado mucho cerrarla. La presión es muy grande —aclaró.

—¿Y dónde está ése? —preguntó Filip Filípovich y levantó la pierna a la vez que maldecía.

—No se atreve a salir —explicó Fiódor sonriendo como un tonto.

—¿Me va a pegar, papaíto? —desde el baño se oyó la voz llorosa de Shárikov.

—¡Imbécil! —respondió brevemente Filip Filípovich.

Zina y Daria Petrovna, con las faldas levantadas hasta las rodillas y los pies desnudos, y Shárikov y el portero descalzos, con los pantalones arremangados, pasaban las bayetas por el suelo de la cocina y las escurrían en unos cubos sucios y después en la bañera. El horno abandonado rugía. El agua pasaba a través de la puerta a la escalera y de allí caía directamente al sótano.

Bormental, de puntillas, en medio de un profundo charco, estaba en el recibidor hablando a través de la puerta un poco entreabierta y sujeta por la cadena.

—Hoy no hay visitas. El profesor no se encuentra bien. Tenga la bondad de apartarse de la puerta. Se nos ha reventado una cañería.

—¿Y cuándo podrá recibirme? —llegaba una voz desde afuera—. Es sólo un minuto...

—Imposible —Bormental, que estaba apoyado sobre las puntas de los pies, cambió y pasó a apoyarse sobre los talones—, el profesor está en cama y la tubería se ha reventado. Le ruego que venga mañana. ¡Zina! ¡Querida! Seque por aquí, si no el agua llegará a la escalera principal.

—Las bayetas están empapadas. Vamos a buscar unos cazos —dijo Fiódor.

Los timbrazos se sucedían ininterrumpidamente y Bormental apoyaba ya toda la suela en el agua.

—¿Cuándo será la operación? —insistía una voz, y un hombre intentaba pasar por el hueco de la puerta.

—Se ha reventado una tubería...

Unas siluetas azuladas aparecieron tras la puerta.

—Imposible, vuelva mañana, por favor.

—Tengo hora.

—Mañana. Ha ocurrido una catástrofe con la cañería del agua.

Fiódor a sus pies, se movía en el lago. El arañado Shárikov inventó un nuevo procedimiento: con un trapo enorme enrollado como un tubo en torno a la barriga, rodaba por el suelo y llevaba el agua desde el recibidor hasta el baño y viceversa.

—Pero ¿qué haces, diablo? —dijo enfadada Daria Petrovna—. Échala en el baño.

—¿Por qué en el baño? —respondió Shárikov removiendo el agua turbia con las manos—. De un momento a otro llegará a la entrada.

Del pasillo salió chirriando un taburete, y encima, balanceándose, Filip Filípovich con unos calcetines de rayas azules.

—Iván Arnóldovich, déjelo, venga al dormitorio, que le daré unas zapatillas.

—No importa, Filip Filípovich, da igual.

—Póngase al menos unos chanclos.

—No importa, ya tengo los pies enteramente mojados.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó disgustado Filip Filípovich.

—¡Qué bicho más malo! —dijo de repente Shárikov y salió en cuclillas con una sopera en las manos.

Bormental cerró la puerta y no pudo retener la risa. A Filip Filípovich se le hincharon las narices y le resplandecieron las gafas.

—¿Puedo saber a quién se refiere? —preguntó a Shárikov desde arriba.

—Estoy hablando del gato. Qué canalla —contestó Shárikov moviendo los ojos.

—¿Sabe una cosa, Shárikov? —dijo Filip Filípovich tomando aliento—. Nunca he visto a nadie tan desvergonzado como usted.

Bormental soltó una risita.

—Es usted un sinvergüenza —continuó Filip Filípovich—. ¿Cómo se atreve a decir esto? Todo ha sido obra suya y aún se atreve a decir... ¡Es increíble!

—Shárikov, dígame, por favor —preguntó Bormental—, ¿cuánto tiempo va a continuar persiguiendo a los gatos? ¡Vergüenza le tendría que dar! ¡Esto es un escándalo! ¡Es usted un salvaje!

—¿De qué voy a ser yo un salvaje? —respondió enfadado Shárikov—. De salvaje nada. Pero no puedo soportar un gato en una casa. Sólo busca qué puede robar. Se ha comido la carne picada de Daria. Y yo quería darle una lección.

—¡A usted tendría que darle una lección! —respondió Filip Filípovich—. Mírese en el espejo la cara que tiene.

—Por poco me saca un ojo —dijo con voz lúgubre Shárikov tocándose el ojo con la mano sucia.

Cuando el parquet, ennegrecido por la humedad, empezó a secarse, todos los espejos se empañaron de vapor y pararon los timbres. Filip Filípovich, con unas zapatillas de cordones rojos, estaba en la entrada.

—Tenga, para usted, Fiódor.

—Muy agradecido.

—Cámbiese ahora mismo de ropa. Que Daria Petrovna le dé un vaso de vodka.

—Muy agradecido. —Fiódor titubeó y después dijo—: Perdone, Filip Filípovich, le ruego que me disculpe, me da reparo decírselo, es sobre un cristal roto en el apartamento siete. El ciudadano Shárikov estaba tirando piedras...

—¿A un gato? —preguntó Filip Filípovich oscureciéndose como una nube.

—¡No! Al dueño de la casa, que ha amenazado con poner una denuncia.

—¡Diablos!

—Shárikov le puso la mano encima a su cocinera y el otro le echó de casa. En fin, que se pelearon.

—Le ruego, por favor, que me informe en seguida de estas cosas. ¿Cuánto tengo que darle?

—Un rublo y medio.

Filip Filípovich sacó tres brillantes monedas y se las dio.

—¡Tener que pagar dinero a ese majadero! —dijo una voz sorda en la puerta—. Si fue él...

Filip Filípovich se dio la vuelta, se mordió un labio y empujó en silencio a Shárikov, le metió en la sala de visitas y le encerró con llave. Shárikov, al instante, se puso a aporrear la puerta con los puños.

—¡Basta! —exclamó Filip Filípovich con una voz claramente alterada.

—Es el colmo... —observó Fiódor—. En mi vida he visto tanta insolencia.

Bormental apareció como surgido de la tierra.

—Filip Filípovich, le ruego que no se altere.

El enérgico discípulo abrió la puerta de la sala de visitas y desde allí llegó su voz:

—¿Dónde cree que está? ¿En una taberna?

—Es el colmo... —repitió en tono decidido Fiódor—. Ésta sí que... Habría que darle una buena paliza.

—Nada de eso —balbuceó tristemente Filip Filípovich.

—Perdóneme, siento lástima por usted, Filip Filípovich.

VII

—¡No, no y no! —decía insistentemente Bormental—. Le ruego que se la ponga.

—¿Y por qué? ¡Vaya tontería! —rezongó descontento Shárikov.

—Se lo agradezco, doctor —dijo cariñoso Filip Filípovich—. Yo ya estoy harto de hacer observaciones.

—De todos modos no le voy a dejar comer si no se la pone. Zina, quítele la mayonesa a Shárikov.

—¡Cómo que «quítele»! —Shárikov se enfadó—. Ahora mismo me la pongo.

Con la mano izquierda protegió el plato de las intenciones de Zina y con la derecha se puso la servilleta al cuello: parecía un cliente de una peluquería.

—Y con el tenedor, por favor —añadió Bormental.

Shárikov suspiró profundamente y empezó a pescar los trozos de esturión en la espesa salsa.

—Beberé algo más de vodka —declaró interrogante.

—¿No le sentará mal? —se informó Bormental—. Últimamente le está dando demasiado al vodka.

—¿Qué? ¿Le duele gastarlo? —exclamó Shárikov y miró frunciendo el ceño.

—No diga bobadas... —intervino Filip Filípovich, pero Bormental le interrumpió.

—No se preocupe, Filip Filípovich, es cosa mía. Usted, Shárikov, dice tonterías, y lo más indignante es que las dice con tanto aplomo, tan convencido... Claro que no me duele el vodka, y más cuando no es mío, sino de Filip Filípovich. Se lo digo simplemente porque no es bueno para su salud. Esto por una parte, y por la otra, porque su comportamiento es indecoroso incluso sin el vodka. —Bormental señaló el aparador con los cristales pegados—: Zina, por favor, déme un poco más de pescado —dijo el profesor.

Shárikov en ese momento se estiró hacia la botella y mirando de reojo a Bormental se llenó una copa.

—Se ofrece también a los demás —dijo Bormental—, y así: primero a Filip Filípovich, después a mí y finalmente se sirve usted.

En la boca de Shárikov apareció casi imperceptiblemente una sonrisa sarcástica... Repartió el vodka por todas las copas.

—Todo esto parece como una fiesta de gala —empezó a hablar—. La servilleta aquí, la corbata allá, «perdón», «por favor», *merci*, pero nada de como normalmente se hacen las cosas. Se torturan ustedes igual que durante el régimen zarista.

—¿Y cómo debe hacerse «normalmente»?

Shárikov no respondió a Filip Filípovich, cogió la copa y dijo:

—Bueno, buen provecho a todos...

—Y a usted también —respondió con cierta ironía Bormental.

Shárikov engulló de un trago todo el contenido de la copa, se acercó a la nariz un trozo de pan, lo olió y seguidamente se lo tragó mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.[17]

—El hábito —dijo de repente Filip Filípovich como recordando algo.

Bormental, asombrado, le miró de reojo.

—¿Perdón?

—¡El hábito! —repitió Filip Filípovich y movió la cabeza con amargura—. No se puede hacer nada: Klim.

Bormental, con profundo interés, miró agudamente a los ojos de Filip Filípovich.

—¿Usted cree, Filip Filípovich?

—No es que lo crea, estoy convencido.

—¿Será posible...? —empezó Bormental y se paró mirando de soslayo a Shárikov, que tenía un aire suspicaz.

—*Später...*[18] —dijo en voz baja Filip Filípovich.

—*Gut*[19] —respondió el ayudante.

Zina trajo el pavo. Bormental llenó el vaso de Filip Filipovich de vino tinto y le ofreció a Shárikov.

—No quiero. Prefiero seguir con el vodka. —Su cara empezó a brillar y en la frente apareció el sudor; parecía alegre. También Filip Filípovich adquirió después del vino un aspecto más bondadoso. Sus ojos se aclararon, miraban con más benevolencia a Shárikov, cuya negra cabeza resaltaba en la servilleta como una mosca en un plato de nata.

Bormental, después de comer, empezó a sentir una fuerte inclinación a la actividad.

—Bueno, ¿a qué nos vamos a dedicar esta tarde? —preguntó a Shárikov.

Éste pestañeó y respondió:

—Ir al circo. Sería lo mejor.

—Todos los días al circo —dijo apaciblemente Filip Filípovich—. En mi opinión es bastante aburrido. Yo, en su lugar, iría aunque sólo fuera una vez al teatro.

—No iré al teatro —respondió hostilmente Shárikov y se santiguó sobre la boca.

—Eructar en la mesa quita el apetito a los demás —dijo maquinalmente Bormental—. Dígame, ¿por qué no le interesa el teatro?

Shárikov miró a través de la copa como si fuera un prismático, pensó un instante y avanzó los labios.

—Es un juego de idiotas: hablan, hablan. Todos son unos contrarrevolucionarios.

Filip Filípovich se apoyó en el respaldo gótico y se rió de tal modo que en su boca brilló la empalizada dorada de los dientes. Bormental se limitó a mover la cabeza.

—Si al menos leyera algo... —insinuó—. Si no, ya sabe...

—Pero si ya leo, ya leo... —respondió Shárikov y de repente, con un movimiento rapaz y mudo, se llenó medio vaso de vodka.

—Zina —gritó alarmado Filip Filípovich—, niña, llévate el vodka. Ya no necesitamos más. ¿Y qué lee?

En su mente apareció una imagen: una isla deshabitada, una palmera, un hombre cubierto con una piel de animal y un gorro. «Habría que darle Robinsón...».

—Esto..., ¿cómo se llama...? La correspondencia de Engels con..., ¿cómo se llama el tipo...? Un tal Kautski.

Bormental se quedó con un trozo de carne blanca en el tenedor a medio camino de la boca, y a Filip Filípovich se le cayó el vino. Shárikov aprovechó el momento para tragarse el vodka.

Filip Filípovich puso los codos sobre la mesa, miró a Shárikov y preguntó:

—Me gustaría saber qué nos puede decir en relación a lo leído.

Shárikov se encogió de hombros.

—Que no estoy de acuerdo.

—¿Con quién? ¿Con Engels o con Kautski?

—Con ninguno de los dos —respondió Shárikov.

—Ésta sí que es buena... ¡Palabra! Cualquiera diría que es otro... ¿Y personalmente qué es lo que usted opina?

—¿Qué quiere que opine? Escriben, escriben... El congreso, unos alemanes no se sabe de dónde... Se te pone la cabeza como un bombo. Lo que hace falta es cogerlo todo y dividirlo...

—¡Ya me lo figuraba! —exclamó Filip Filípovich golpeando con la palma de la mano en la mesa.

—¿Y se le ocurre cómo hacerlo? —preguntó interesado Bormental.

—No es tan difícil. —El vodka le soltaba la lengua—. La cosa no tiene complicaciones. Porque si no, ¿qué pasa? Pues que uno vive en siete habitaciones y tiene cuarenta pantalones, y otro va por ahí buscando qué comer en los cubos de basura.

—¿Supongo que con esto de las siete habitaciones se refiere usted a mí? —preguntó orgulloso con los ojos semicerrados Filip Filípovich.

Shárikov se acurrucó y calló.

—Pues bien, yo no estoy en contra del reparto. ¿A cuántas personas no pudimos visitar ayer, doctor?

—A treinta y nueve —respondió al instante Bormental.

—Hum... trescientos noventa rublos. Bueno, pues repartamos la desgracia entre los tres hombres. A las damas, Zina y Daria Petrovna, no las vamos a contar. Por su parte, ciento treinta rublos. Hágame el favor de conseguirlos, Shárikov.

—Ésta sí que es buena —dijo Shárikov asustado—. ¿Y por qué?

—¡Por el grifo y el gato! —bramó repentinamente Filip Filípovich, saliendo de su estado de irónica beatitud.

—¡Filip Filípovich! —exclamó alarmado Bormental.

—Espere. Por el desastre que usted organizó y gracias al cual tuve que cancelar las visitas. Una cosa intolerable. Un hombre salta como un salvaje por toda la casa, arranca los grifos. ¿Quién mató al gato de madame Polasujer? ¿Quién...?

—Hace tres días mordió a una dama en la escalera —añadió Bormental.

—Usted nos cuesta... —aullaba Filip Filípovich.

—¡Ella me dio en todo el morro! —exclamó con voz de pito—. ¡Y mi morro no es público!

—Porque usted le pellizcó el pecho —gritó Bormental tirando una copa—. Usted se

encuentra...

—Se encuentra en el más bajo nivel de desarrollo —gritó Filip Filípovich por encima de Bormental—, está formándose aún, es un ser débil en el aspecto intelectual, todos sus actos son puramente animales, y en presencia de personas con formación universitaria, se permite con la mayor tranquilidad dar toda clase de consejos de dimensiones cósmicas y decir todo género de tonterías también de cósmico tamaño sobre cómo repartirlo todo... Y entre tanto se come la pasta de dientes.

—Hace dos días —precisó Bormental.

—Pues bien —tronaba Filip Filípovich—, métase bien esto en la cabeza. A propósito, ¿por qué se ha sacado de la nariz la pomada de zinc? Usted debe callarse y escuchar lo que se le dice; aprender y esforzarse en ser un miembro mínimamente aceptable de la sociedad socialista. Por cierto, ¿quién ha sido el miserable que le ha proporcionado este libro?

—Para usted todos son unos miserables —respondió cohibido Shárikov, abrumado por el doble ataque.

—¡Ya me lo imagino! —exclamó Filip Filípovich enrojeciendo de ira.

—Bueno, ¡y qué...! Me lo ha dado Shvónder. Y no es ningún miserable... Es para que me desarrolle...

—Ya veo cómo se desarrolla con Kautski —gritó Filip Filípovich con voz histérica, adquiriendo un tono amarillento. Apretó violentamente el timbre—. El caso de hoy no lo puede demostrar mejor. ¡Zina!

—¡Zina! —chillaba Bormental.

—¡Zina! —aullaba asustado Shárikov.

Zina acudió corriendo, pálida.

—Zina, en la sala de visitas... ¿Está en la sala de visitas?

—Allí está —respondió sumiso—, verde como un ciprés.

—Un libro verde...

—¡Y ahora lo tirará al fuego...! —exclamó desesperado Shárikov—. Es propiedad del Estado, es de la biblioteca.

—Se llama *Correspondencia de...* ¿cómo se llama...?, de Engels con ese otro. ¡Al fuego con él!

Zina desapareció volando.

—¡A este Shvónder yo lo colgaba, palabra de honor, en el primer poste! —exclamó Filip Filípovich clavando con ira los dientes en el alón de pavo—. Este engendro increíble se ha instalado en la casa como un furúnculo. No le basta con escribir panfletos calumniosos en los periódicos...

Shárikov miró de reojo con malicia e ironía a Filip Filípovich. Éste le devolvió la mirada y se calló.

«Ay, me parece que de todo esto no puede salir nada bueno», pensó repentinamente, como un profeta, Bormental.

Zina trajo en un plato redondo un budín dorado por un lado y rosado por el otro, y la cafetera.

—No me lo voy a comer —dijo al instante Shárikov en un tono hostil y amenazador.

—Y nadie se lo pide. Compórtese. Doctor, por favor, sírvase.

La comida acabó en silencio.

Shárikov sacó del bolsillo un cigarrillo arrugado y empezó a echar humo. Después de tomar el café, Filip Filípovich miró el reloj, apretó el resorte y sonaron suavemente las ocho y cuarto. Filip Filípovich se apoyó, según su costumbre, en el respaldo gótico y cogió el periódico que estaba en la mesilla.

—Doctor, le ruego que le acompañe al circo. Pero, por lo que más quiera, mire en el programa que no haya gatos.

—¿Y cómo quiere que dejen entrar en el circo a una porquería semejante? —objetó sombrío Shárikov, balanceando la cabeza.

—Dejan entrar toda clase de cosas —dijo intencionadamente Filip Filípovich—. ¿Qué programa hay?

—En el circo Solomonski —empezó a leer Bormental—, los cuatro... Hueseems y el hombre del punto muerto.

—¿Qué es esto de los Hueseems? —preguntó suspicaz Filip Filípovich.

—Cualquiera lo sabe. Es la primera vez que oigo este nombre.

—Entonces es mejor que mire en el de los Nikitin. Es imprescindible que todo esté claro.

—En el de los Nikitin... Nikitin... Hum... Elefantes y el prodigio de la habilidad humana.

—Bien. ¿Qué tiene usted en contra de los elefantes? —preguntó desconfiado Filip Filípovich a Shárikov. Éste se ofendió.

—¿Se cree que soy tonto? Un gato es otra cosa. Los elefantes son animales útiles —replicó Shárikov.

—Perfecto. Si son útiles, vayan y mírenlos. Pero obedezca a Iván Arnóldovich. ¡Y no se meta en ninguna discusión en la cantina! Iván Arnóldovich, le ruego muy encarecidamente que no le dé cerveza a Shárikov.

Al cabo de diez minutos, Iván Arnóldovich y Shárikov, vestido con una gorra con visera de pico de pato y un abrigo de paño con el cuello levantado, se fueron al circo. El apartamento quedó en silencio. Filip Filípovich se fue a su despacho. Encendió la lámpara bajo la pesada pantalla verde, el despacho se llenó de un ambiente apacible y empezó a medir con sus pasos la habitación. Durante largo rato la punta de su cigarro ardió con un cálido brillo verde pálido. Puso las manos en los bolsillos del pantalón y su amplia frente de sabio se debatía entre penosos pensamientos. Chasqueaba con los labios, canturreaba entre dientes «A orillas del sagrado Nilo...» y balbuceaba palabras incomprensibles. Por fin dejó el cigarro en el cenicero, se acercó a un armario con puertas de cristal y todo el despacho se iluminó con las cegadoras luces del techo. Filip Filípovich extrajo de la tercera estantería del armario un estrecho recipiente de vidrio y empezó a mirarlo concentradamente a la luz de las bombillas. En un líquido transparente y denso flotaba, sin tocar nunca el fondo, una pequeña bola blanca, extraída de las profundidades del cerebro de Shárikov. Encogiendo los hombros, torciendo los labios y emitiendo unos sonidos inarticulados, Filip Filípovich devoraba con los ojos el flotante bulto blanco como si quisiera descubrir en él la causa de los sorprendentes acontecimientos que habían trastornado la vida de su casa.

Es muy posible que este gran hombre de ciencia la intuyera. Por lo menos, después de haber observado suficientemente la hipófisis del cerebro, guardó el recipiente en el armario, lo cerró con llave, se guardó ésta en el bolsillo del chaleco y se dejó caer en el diván de cuero hundiendo la cabeza entre los hombros y con las manos profundamente metidas en los bolsillos de la

chaqueta. Fumó parsimonioso un segundo cigarro aplastando completamente con los dientes el extremo, y en la total soledad, iluminado como el canoso Fausto por un reflejo verdoso, por fin, exclamó:

—¡Por Dios, creo que me decidiré!

Nadie le respondió. En el apartamento cesaron todos los ruidos. Como es sabido, en el pasaje Óbujov a las once se detiene la circulación, y sólo de vez en cuando se oían los pasos de un transeúnte retrasado que repiqueteaban a lo lejos y se apagaban tras los ventanales. En el despacho sonaba suavemente el reloj en el bolsillo, bajo los dedos de Filip Filípovich. El profesor esperaba impaciente el regreso de Bormental y Shárikov del circo.

VIII

No se sabe a qué se había decidido Filip Filípovich. A lo largo de la semana siguiente no emprendió nada especial, y posiblemente a consecuencia de esta inactividad la vida del apartamento se llenó de sucesos.

Seis días después de la historia del agua y el gato, se presentó a Shárikov, en nombre del comité del inmueble, el joven que había resultado ser una mujer, y le entregó unos documentos que éste se guardó en el acto en el bolsillo. Seguidamente llamó al doctor Bormental.

—¡Bormental!

—¡Eso sí que no, llámeme por mi nombre completo, por favor! —repuso Bormental cambiando de cara.

Conviene señalar que en seis días el cirujano se las había arreglado para pelearse ocho veces con su discípulo, y el ambiente de la casa estaba bastante cargado.

—Bueno, pues llámeme también a mí por mi nombre completo —contestó con toda justicia Shárikov.

—¡No! —tronó en la puerta Filip Filípovich—. No permitiré que nadie le llame por este nombre en mi casa. Si no le parece bien que se le llame familiarmente «Shárikov», yo y el doctor Bormental le llamaremos «señor Shárikov».

—¡Yo no soy ningún señor, todos los señores están en París! —ladró Shárikov.

—¡Esto es obra de Shvónder! —aulló Filip Filípovich—. Bueno, ya le arreglaré las cuentas a ese miserable. ¡En esta casa, mientras yo esté en ella, sólo habrá señores! En el caso contrario o yo o usted nos iremos de aquí y lo más seguro es que sea usted. Hoy mismo voy a poner un anuncio y puede estar seguro de que le encontraré una habitación.

—Ya... ¿Se cree que soy un imbécil para largarme de aquí? —replicó decididamente Shárikov.

—¿Cómo? —exclamó Filip Filípovich y su rostro se alteró de tal modo que Bormental se lanzó hacia él y cariñosamente pero alarmado le cogió por la manga.

—¡Sabe, se está pasando de la raya, *monsieur* Shárikov! —Bormental levantó mucho la voz.

Shárikov retrocedió, sacó del bolsillo tres papeles, uno verde, uno amarillo y otro blanco, y señalándolos con el dedo empezó a decir:

—Ahí está, soy miembro de la asociación de inquilinos del inmueble, y me corresponde una superficie de cinco metros cuadrados precisamente en el apartamento número cinco, en casa del inquilino responsable Preobrazhenski. —Shárikov se detuvo a pensar y añadió una frase que Bormental calificó maquinalmente como nueva—: Tenga la bondad.

Filip Filípovich se mordió los labios y murmuró imprudente:

—Juro que al final le voy a pegar un tiro a este Shvónder.

Shárikov acogió estas palabras con la máxima atención e interés, como se podía leer en sus ojos.

—Filip Filípovich, *vorsichtig*...[20] —aconsejó Bormental.

—Es que ya... ¡Una infamia de este tipo! —exclamó Filip Filípovich en ruso—. Tenga en cuenta, Shárikov..., señor Shárikov, que si se permite otra insolencia parecida, se quedará sin comer. Cinco metros cuadrados, ¡de acuerdo! ¡Pero este papel color rana no me obliga a alimentarle!

Shárikov se asustó y abrió la boca.

—No puedo quedarme sin comer —balbuceó—. ¿Dónde me llenaré el estómago?

—En tal caso compórtese como es debido —contestaron a coro los dos galenos.

Aquel día Shárikov estuvo muy silencioso y no causó ningún daño a nadie, a excepción de a sí mismo: aprovechando una larga ausencia de Bormental, cogió su navaja de afeitar y se lastimó de tal modo un pómulo que Filip Filípovich y el doctor Bormental le tuvieron que coser los cortes, por lo que se pasó largo rato aullando y derramando gran cantidad de lágrimas.

A la noche siguiente, en la verdosa penumbra del despacho del profesor había dos hombres sentados: el propio Filip Filípovich y su fiel y devoto Bormental. En la casa todos dormían. Filip Filípovich vestía su bata azul celeste y unas zapatillas rojas, y Bormental una camisa con tirantes azules. Entre ambos médicos, en la mesa redonda, junto a un voluminoso álbum, había una botella de coñac, un platito con rajas de limón y una caja de cigarros. Los científicos, en la habitación llena de humo de sus cigarros, comentaban con calor los últimos acontecimientos: esa tarde Shárikov se había apropiado de dos billetes de diez rublos que estaban bajo el pisapapeles, había desaparecido de la casa y había vuelto tarde y perdidamente borracho. Pero eso no era todo. Con él se habían presentado dos desconocidos que, tras organizar un ruido infernal en la escalera, expresaron su deseo de dormir como invitados en casa de Shárikov. Los invitados en cuestión sólo se alejaron cuando Fiódor, que había presenciado la escena con un abrigo de entretiempo sobre el camión, llamó por teléfono al departamento 54 de la milicia. Los individuos se esfumaron al instante apenas Fiódor colgó el auricular. Pero, sin saber cómo, desaparecieron al mismo tiempo el cenicero de malaquita que estaba debajo del espejo del recibidor, el sombrero de castor de Filip Filípovich y su bastón, en el que con caracteres paleoeslavos dorados estaba escrito: «Al querido y respetado Filip Filípovich, los agradecidos internos del hospital, el día...», seguía después el número romano «X».

—¿Quiénes son esos tipos? —preguntó Filip Filípovich amenazando con los puños cerrados a Shárikov.

Éste, balanceándose y cogiéndose a los abrigos de piel, balbuceó que estos individuos le eran desconocidos, pero que no eran unos hijos de perra, sino buena gente.

—Lo más asombroso es que parecían borrachos como una cuba... ¿Cómo se las habrán arreglado? —dijo perplejo Filip Filípovich mirando el paragüero donde estaba el recuerdo del aniversario.

—Profesionales —aclaró Fiódor yéndose a dormir con un rublo en el bolsillo.

En cuanto a los veinte rublos, Shárikov negó categóricamente haberlos cogido y dijo algo poco claro sobre que él no era el único habitante de la casa.

—Ajá... ¿Tal vez ha sido el doctor Bormental quien ha hecho desaparecer el dinero? —preguntó Filip Filípovich en voz baja, pero con un tono terrorífico.

Shárikov se balanceó, abrió de par en par sus ojos turbios y expresó una suposición:

—Puede que los haya cogido Zina.

—¿Qué significa esto? —gritó Zina, que apareció como un fantasma en la puerta tapándose con las manos el pecho que desbordaba la blusa desabrochada—. ¿Cómo se...?

El cuello de Filip Filípovich estaba congestionado.

—Calma, Zina —decía alargando hacia ella la mano—, no te preocupes. Esto lo vamos a arreglar.

Zina, de repente, se puso a llorar ruidosamente, apretando los labios y con la mano a la altura del pecho.

—Zina, ¿cómo no le da vergüenza? ¿Quién podría pensarlo? ¡Qué vergüenza! —habló azorado Bormental.

—Zina, bueno, perdona, pero pareces tonta —dijo Filip Filípovich.

Pero en este momento el llanto de Zina se interrumpió y todos se callaron; Shárikov empezó a sentirse mal. Golpeándose la cabeza contra la pared, profería un sonido, que no era ni «i» ni «ie», algo así como «¡eee!». Su cara empalideció y le empezaron a temblar espasmódicamente las mandíbulas.

—¡Un cubo para este miserable!

Y todos se apresuraron a atender al indispuerto Shárikov. Cuando le llevaron a la cama, trastabillando entre los brazos de Bormental, con voz dulce y melódica lanzaba terribles juramentos apenas articulados.

Toda esta historia se produjo cerca de la una, y ahora eran ya casi las tres de la madrugada, pero los dos hombres estaban en vela en el despacho, excitados por el coñac con limón. Habían fumado tanto que el humo flotaba en compactas y lentas capas casi inmóviles.

El doctor Bormental, pálido y con mirada muy decidida, levantó la copa de talle de libélula.

—Filip Filípovich —exclamó—, nunca olvidaré cómo, siendo un estudiante medio muerto de hambre, me presenté a usted y usted me colocó en su cátedra. Créame, Filip Filípovich, para mí usted es mucho más que un profesor, que un maestro... Mi respeto sin límites... Permítame que le bese, Filip Filípovich.

—Sí, querido... —murmuró azorado Filip Filípovich y se levantó para ir a su encuentro. Bormental le abrazó y le besó en sus espesos bigotes impregnados de humo.

—Le juro por Dios, Filip Filí...

—Me ha emocionado, emocionado... Se lo agradezco —decía con voz pastosa Filip Filípovich—, querido. Sé que a veces le grito en las operaciones. Perdóneme esta irritabilidad de viejo cascarrabias. En el fondo estoy tan solo... «De Sevilla a Granada...».

—Filip Filípovich, ¿no le da vergüenza...? —exclamó sinceramente el fogoso Bormental—. Si no me quiere ofender, no hable de este modo...

—Se lo agradezco... «A orillas del sagrado Nilo...». Gracias. Y además le estimo porque es un médico capaz.

—Filip Filípovich, le digo... —exclamó apasionadamente Bormental. Saltó de su sitio, aseguró el pestillo de la puerta que daba al pasillo y después continuó en voz baja—: ... que ésta es la única solución. No me atrevo a darle consejos, pero, Filip Filípovich, mírese usted mismo.

Está totalmente extenuado. ¡Y es que así no se puede trabajar!

—Completamente imposible —confirmó Filip Filípovich suspirando.

—De acuerdo, completamente imposible —susurraba Bormental—. La vez pasada usted dijo que temía por mí... Si usted supiera, querido profesor, cómo me emocionó con estas palabras. Ya no soy un niño y me doy perfecta cuenta de cómo puede acabar este horrible asunto. Pero, según mi personal y total convencimiento, no hay otra salida.

Filip Filípovich se levantó, empezó a mover las manos y exclamó:

—No intente convencerme, no diga nada —El profesor empezó a pasearse por la habitación removiendo las capas de humo—, no pienso escucharle... Hágase cargo de lo que puede pasar si nos cogen. Para nosotros no vale aquello de «teniendo en cuenta su origen social...», no nos salvamos aunque sea por primera vez. Su origen social no es que sea muy adecuado.

—¡Qué diablos! Mi padre era juez de instrucción en Vilno —respondió amargamente Bormental acabándose el coñac.

—¿Y qué le parece? No es un origen envidiable. Es difícil imaginar otro peor. A propósito, me equivoco, el mío es aún peor. Mi padre era arcipreste de la catedral. «*Merci*. De Sevilla a Granada... En el silencio de la noche.» Así están las cosas, ¡maldita sea...!

—Filip Filípovich, usted es una personalidad de renombre internacional, y por un..., permíteme la expresión, por un hijo de perra..., ¿quién se atrevería a tocarle? ¡Por todos los santos!

—Razón de más para no hacerlo —objetó pensativo Filip Filípovich deteniéndose y observando el armario de vidrio.

—¿Y por qué?

—Porque usted no es una personalidad de renombre internacional.

—Pero...

—Ya ve. Y dejar en la estacada a un colega en caso de catástrofe y yo escapar amparado en el renombre internacional, permíteme... Yo soy un universitario moscovita y no un Shárikov. —Filip Filípovich alzó orgulloso los hombros y adquirió el aspecto de un rey de Francia.

—Filip Filípovich... —exclamó con amargura Bormental—, ¿qué haremos, entonces? ¿Esperar que consiga convertir a este golfo en un hombre?

Filip Filípovich le interrumpió con un gesto, se sirvió coñac, sorbió un trago, chupó un trozo de limón y empezó a decir:

—Iván Arnóldovich, ¿usted qué cree? ¿Entiendo yo algo de anatomía y fisiología? Bueno, digamos del cerebro humano... ¿Cuál es su opinión?

—¿Qué pregunta, Filip Filípovich? —respondió Bormental con gran énfasis extendiendo los brazos.

—Pues bien. Sin falsa humildad, yo también supongo que en este campo no soy el último de Moscú.

—¡Y yo creo que usted no sólo es el primero en Moscú, sino en Londres y Oxford! —le interrumpió con ardor Bormental.

—Bueno, supongamos que sea así. Pues bien, futuro profesor Bormental, esto no lo conseguirá nadie. Es inútil que lo pregunte. Cíteme a mí y diga que Preobrazhenski lo ha dicho. *Finito*. ¡Klim! —exclamó solemnemente Filip Filípovich y el armario le contestó con un sonido—. Klim —repitió—. Bormental, usted es el primer discípulo de mi escuela, y además un amigo, como hoy

he podido ver. Así que, como a un amigo, le voy a decir un secreto; claro, ya sé que usted no me cubrirá de oprobio. El viejo asno de Preobrazhenski ha llevado toda esta operación como si fuera un neófito cualquiera. Es cierto que hemos hecho un descubrimiento, algo de cuya importancia no le voy a hablar. —Filip Filípovich señaló amargamente con las dos manos los ventanales, aludiendo evidentemente a Moscú—. Pero, fíjese en lo que le digo, Iván Arnóldovich: el único resultado de este descubrimiento es que se nos va a quedar atravesado aquí. —Y Preobrazhenski se golpeó el cuello prominente y predispuesto a la hemiplejia—. ¡Puede estar seguro de ello! ¡Si alguien —continuó con voz voluptuosa Filip Filípovich— me hiciera el favor de darme una buena paliza, yo, se lo juro, estaría dispuesto a darle cincuenta rublos! «De Sevilla a Granada...». ¡Maldita sea...! He estado cinco años escarbando en la hipófisis del cerebro... Usted sabe lo que he trabajado... Increíble. Y ahora me pregunto: ¿para qué? Para que un buen día un maravilloso perro se convierta en una basura que pone los pelos de punta.

—Es algo sin precedentes.

—Totalmente de acuerdo con usted. Ya ve, doctor, qué ocurre cuando un investigador, en vez de marchar a la par y en contacto con la naturaleza, fuerza las cosas y levanta el velo: ¡toma!, te encuentras con un Shárikov... Tú te lo guisas y tú te lo comes.

—Filip Filípovich, ¿y si fuera un cerebro como el de Spinoza?

—¡De acuerdo! —gruñó Filip Filípovich—, de acuerdo siempre que el desgraciado perro no se me muera en la mesa de operaciones, y usted ha visto qué operación es ésta. En una palabra, yo, Filip Filípovich, nunca he hecho en toda mi vida algo tan difícil. Se puede injertar una hipófisis de Spinoza o de cualquier otro desgraciado y convertir a un perro en una extraordinaria eminencia. Pero ¿para qué?, uno se pregunta. Explíqueme, por favor, ¿qué necesidad hay de fabricar artificialmente Spinozas cuando cualquier mujer puede parirlo cuando quiera? ¿No ha parido en Jolmogóry *madame* Lomonósov a su celebridad?^[21] Doctor, la humanidad resuelve sus problemas por sí misma, de acuerdo con un orden evolutivo; cada año, de modo persistente, crea decenas de genios célebres que adornan el globo terráqueo. ¿Entiende ahora por qué no he aceptado sus deducciones de la historia clínica de Shárikov? Mi descubrimiento, ¡que los diablos se lo traguen!, en el que usted anda metido, no vale absolutamente nada. Sí, no discuta, Iván Arnóldovich, estoy seguro. Yo no hablo por hablar, usted lo sabe muy bien. Teóricamente tiene su interés. De acuerdo. Los fisiólogos no cabrán en sí de gozo. Moscú da brincos de alegría... Pero ¿en la práctica qué? ¿Qué es lo que tenemos delante? —Preobrazhenski levantó el dedo en dirección a la sala de observación donde dormía Shárikov.

—Un canalla como nunca se ha visto.

—Pero ¿quién es? ¡Es Klim, Klim! —gritó el profesor—, Klim Chugunkin. —Bormental se quedó boquiabierto—. Es decir: dos condenas, alcoholismo, «repartirlo todo», un gorro y veinte rublos desaparecidos. —En este momento Filip Filípovich recordó el bastón conmemorativo y enrojeció—. Un villano, un cerdo... Y el bastón lo encontraré. En una palabra, la hipófisis es una cámara cerrada que determina la personalidad de cada individuo determinado. ¡Determinado! «De Sevilla a Granada...» —aullaba rabioso Filip Filípovich con los ojos desencajados—, y no de toda la humanidad. Es, en miniatura, el cerebro mismo. Y a mí esto no me hace pero que ninguna falta; que se lo lleven todos los diablos. Yo me dedicaba a otra cosa por completo distinta, a la eugenesia, al perfeccionamiento de la raza humana. Y, en cambio, he caído en el problema del rejuvenecimiento. ¿O es que cree que me dedico a rejuvenecer a los demás por dinero? No, sea como sea, soy un científico.

—¡Es usted un gran científico, esto es un hecho! —exclamó Bormental tragándose el coñac. Sus ojos se inyectaron de sangre.

—Yo quise hacer un pequeño experimento, después de que dos años atrás obtuviera un extracto de hormonas sexuales de la hipófisis. Y en lugar de esto, ¿qué es lo que ha resultado? ¡Dios mío! Estas hormonas de la hipófisis... Doctor, estoy completamente desesperado, se lo juro, me siento perdido.

De repente Bormental se arremangó y habló torciendo los ojos hacia la nariz:

—Entonces, escúcheme, querido maestro: si usted no desea hacerlo, yo asumo la responsabilidad de envenenarle con arsénico. No importa que mi padre fuera juez de instrucción. Al fin y al cabo, es un organismo experimental, una obra suya.

Filip Filípovich se apagó, se ablandó, se desplomó en el sillón y dijo:

—No, no permitiré que haga eso, querido amigo. Tengo sesenta años y puedo darle consejos. No se decida nunca por el crimen, sea contra quien sea. Llegue hasta la vejez con las manos limpias.

—Perdóneme, Filip Filípovich, pero si Shvónder sigue ocupándose de su educación, ¿qué saldrá de todo esto? ¡Dios mío, sólo ahora empiezo a comprender en qué puede convertirse este Shárikov!

—¡Ajá! ¿Ahora empieza a comprender? Yo lo comprendí diez días después de la operación. Shvónder es un grandísimo imbécil. No comprende que Shárikov es un peligro más grave para él que para mí. De momento se esfuerza por todos los medios en enfrentarle conmigo, sin pensar que si alguien lo lanza contra él no quedarán de Shvónder ni los huesos.

—¡Si sólo le interesan los gatos! Es un hombre con corazón de perro.

—Oh, oh, oh —respondió Filip Filípovich alargando las palabras—, doctor, comete un gravísimo error. Por favor, no culpe de eso al perro. Lo de los gatos es algo temporal... Es una cuestión de disciplina, cosa de dos o tres semanas, se lo aseguro. Espere que pase algo así como un mes y verá como dejará de perseguirlos.

—¿Y por qué no ahora?

—Iván Arnóldovich, es elemental... Su pregunta me sorprende. ¿No sabe usted que la hipófisis no cuelga en el aire? De momento sigue sujeta a un cerebro canino. Déle tiempo para que se adapte. Ahora en Shárikov sólo se manifiestan los vestigios de su carácter canino, y sepa usted que lo de los gatos es lo mejor que hace. Hágase la idea de que lo más terrible de la situación es que su corazón ya no es canino, sino humano. ¡Y el más podrido de todos los que existen en el mundo!

Tremendamente excitado, Bormental cerró fuertemente los puños, alzó los hombros y dijo con firmeza:

—¡Basta! ¡Le mataré!

—¡Se lo prohíbo! —respondió categórico Filip Filípovich.

—Pero por...

Filip Filípovich, de repente, se puso en guardia y levantó el dedo.

—Un momento... Creo que he oído pasos.

Los dos aguzaron el oído, pero en el pasillo no se oía nada.

—Habrá sido una impresión —dijo Filip Filípovich y siguió hablando con pasión en alemán. En sus palabras se oía sin cesar la palabra «delito» en ruso.

—Un momento —dijo esta vez Bormental, y avanzó hacia la puerta.

Se oían con claridad unos pasos que se acercaban al despacho. Y además resonaba una voz. Bormental abrió de par en par la puerta y retrocedió anonadado un paso. Perplejo, petrificado, Filip Filípovich no pudo levantarse del sillón.

En el cuadrilátero iluminado del pasillo apareció vestida sólo con un camisón Daria Petrovna, el rostro ardiente y belicoso. El médico y el profesor quedaron deslumbrados por la opulencia del potente cuerpo, que, debido al pánico, les pareció desnudo. Con sus poderosas manos Daria Petrovna arrastraba algo, y este «algo», apoyándose en el suelo, se deslizaba sobre el trasero, y sus cortas piernas, cubiertas de un vello negro, resbalaban por encima del parquet. El «algo», claro está, resultó ser Shárikov ausente y aún borracho, desgreñado y vistiendo sólo la camisa.

Daria Petrovna, majestuosa semidesnuda, soltó a Shárikov como si fuera un saco de patatas y pronunció estas palabras:

—Mire, señor profesor, a nuestro visitante Telegraf Telegráfovich. Yo he estado casada, pero Zina es doncella. Menos mal que me he despertado.

Al terminar estas palabras Daria Petrovna se sintió avergonzada, lanzó un grito, se cubrió el pecho y desapareció.

—Daria Petrovna, perdónenos, por Dios —le gritó, apenas se recobró, Filip Filípovich totalmente rojo.

Bormental se arremangó aún más y avanzó hacia Shárikov. Filip Filípovich echó una mirada a sus ojos y se horrorizó:

—¡Doctor! Se lo prohíbo...

Bormental asió con la mano derecha el cuello de Shárikov y le sacudió de tal modo que el tejido de la camisa se rasgó.

Filip Filípovich se lanzó hacia ellos e intentó arrancar al escuálido Shárikov de las manos del cirujano.

—¡No tienes derecho a pegarme! —gritaba medio ahogado Shárikov sentándose en el suelo y volviendo en sí.

—¡Doctor! —aulló Filip Filípovich.

Bormental se calmó un poco y soltó a Shárikov, que se puso a lloriquear.

—Bueno —dijo con voz sibilina Bormental—, esperemos a mañana. Cuando se le pase la borrachera le voy a organizar una que se va a acordar. —Después de lo cual asió a Shárikov por los sobacos y lo arrastró hacia la sala de observación.

Shárikov intentó resistirse, pero sus piernas no le respondían.

Filip Filípovich separó los pies, por lo que los faldones celestes se le abrieron, levantó los ojos y las manos hacia la lámpara del techo del pasillo y exclamó:

—¡Oh...!

IX

La fiesta que se le había prometido a Shárikov para la mañana siguiente no tuvo lugar por la sencilla razón de que Poligraf Poligráfovich había desaparecido de la casa. Bormental, furibundo y desesperado, se insultó a sí mismo por no haber escondido la llave de la puerta de entrada, chillaba que esto era imperdonable y terminó expresando el deseo de que a Shárikov le atropellara un autobús. Filip Filípovich estaba sentado en el despacho con los dedos entre sus cabellos y decía:

—Me imagino lo que va a suceder en la calle. Me lo i-ma-gi-no... «De Sevilla a Granada...». Dios mío...

—Es posible que esté en el despacho del comité —dijo enfurecido Bormental y salió precipitadamente.

En el comité se peleó con el presidente Shvónder hasta el punto de que éste redactó una denuncia dirigida al tribunal popular del barrio diciendo que él no era el vigilante del pupilo del profesor Preobrazhenski, y más cuando dicho pupilo, Poligraf Poligráfovich, ayer, sin ir más lejos, resultó ser un bellaco al llevarse del despacho siete rublos con el pretexto de comprar unos manuales.

Fiódor se ganó tres rublos registrando de arriba abajo toda la casa. Ni rastro de Shárikov.

Tan sólo se aclaró una cosa: que al amanecer, Poligraf desapareció con una gorra, una bufanda y un abrigo, llevándose consigo una botella de vodka del aparador, unos guantes del doctor Bormental y todos sus documentos. Daria Petrovna y Zina expresaron sin el menor reparo su enorme alegría y la esperanza de que Shárikov no volviera más. A Daria Petrovna, Shárikov le había pedido la víspera tres rublos cincuenta.

—¡Le está bien empleado! —bramó Filip Filípovich sacudiendo los puños.

Durante todo el día estuvo sonando el teléfono y siguió sonando al día siguiente. Los dos médicos recibieron una cantidad inusitada de pacientes, pero al tercer día se hizo ineludible la necesidad de dar parte a la milicia, que era quien debía localizar a Shárikov en el torbellino moscovita.

Apenas acabaron de pronunciar la palabra «milicia» cuando el beatífico silencio del pasaje Óbujov se vio rasgado por el motor de una camioneta, y los cristales de la casa temblaron. Seguidamente sonó el timbre de modo firme y seguro y apareció Poligraf Poligráfovich, que entró con un sorprendente porte honorable; en total silencio se quitó el gorro, colgó el abrigo de la percha y apareció con otro aspecto. Vestía una cazadora de cuero de una talla que no era la suya, unos gastados pantalones también de cuero y unas botas altas inglesas con cordones hasta las rodillas. Un pestilente olor a gato se extendió por todo el recibidor. Preobrazhenski y Bormental,

como si obedecieran a una voz de mando, cruzaron sus brazos en el pecho, se situaron junto al marco de la puerta y esperaron las explicaciones de Poligraf Poligráfovich. Éste se alisó los recios cabellos, carraspeó y miró a su alrededor con tal desenvoltura que se hizo evidente su voluntad de ocultar con ella su turbación.

—Filip Filípovich —empezó por fin a decir—, me han dado un cargo.

Los dos médicos pronunciaron un sonido gutural e inarticulado y se estremecieron. Preobrazhenski fue el primero en recuperarse, extendió la mano y articuló:

—Déme el papel.

En él se leía: «El portador de este documento, el camarada Poligraf Poligráfovich Shárikov, es el director del subdepartamento de limpieza de animales vagabundos (gatos y demás) en el departamento de M.K.J. de la ciudad de Moscú.

—Bien —dijo resignadamente Filip Filípovich—, me imagino quién debe haberle colocado.

—Pues sí, Shvónder —respondió Shárikov.

—Y permítame preguntarle, ¿por qué huele tan horriblemente mal?

—¿A qué voy a oler? Ya se sabe: gajes del oficio. Ayer estuvimos matando gatos...

Filip Filípovich se estremeció de nuevo y miró a Bormental, cuyos ojos parecían dos negros cañones de escopeta dirigidos directamente a Shárikov. Sin ningún preámbulo se dirigió hacia Shárikov y, de forma ágil y segura, le cogió por la garganta.

—¡Socorro! —gritó Shárikov, con el terror pintado en el rostro.

—¡Doctor!

—No le haré daño, Filip Filípovich, no se preocupe —respondió con voz metálica Bormental y empezó a chillar—. ¡Zina, Daria Petrovna!

Las dos mujeres aparecieron en el recibidor.

—Ahora, repita mis palabras —dijo Bormental y apretó un poco el cuello de Shárikov—. Perdónenme...

—Bueno, bueno, ya lo repito —respondió con voz ahogada y totalmente anonadado Shárikov, que de repente aspiró fuertemente, intentó escapar y chillar «Socorro», pero el grito no salió de su boca y su cabeza se hundió todavía más en el abrigo.

—Doctor, se lo suplico.

Shárikov movió afirmativamente la cabeza dando a entender que se rendía y repetiría lo que le dijeran.

—...Perdónenme, respetable Daria Petrovna y Zinaida..., ¿qué...?

—Prokófievna —susurró asustada Zina.

—¡Uf...! Prokófievna, que me haya permitido...

—Esta infamia en estado de embriaguez.

—Embriaguez...

—No lo volveré a hacer nunca más...

—Nunca más...

—Suelte, suéltelo, Iván Arnóldovich —suplicaron a la vez las dos mujeres—, le está ahogando.

Bormental dejó a Shárikov en libertad y dijo:

—¿El camión tiene que esperarle?

—No —respondió respetuosamente Poligraf—, sólo me ha traído.

—Zina, diga al chófer que se puede marchar. Y ahora tenga en cuenta lo siguiente: usted ha vuelto otra vez a casa de Filip Filípovich.

—¿Y adónde puedo ir? —respondió tímidamente Shárikov con la mirada vaga.

—Perfecto. En tal caso, que no se le vea ni se le oiga para nada, porque a cada fechoría que cometa se las tendrá que ver conmigo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Filip Filípovich guardó silencio mientras se producían las violencias. Apoyado en el marco de la puerta, se mordía una uña con la mirada fija en el suelo. Después la levantó repentinamente hacia Shárikov y preguntó maquinalmente, con voz sorda:

—¿Qué es lo que hace con estos... con los gatos muertos?

—Los despellejamos —contestó Shárikov— para hacer pieles para los trabajadores.

Después de esto el apartamento se sumió en el silencio, un silencio que duró dos días. Poligraf Poligráfovich se marchaba por la mañana en el camión, volvía por la tarde y comía silenciosamente en compañía de Filip Filípovich y Bormental.

A pesar de que Bormental y Shárikov dormían en la misma habitación, en la sala de visitas, no se hablaban. Bormental fue el primero en cansarse.

Dos días más tarde apareció una señorita delgada con los ojos pintados y unas medias color crema, que se impresionó mucho ante la magnificencia de la casa. Con su abrigo raído seguía a Shárikov y en el recibidor se tropezó con el profesor, quien, sorprendido, la miró fijamente.

—¿Puedo saber a quién tengo el honor...?

—Me voy a casar con ella. Es nuestra mecanógrafa. Vivirá conmigo. Bormental tendrá que desalojar la sala de visitas. Él tiene su apartamento —aclaró Shárikov con un aire hosco y hostil.

Filip Filípovich pestañeó, calló un instante mirando a la señorita, que se había sonrojado, y muy cortésmente la invitó:

—Le ruego que pase un momento a mi despacho.

—Yo la acompaño —dijo raudo y suspicaz Shárikov.

Y en ese momento se materializó, como salido del suelo, Bormental.

—Lo siento —dijo—, pero el profesor conversará con la dama y usted y yo nos quedaremos aquí.

—No quiero —contestó airado Shárikov intentando seguir a la señorita, que se moría de vergüenza, y a Filip Filípovich.

—No insista. —Bormental asió de la manga a Shárikov y se fueron a la sala de observación.

Durante cinco minutos no llegó ningún rumor del despacho, pero después, de repente, se oyó el llanto de la señorita.

Filip Filípovich estaba junto a la mesa, y la joven lloraba tapándose la cara con un sucio pañuelo de encajes.

—El muy canalla me dijo que lo hirieron en el frente —sollozaba la señorita.

—¿Miente! —respondió implacable Filip Filípovich. Movi6 la cabeza y prosiguió diciendo—: Sinceramente, lo lamento por usted. Pero no se puede..., así, con el primero que se encuentra, simplemente por su posición... Hija mía, esto no puede ser... Esto es... —Abrió un caj6n de la mesa-escritorio y sacó tres billetes de diez rublos.

—Me voy a envenenar —lloraba la señorita—, en el comedor cocina cada día... Y me

amenaza... Me decía que era comandante del Ejército Rojo... Conmigo, decía, vivirás en un apartamento lujoso..., comerás piña americana todos los días... Tengo un carácter bondadoso, sólo que odio a los gatos..., decía... Se me llevó el anillo como recuerdo...

—¿Bondadoso...? ¡Bueno, bueno...! «De Sevilla a Granada...» —canturreaba Filip Filípovich—. Valor, usted es muy joven...

—¿Está seguro de que fue en este mismo porche donde lo encontró?

—Vamos, coja el dinero cuando se lo ofrecen —chilló Filip Filípovich.

Después de esto, las puertas se abrieron de par en par y Bormental, por invitación de Filip Filípovich, hizo pasar a Shárikov. Tenía una mirada huidiza y sus cabellos parecían un cepillo.

—¡Canalla! —exclamó la señorita con sus ojos centelleantes, llorosos y embadurnados por la pintura que llegaba hasta su nariz empolvada.

—¿Por qué tiene usted una cicatriz en la cabeza? Haga el favor de explicárselo a la señorita —preguntó en tono sibilino Filip Filípovich.

Shárikov se lo jugó todo a una carta.

—Me hirieron en un combate contra Kolchak —ladró.

La señorita se levantó y salió llorando ruidosamente.

—¡Espérese! —le dijo Filip Filípovich—, espérese. Shárikov, el anillo, por favor.

Éste, sumisamente, se sacó del dedo un anillo con una piedra preciosa.

—Muy bien —dijo con una ira repentina—, me las pagarás. Mañana mismo te echo. Verás que reducción de personal.

—No tema —gritó Bormental—, no permitiré que le haga nada. —Se dio la vuelta y miró de tal modo a Shárikov que éste retrocedió y se golpeó el cogote con el armario.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Bormental—, ¡El apellido! —rugió y adquirió un aspecto salvaje y terrorífico.

—Vasnetsova —respondió Shárikov buscando con la vista por dónde desaparecer.

—Cada día —empezó a decir Bormental cogiendo a Shárikov por las solapas de la chaqueta—, diariamente iré a su oficina para enterarme de lo que le ha sucedido a la ciudadana Vasnetsova. Y si usted... Si me entero de que la ha despedido, le mataré allí mismo con mis propias manos. ¡Ándese con cuidado, Shárikov, se lo digo bien claro!

Shárikov no apartaba los ojos de la nariz de Bormental.

—¿Se cree que no puedo conseguirme un revólver? —murmuró en un tono nada convencido y, de repente, aprovechó el momento propicio para soltarse y escabullirse por la puerta.

—¡Vaya con cuidado! —le llegó de lejos el grito de Bormental.

Durante toda la noche y la mitad del día siguiente el silencio se cernió sobre el apartamento como una nube negra antes de la tempestad. Todos callaban. Y cuando Poligraf Poligráfovich, atormentado desde la mañana por un mal presentimiento, se fue con expresión sombría en el camión a su trabajo, el profesor Preobrazhenski recibió a una hora del todo inusual a uno de sus antiguos pacientes, un hombre gordo y fuerte con uniforme militar. Había intentado conseguir por todos los medios una visita y al fin la obtuvo. Al entrar en el despacho, chocó respetuoso los tacones y saludó al profesor.

—¿Vuelve a sentir dolores, querido amigo? —preguntó el demacrado Filip Filípovich—. Siéntese, por favor.

—*Merci*. No, profesor —respondió el invitado dejando la gorra en el extremo de la mesa—.

Le estoy muy reconocido... Hum... He venido a verle por otro asunto, Filip Filípovich... Siento hacia usted un gran respeto... Hum... Y quisiera prevenirle... Una verdadera estupidez. Es simplemente un miserable... —El paciente empezó a buscar en su cartera y sacó una hoja—. Menos mal que me han informado directamente...

Filip Filípovich ensilló unas lentes de aumento sobre sus gafas y se puso a leer. Murmuró entre dientes, cambiando de expresión a cada instante: «... y amenazando además con matar al presidente del comité del inmueble, al camarada Shvónder, de lo que se puede deducir que posee un arma de fuego. Pronuncia también discursos contrarrevolucionarios, e incluso ha ordenado a su empleada de hogar, Zinaida Prokófievna Búnina, que quemé un ejemplar de Engels, pudiéndose considerar como un menchevique notorio, así como también a su asistente Bormental Iván Arnóldovich, que vive clandestinamente, sin inscribirse, en su apartamento. Firma del director del subdepartamento de limpieza: P. P. Shárikov. Doy fe: presidente del comité del inmueble, Shvónder. Secretario Pestrugin».

—¿Me permite quedarme con esto? —preguntó Filip Filípovich al tiempo que su cara se cubría de manchas—. Oh, perdón, ¿lo necesita para dar curso legal a este asunto?

—Oiga, profesor —El paciente se sintió muy ofendido y sus narices se dilataron—, tiene usted muy mala opinión de nosotros. Yo... —Y en ese momento se empezó a hinchar como un gallo de pelea.

—¡Discúlpeme, discúlpeme, querido amigo! —balbuceó Filip Filípovich—. De veras, no quería ofenderle. No se enfade, querido amigo, no sabe usted como me ha agotado este...

—Me lo imagino —El paciente se había calmado por completo—. Pero ¡hay que ver qué miserable! Me gustaría ver a este tipo. Por todo Moscú cuentan verdaderas leyendas de usted...

Filip Filípovich hizo un gesto de desolación. El paciente observó que el profesor, en estos últimos tiempos, estaba más encorvado e incluso se había vuelto más canoso.

Como suele ocurrir, el crimen maduró y cayó como una piedra. Poligraf Poligráfovich volvió en el camión con un mal presagio que le trastornaba el corazón. La voz de Filip Filípovich le invitó a entrar en la sala de observación. El asombrado Shárikov obedeció y con un turbio temor miró a quemarropa el rostro de Bormental, y después a Filip Filípovich. Una nubecilla rodeaba al asistente, y su mano izquierda, que sostenía un cigarrillo, temblaba un poco apoyada en el brillante brazo de una silla ginecológica.

Filip Filípovich, con una tranquilidad siniestra, dijo:

—Coja ahora mismo sus cosas: los pantalones, el abrigo, todo lo que le haga falta... ¡Y fuera de esta casa!

—¿Cómo dice? —preguntó sinceramente asombrado Shárikov.

—Fuera de esta casa, hoy mismo —repitió monótonamente el profesor mirándose las uñas.

Un espíritu maligno se apoderó de Poligraf Poligráfovich. Consciente de que su fin ya estaba próximo, él mismo se lanzó en brazos de lo inevitable y ladró odiosa y entrecortadamente:

—Pero ¿qué pasa aquí? ¿O no hay modo de que lo entienda? ¿Cuándo se va a hacer a la idea de que yo tengo mi superficie reglamentaria y que de aquí no me muevo?

—Lárguese de esta casa —susurró ahogadamente Filip Filípovich.

El propio Shárikov llamó a las puertas de su perdición. Levantó su brazo izquierdo y con un gesto obsceno amenazó a Filip Filípovich con su puño mordisqueado e impregnado de un

insoponible olor a gato. Después, con la mano derecha, sacó del bolsillo un revólver y lo dirigió hacia el peligroso Bormental. El cigarro de Bormental cayó como una estrella fugaz y unos segundos después Filip Filípovich, saltando por encima de los cristales rotos, corría horrorizado del armario hacia la camilla. En ella yacía tumbado entre estertores el director del subdepartamento de limpieza y, sentado a horcajadas sobre su pecho, Bormental le ahogaba con una almohadilla blanca.

Después de unos minutos, el doctor Bormental, totalmente desfigurado, se dirigió a la entrada y pegó una nota junto al timbre: «Debido a una enfermedad del profesor, no hay visitas. Se ruega no molestar con el timbre».

Con un brillante cortaplumas cortó el cable del timbre, observó en el espejo su rostro lleno de rasguños y sangre y sus manos magulladas y algo temblorosas. Seguidamente se presentó en la puerta de la cocina y dijo a Zina y Daria Petrovna:

—El profesor les ruega que no abandonen el apartamento.

—Bien —contestaron temerosas Zina y Daria Petrovna.

—Permítanme cerrar la puerta de servicio y llevarme la llave —dijo Bormental escondiéndose tras la puerta y cubriéndose con la mano el rostro—. Esto es temporal, no es por desconfianza hacia ustedes. Pero podría venir alguien y caer ustedes en la tentación de abrir, y a nosotros no se nos puede molestar. Estamos ocupados.

—Bien —contestaron las mujeres y palidecieron al instante.

Bormental cerró la puerta de servicio, cerró la puerta de la entrada, cerró la del pasillo al recibidor, y sus pasos desaparecieron en la sala de observación.

El silencio invadió la casa y se arrastró por todos los rincones. Llegó el crepúsculo, odioso y precavido, y luego, las tinieblas de la noche.

Es cierto que días más tarde los vecinos decían que en las ventanas de la sala de observación que daban al patio, aquella noche ardieron todas las luces, y que incluso les pareció ver el gorro blanco del profesor... Es tan difícil creerlo. Claro que también Zina, cuando ya todo hubo terminado, decía algo sobre que en el despacho, al lado de la chimenea, Iván Arnóldovich le dio un susto de muerte. Contó que estaba en cuclillas en el despacho y que quemaba en la chimenea una libreta de tapas azules, como aquellas en las que se guardaban todas las historias clínicas de los pacientes del profesor. Que, por lo visto, el rostro del doctor estaba completamente verde, y todo, pero todo todo, cruzado de rasguños. Y que el propio Filip Filípovich no parecía aquella tarde el mismo. Y que... Aunque, en fin, tal vez la inocente muchacha mintiera...

Lo único que se puede asegurar es que aquella noche reinaba en el apartamento de la Prechístenka el más mortal y horrible silencio.

EPÍLOGO

Una noche, diez días después de producirse la lucha en la sala de observación, en el apartamento del profesor Preobrazhenski, que se encuentra en el pasaje Óbujov, sonó un estridente timbrazo.

—Milicia judicial y juez de instrucción. Tengan la bondad de abrir.

Se oyeron correr de pasos, batir de puertas, los visitantes entraron y la sala de espera, brillantemente iluminada con los armarios otra vez encristalados, se llenó de gente: dos con uniforme de policía, uno con abrigo negro y una cartera, el presidente Shvónder, pálido y con sonrisa malévola, el joven-mujer, el portero Fiódor, Zina, Daria Petrovna y el semivestido Bormental, que intentaba ocultar avergonzado su cuello sin corbata.

La puerta del despacho dejó pasar a Filip Filípovich. Apareció vestido con la habitual bata azul celeste, y al momento todos pudieron comprobar que Filip Filípovich había mejorado mucho en esta última semana. Arrogante y enérgico como antes, se enfrentó a los visitantes nocturnos y se disculpó por presentarse en bata.

—No se preocupe, profesor —dijo muy turbado el hombre vestido de paisano. Titubeó un instante y empezó a decir—: Es muy desagradable. Traemos una orden de registro de este apartamento, y... —El individuo miró de reojo los bigotes de Filip Filípovich— ... y de arresto según los resultados.

Filip Filípovich entornó los ojos y preguntó:

—¿Puedo preguntar bajo qué acusación y contra quién?

El hombre se rascó la mejilla y empezó a leer una hoja extraída de la cartera.

—Bajo la acusación del asesinato del director del subdepartamento de limpieza de M.K.J., Poligraf Poligráfovich Shárikov, presuntamente cometido por las personas: Preobrazhenski, Bormental, Zinaida Búnina y Daria Petrovna.

Los sollozos de Zina ahogaron el final de sus palabras. Se produjo una cierta agitación entre los presentes.

—No entiendo nada —respondió Filip Filípovich levantando los hombros majestuosamente—. ¿A qué Shárikov se refiere? Ah, perdóneme, ¿se refiere a mi perro... al que operé?

—Perdone, profesor, no se trata del perro como tal, sino de cuando ya era hombre. Éste es el asunto.

—¿Usted quiere decir que hablaba? —preguntó Filip Filípovich—. Esto no significa que fuera un hombre. En fin, no tiene importancia. Shárik sigue vivo y nadie ha pensado en matarlo.

—Profesor —dijo muy sorprendido el hombrecillo de negro, levantando las cejas—, tendríamos que verlo. Hace diez días que ha desaparecido en circunstancias, perdóneme que se lo

diga, muy sospechosas.

—Doctor Bormental, tenga la bondad de mostrar a Shárik al inspector —ordenó Filip Filípovich tomando en sus manos la orden. El doctor Bormental esbozó una forzada sonrisa y salió.

Cuando volvió, lanzó un silbido y, tras sus pasos, por la puerta del despacho apareció un perro de extrañas características. En algunos lugares de su cuerpo estaba pelado y en otros aparecían manchas de pelo. Caminó como un perro de circo amaestrado, sobre las patas traseras, después se colocó a cuatro patas y miró a su alrededor. Un silencio sepulcral se extendió por la habitación como una helada niebla. El perro, de un aspecto fantasmagórico, con una cicatriz roja en la frente, se levantó de nuevo sobre las patas traseras y sonriendo se sentó en el sillón.

El segundo miliciano, repentinamente, se santiguó con grandes gestos y al retroceder asustado pisó los dos pies de Zina.

El hombre vestido de negro, que había permanecido boquiabierto, exclamó:

—¡Pero cómo es posible, permítame...! Trabajaba en el servicio de limpieza.

—Yo no lo envié allí —respondió Filip Filípovich—. Si no me equivoco, le recomendó el señor Shvónder.

—No entiendo nada —dijo atónito el hombre de negro y se dirigió al primer miliciano—. ¿Es él?

—Sí —contestó éste con una voz casi imperceptible—, igualito.

—Claro que es él —dijo la voz de Fiódor—, sólo que el canalla se ha vuelto peludo de nuevo.

—Pero antes hablaba...

—Y ahora también habla, sólo que cada vez menos. Así que aprovechen la ocasión, porque dentro de poco enmudecerá del todo.

—Pero ¿por qué? —preguntó con voz sumisa el hombre de negro.

Filip Filípovich se encogió de hombros.

—La ciencia no ha descubierto aún cómo convertir a los animales en hombres. Yo lo intenté, pero sin éxito, como pueden ver. Empezó a hablar, mas luego retrocedió a su estado primitivo. Atavismo.

—Se prohíbe la palabra soez —gritó de repente el perro desde el sillón y se levantó.

El hombre de negro palideció repentinamente, soltó la cartera y se desplomó. Un guardia le sujetó por un lado y Fiódor por detrás. Se produjo un alboroto y en él se oyeron tres frases muy claras.

De Filip Filípovich:

—Valeriana, es un desmayo.

Del doctor Bormental:

—Si Shvónder vuelve a aparecer otra vez por el apartamento del profesor Preobrazhenski, lo voy a tirar con mis propias manos escalera abajo.

Y de Shvónder:

—Ruego que estas palabras consten en el sumario.

Sonaban las grises armonías de los tubos de la calefacción. Los ventanales cubrieron la profunda noche de la calle Prechístenka con su estrella solitaria. El ser superior, el gran

benefactor de los perros, se sentaba en el sillón; el perro Shárik, tendido en la alfombra, se hallaba junto al sofá de cuero. La humedad de las nieblas de marzo le provocaba por las mañanas unas atroces migrañas a lo largo de la cicatriz que le rodeaba la frente. Pero con el calor de la tarde los dolores se aliviaban. Y ahora se sentía mucho mejor, y por la cabeza del perro las ideas corrían suaves y templadas.

«Vaya suerte la mía, vaya suerte —pensaba medio adormilado—, una suerte simplemente inimaginable. Me he afincado en esta casa. Estoy más que convencido de que en mi origen hay algo poco claro. Algún terranova tuvo que haber. Mi abuela era una buscona. Que Dios la guarde en su seno, pobrecita. Claro que no sé por qué me han fastidiado toda la cabeza, pero ya pasará, no nos vamos a quejar por esto.»

A lo lejos sonaban débilmente los recipientes de vidrio. El mordido ordenaba el armario de la sala de observación.

El canoso mago, sentado, canturreaba: «A orillas del sagrado Nilo...».

El perro veía cosas horribles: el gran hombre hundía sus manos, enfundadas en unos resbaladizos guantes, en un recipiente y sacaba un cerebro; el hombre, obstinado, insistente, buscaba algo, cortaba, observaba, escudriñaba y cantaba: «A orillas del sagrado Nilo...».

Moscú, enero-marzo de 1925

NOTAS

- [1] Literalmente, ‘bolita’, ‘globito’; es una de las formas de llamar a un perro, a un chucho.
- [2] Parodia a propósito de un anuncio de la época, obra de Mayakovski. «En parte alguna como en Mosselprom», organismo moscovita dedicado a comercializar productos del campo.
- [3] Es decir, una M mayúscula.
- [4] La *Glavryba* es el mercado central del pescado.
- [5] Se trata de la *ch* del alfabeto cirílico.
- [6] Variedad de queso holandés.
- [7] Es una *f*, en el alfabeto cirílico.
- [8] Romanza de moda a principios de siglo, con música de Chaikovski y letra de Alexéi N. Tolstói, del poema «Don Juan».
- [9] Literalmente, ‘grasahueso’, organismo soviético dedicado a la fabricación de productos cosméticos.
- [10] De la misma romanza de Chaikovski, que el paciente continúa.
- [11] Vodka procedente de las destilerías del Estado.
- [12] En 1924 el vodka tenía treinta grados.
- [13] Fecha en que se reúne la conferencia de los bolcheviques de Petrogrado para iniciar los preparativos de la revolución de octubre.
- [14] Véase nota 4.
- [15] Canción popular.
- [16] *Resefeser*, siglas de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR).
- [17] El ritual de un buen bebedor.
- [18] En alemán, ‘después’.
- [19] En alemán, ‘bien’.
- [20] En alemán, ‘cuidado’.
- [21] Mijaíl Lomonósov, célebre poeta y científico ruso nacido en Jolmogóry, un pueblo del Norte ruso.